

ANTONIO MARIA SICARI

# Así mueren los santos

Cien relatos de vida y resurrección



**PATMOS**  
LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

**RIALP**

ANTONIO MARIA SICARI

ASÍ MUEREN LOS SANTOS  
100 relatos de vida y resurrección

EDICIONES RIALP  
MADRID

Título original: *Come muoiono i santi*

© 2016 by Edizioni Ares. Milano

© 2020 de la versión española realizada por MIGUEL MARTÍN

by EDICIONES RIALP, S.A.,

Colombia, 63, 28016 Madrid

([www.rialp.com](http://www.rialp.com))

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Realización ePub: [produccioneditorial.com](http://produccioneditorial.com)

ISBN (edición impresa): 978-84-321-5252-8

ISBN (edición digital): 978-84-321-5253-5

«¿No será un poco triste la lectura de este libro?», me dice un amigo, al ver casualmente el título del manuscrito —apenas terminado— que tengo sobre la mesa.

Entonces me acuerdo de un drama de Gustave Thibon —titulado significativamente *¡Seréis como dioses!*— en el que describe el gran logro de una sociedad donde el hombre se ha hecho inmortal: la ciencia y el progreso técnico han vencido finalmente sobre la naturaleza. Solo una chica joven se siente invadida por una invencible tristeza. «¿No estás contenta?», le preguntan los amigos asombrados. «¿No comprendes que hemos abatido el muro de la muerte?». Pero ella queda pensativa: «¿Y si en vez de derribar un muro, hubiésemos cerrado una puerta? Yo no quiero esta inmortalidad, porque necesito la eternidad».

Antes o después —concluía el autor— habrá que decidir si queremos ser hombres del futuro u hombres de la eternidad.

La diferencia está en el deseo espontáneo de santa Teresa de Jesús que, ya desde niña, decía: «¡Quiero ver a Dios!».

En este libro cuento la muerte de muchos santos, pero todos me han confirmado la verdad de esta antigua intuición cristiana: cuando muere un santo, es la muerte la que muere.

P. Antonio MARIA SICARI, o.c.d.

# ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN. MUERTE, AMOR, SANTIDAD

## I. MORIR MÁRTIR

SANTO TOMÁS BECKET (1118-1170)

SANTO TOMÁS MORO (1477-1535)

SANTAS MÁRTIRES CARMELITAS DE COMPIÈGNE (1794)

BEATO MIGUEL AGUSTÍN PRO (1891-1927)

BEATO VLADIMIR GHIKA (1873-1954)

SAN MAXIMILIANO KOLBE (1894-1941)

BEATO FRANZ JÄGERSTÄTTER (1907-1943)

BEATO TITO BRANDSMA (1881-1942)

SAN OSCAR ROMERO (1917-1980)

BEATO PINO PUGLISI (1937-1993)

## II. MORIR DE AMOR

SAN FRANCISCO DE ASÍS (1181-1226)

SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591)

SANTA TERESA MARGARITA REDI (1747-1770)

SANTA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO (1856-1878)

SANTA TERESA DE LISIEUX (1873-1897)

SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD (1880-1906)

SANTA TERESA DE LOS ANDES (1900-1920)

BEATA MARÍA CÁNDIDA DE LA EUCARISTÍA (1884-1949)

SANTA RITA DE CASIA (1381-1457)

SANTA JOSEFINA BAKHITA (1868-1947)

SANTA MARÍA BERTILLA BOSCARDIN (1888-1922)

SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

## III. MORIR DE PASIÓN ECLESIAL

SANTA CLARA DE ASÍS (1193-1253)

SANTA BRÍGIDA DE SUECIA (1303-1373)

SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)

SANTA ÁNGELA MERICI (1474-1540)

SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

SANTA ANNA ELISABETH SETON (1774-1821)

BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO (1848-1894)  
SANTA FRANCISCA JAVIERA CABRINI (1850-1917)  
SANTA KATHARINE MARY DREXEL (1858-1955)  
SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (1891-1942)

#### IV. MORIR DE CARIDAD MATERNAL

SANTA ISABEL DE HUNGRÍA (1207-1231)  
SANTA CATALINA DE GÉNOVA (1447-1510)  
SANTA JUANA FRANCISCA DE CHANTAL (1572-1641)  
SANTA LUISA DE MARILLAC (1591-1680)  
SANTA CATALINA LABOURÉ (1806-1876)  
SANTA MARÍA CROCIFISSA DI ROSA (1813-1855)  
SANTA BARTOLOMEA CAPITANIO (1807-1833) SANTA VICENTA GEROSA (1784-1847)  
BEATA ENRICHETTA ALFIERI (1891-1951)  
SANTA MADRE TERESA DE CALCUTA (1910-1997)  
SIERVA DE DIOS ANNALENA TONELLI (1943-2003)

#### V. MORIR DE CARIDAD PATERNAL

SAN JERÓNIMO EMILIANO (1481-1537)  
SAN JUAN DE DIOS (1495-1550)  
SAN CAMILO DE LELIS (1550-1614)  
SAN MARTÍN DE PORRES (1579-1639)  
SAN PEDRO CLAVER (1580-1654)  
SAN VICENTE DE PAÚL (1581-1660)  
SAN JOSÉ BENITO COTTOLENGO (1786-1842)  
SAN LUIS ORIONE (1872-1940)  
SAN DAMIÁN DE VEUSTER (1840-1889)  
SAN ALBERTO CHMIELOWSKI (1845-1916)

#### VI. MORIR DE TRABAJOS APOSTÓLICOS

SAN HILARIO DE POITIERS (c. 315-368)  
SAN MARTÍN DE TOURS (316-397)  
SAN AMBROSIO (c. 340-397)  
SAN JERÓNIMO (347-420)  
SAN AGUSTÍN DE HIPONA (354-430)  
SAN BENITO DE NURSIA (480-547)  
SAN ANSELMO DE AOSTA (1033-1109)  
SAN BERNARDO DE CLARAVAL (1090-1153)  
SANTO DOMINGO DE GUZMÁN (1170-1221)  
SAN ALBERTO MAGNO (1193-1280)  
SANTO TOMÁS DE AQUINO (1225-1274)  
SAN IGNACIO DE LOYOLA (1491-1556)

SAN FRANCISCO JAVIER (1506-1552)  
SAN FELIPE NERI (1515-1595)  
SAN CARLOS BORROMEIO (1538-1584)  
SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622)  
SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO (1696-1787)  
SANTO CURA DE ARS (1786-1859)  
SAN JUAN BOSCO (1815-1888)  
SAN DANIEL COMBONI (1831-1881)  
SAN LEOPOLDO MANDIC (1886-1942)  
SAN JUAN XXIII (1881-1963)  
BEATO CHARLES DE FOUCAULD (1858-1916)  
SAN PÍO DE PIETRELCINA (1887—1968)  
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ (1902-1975)

#### VII. MORIR INOCENTE

SANTA ROSA DE VITERBO (1233-1251)  
SANTA KATERI TEKAKWITHA (1656-1680)  
SANTO DOMINGO SAVIO (1842-1857)  
SANTA MARÍA GORETTI (1890-1902)  
BEATA LAURA VICUÑA (1891-1904)  
BEATO FRANCISCO MARTO (1908-1919)  
BEATA JACINTA MARTO (1910-1920)  
VENERABLE ANTONIETA MEO (1930-1937)  
VENERABLE MARI CARMEN GONZÁLEZ-VALERIO (1930-1939)  
BEATA CHIARA LUCE BADANO (1971-1990)

#### VIII. MORIR SANTOS

BEATA ELISABETTA CANORI MORA (1774-1825)  
VENERABLE MARGHERITA OCCHIENA (1788-1856)  
BEATO FEDERICO OZANAM (1813-1853)  
SANTA CELIA GUÉRIN (1831-1877) y SAN LUIS MARTIN (1823-1894)  
BEATO GIUSEPPE TOVINI (1841-1897)  
SAN GIUSEPPE MOSCATI (1880-1927)  
SIERVA DE DIOS MADELEINE DELBRÊL (1904-1964)  
SIERVO DE DIOS GIORGIO LA PIRA (1904-1977)  
SANTA GIANNA BERETTA MOLLA (1922-1962)  
SIERVO DE DIOS JÉRÔME LEJEUNE (1926-1994)  
SIERVO DE DIOS JACQUES FESCH (1930-1957)

#### CONCLUSIÓN MARIANA

ÍNDICE ALFABÉTICO

AUTOR

## INTRODUCCIÓN

### MUERTE, AMOR, SANTIDAD

DOS SON LAS EXPERIENCIAS FUNDAMENTALES de nuestra humana existencia: el amor y el dolor. Con la palabra *amor* resumimos todo el bien que recibimos y damos en el curso de la vida. Con la palabra *dolor* evocamos aquí todo el mal sufrido en el cuerpo y en el alma, y que parece renovarse cuando el cortejo de las enfermedades y de las penas nos hace presagiar la muerte cercana: la disolución de nuestro «yo». Y entre amor y dolor nos espera siempre una inevitable cita.

#### EL DOLOR PREGUNTA Y EL AMOR PROMETE

El dolor obliga al hombre a plantearse esta pregunta radical: «¿Quién soy yo?», que nos acompaña siempre en la vida —junto a otros interrogantes sobre por qué existimos y sobre el objeto de nuestro vivir—, pero que se convierte en urgente y lacerante cuando no tenemos ya dónde agarrarnos.

Cierto, las experiencias obtenidas en el curso de los años pueden habernos regalado también muchas reflexiones, muchas convicciones y muchas «certezas de fe», pero todas —al ser regaladas y recibidas por nosotros— nos han llegado por medio de personas portadoras de la respuesta primera y última: «¡Tú eres el ser que yo amo!». Normalmente, tal respuesta corresponde en primer lugar a los que nos han dado la vida y nos han cuidado (padres, familiares) y luego a los que nos han dado su amable compañía (cónyuge, hijos, amigos).

Evidentemente, la madre y el cónyuge son las dos únicas personas que han podido respondernos incluso con su carne.

Con el paso de los años, el diálogo sustancial —¿*Quién soy yo? ¿Eres el ser que yo amo!*— basta para aplacarnos y asegurarnos cuando vacilamos —siempre que tengamos la gracia y la felicidad de poderlo disfrutar—, aunque ese diálogo sea tácito.

Cuando la respuesta es verdadera, nos llena de consuelo: quien se sabe amado intuye enseguida muchas otras promesas, pero espera que el tiempo las manifieste y las realice. Pero cuando llega el tiempo del sufrimiento extremo y el *yo* vislumbra la amenaza *decisiva* de la muerte, entonces la pregunta de siempre —¿*Quién soy yo?*— se dilata y exige una respuesta también *decisiva*. Se siente la urgencia de explicitar la promesa contenida en toda fórmula amorosa.

Aquí está: «Quien ama, dice: ¡Tú no morirás nunca!». Esta es la expresión que Gabriel Marcel pone en boca de Arnaud Chartrain, protagonista de su drama titulado *La soif* [La sed]. En otra de sus obras sobre el *Misterio del ser*, la explica así: «¿Cuál puede ser el significado exacto de esa afirmación? No se reduce seguramente a un augurio y ni siquiera a un deseo, sino que tiene más bien el carácter de una aseveración profética...

Podría formularse así: vea como vea las cosas, tú y yo seguiremos estando juntos; [lo sucedido] no puede hacer que caduque la promesa de eternidad contenida en nuestro amor».

Podemos añadir que, si reuniésemos en una sola todas las expresiones de amor verdadero, no sería otra que la «fascinante promesa que el Amor, de parte de Dios, hace a la humanidad»[1]. Pero aquí emerge la paradoja más misteriosa: precisamente cuando el cumplimiento de esta promesa ya no puede ser reclamado, es cuando descubrimos que humanamente la promesa *no puede* ser mantenida. No es que la promesa sea falsa o insincera. Era y es necesaria, porque pertenece intrínsecamente a la naturaleza del amor; solo que los amantes terrenos no saben cómo mantenerla: no tienen la fuerza, ante la muerte, por muy grande y sincero que sea su amor.

#### JESUCRISTO: EL QUE MANTIENE LA PROMESA

Precisamente este es el estímulo más fuerte que Dios nos ha dejado para invocarlo. Cuando nosotros como criaturas no podemos cumplir la promesa contenida en nuestro mismo amor (siendo como somos, mortales), la promesa no se revela falsa, sino que se convierte en invocación. Cuando se trata de promesas de amor, ¿quién puede de verdad responder, sino quien es el Amor: el Amor Crucificado Resucitado? Si Jesús es el Amor hecho carne, a él corresponde también el cumplimiento de las promesas de amor. Esta es la prueba más evidente de la necesidad que tenemos de su presencia y de su gracia.

Por eso, cuando en el fondo del corazón sentimos el pesar por las promesas infinitas que no sabemos cómo garantizar a causa de nuestra precariedad —pero que son necesarias—, ha llegado el momento decisivo para acoger, de modo absolutamente único y personal, esa invitación que el papa Juan Pablo II nos hizo —apenas elegido— al mundo entero: «¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay en el corazón del hombre. Solo él lo sabe».

Y lo repetiría, insistentemente, a los jóvenes: «Cristo es el único interlocutor competente al que podéis hacer las preguntas esenciales sobre el valor y el sentido de la vida: no solo de la vida sana y feliz, sino también de la marcada por el sufrimiento [...]. Sí, Cristo es el único interlocutor competente, también para las preguntas dramáticas que se pueden formular más con gemidos que con palabras. ¡Preguntadle a él, escuchadlo a él!»[2]. Cuando llegue el momento de la muerte, será importante haber adquirido ya una buena familiaridad con las escenas descritas en los relatos evangélicos de la Pasión de Jesús.

Los santos contemplaban la Pasión de Jesús, descubriendo —llenos de estupor— el sentido de sus propios sufrimientos (ya anticipadamente injertados en los de Cristo), e incluso el deseo de su propia muerte[3].

Ya san Pablo podía testimoniar a los primeros cristianos: «Llevo en mi cuerpo las señales de Jesús» (*Gal* 6, 17), y estaba convencido de que las penas de su vida (sobre todo las ligadas a las innumerables fatigas misioneras y a las persecuciones sufridas)[4] eran para él una gracia especial: «¡Que yo nunca me gloríe más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo!» (*Gal*

6, 14). Decía no tener otro objetivo en el mundo que el del «conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todas las cosas, y las considero como basura con tal de ganar a Cristo y vivir en él [...]. Lograr conocerle a él y la fuerza de su resurrección, y participar así de sus padecimientos, asemejándome a él en su muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos» (*Fil 3, 8-11*). Y sentía la responsabilidad de dar cumplimiento a lo que faltaba, en su carne, a la pasión de Cristo (cfr. *Col 1, 24*).

El papa san León Magno explicaba: «Quien quiera honrar la pasión del Señor debe mirar con los ojos del corazón a Jesús Crucificado, de modo que reconozca en Su carne la propia carne»<sup>[5]</sup>.

En todos los relatos de pasión (la de Cristo y la de sus santos, sobre todo la de sus mártires) no encontramos explicaciones a nuestros porqués sobre el sufrimiento y la muerte, sino la certeza de que el Hijo de Dios ha venido a hacernos compañía también en el dolor. Jesús no nos dejará nunca padecer solos y se unirá totalmente a nosotros, precisamente en el último instante de la muerte: «Pues ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni ninguno muere para sí mismo; pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor; porque vivamos o muramos, somos del Señor» (*Rom 14, 7-8*).

Es infinitamente consolador descubrir en el Evangelio que nuestro morir sucederá dentro de un acuerdo de amor ya estipulado entre el Padre y el Hijo: «Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no lo echaré fuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Esta es la voluntad de Aquel que me ha enviado: que no pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día» (*Jn 6, 35-40*).

Todo creyente debería pedir la gracia de ser sepultado teniendo en las manos esta página del Evangelio.

#### LA EXPERIENCIA DE LOS SANTOS

Los santos no han temido a la muerte. Algunos la encontraron prematuramente, en la juventud, casi consumidos por un amor impaciente por Dios y también, me atrevería a decir, *por parte de Dios*. Otros casi la han provocado —sin arrogancia— por la urgencia martirial de tener que testimoniar a Cristo: su Vida y su Verdad. Algunos la desearon, en un ímpetu místico del corazón que los llevaba a rezar para que el Esposo Cristo apresurase su venida. Otros la esperaron y vivieron con extremo dolor, pues estaban llamados por el amor a revivir las horas dramáticas del Viernes Santo. Algunos casi la “buscaron” en el afán de gastarse enteramente en “obras y más obras” de caridad y de misión. Otros la recibieron en edad tardía, “hartos de días”, felizmente cansados por un larguísimo trabajo en la viña del Señor.

Podríamos decir que este cortejo de santos cristianos que se acercan en paz a la muerte se abrió —cuando Jesús tenía aún pocos días de vida— por el santo anciano Simeón, que

pidió poder irse en paz, después de que sus brazos pudieran abrazar al Niño y sus ojos «vieran la salvación».

Así está hecha la esperanza cristiana: ir al encuentro de la muerte con la certeza gozosa de abrazar la Vida, después de contemplar en la tierra, humanamente, al Salvador.

[1] E. CAFFAREL, *Pensieri sull'amore e la grazia*. Istituto La casa, Milano 1963, p. 48.

[2] En Santiago de Compostela, durante la JMJ de 1989.

[3] El «muero porque no muero», en algunas poesías de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz.

[4] Cfr. 2 Cor 11, 23-27.

[5] *Discurso 15 sobre la pasión del Señor*. PL 5, 366-67.

## I. MORIR MÁRTIR

A JESÚS, HIJO DE DIOS, que nos ha dado su misma vida, solo podemos responderle adecuadamente dándole toda nuestra existencia.

En tiempos de paz y de crecimiento gozoso, eso sucede con el propio ritmo de la vida de fe, a medida que el fiel aprende las exigencias del «seguimiento cristiano». En tiempos de persecución (cuando se acaba de fundar una comunidad eclesial, o cuando se endurece la historia profana y se revuelve contra la Iglesia), se puede pedir a todos los creyentes que entreguen la vida, en cualquier momento; y la madurez necesaria para aceptarlo es un don de Dios, que acompaña y sostiene la llamada al martirio. Pero eso no quita que se den circunstancias históricas —como sucedió en los primeros siglos— en las que la *praeparatio martyrii* (preparación al martirio) sea la pedagogía más adecuada. Se trata de educar a los fieles cristianos para que no solo pertenezcan al Señor Jesús en vida, sino para que sean suyos en el momento de la muerte: una muerte siempre inminente, como la última y más gloriosa afirmación de la propia *identidad espiritual*.

Las antiguas *Actas de los Mártires* nos han relatado cómo algunos de ellos llegaron, a veces, a negarse a dar su propio nombre a los perseguidores: les bastaba el nombre de *cristianos*, por el cual estaban presos. El grito de san Pablo —«No soy yo el que vivo, sino que vive en mí Cristo»— se debe hacer realidad para todos los cristianos y, a menudo, eso sucede en las profundidades misteriosas del yo bautizado; profundidades en las que el creyente se sumerge más cuanto más «cree».

En los mártires, en cambio, ese grito (con el que el yo se adentra a evocar la Persona misma de Cristo) salta hasta la superficie de su ser, y debe hacer *visible* la fuerza de Su Presencia.

Puestos ante el «caso extremo» del más radical testimonio, los mártires dicen al mundo que una vida sin Cristo es muerte, mientras que la muerte con Cristo es para ellos vida eterna.

«Dar la vida» o «perderla voluntariamente» no es aún *martirio*, aunque a veces se haya dado ese nombre a la experiencia de hombres generosos que se han sacrificado por la patria, o por una justa causa —o incluso para asegurar la destrucción del enemigo—. Un mártir cristiano lo es con dos condiciones. Es necesario que su «fuerza» no provenga de una fortaleza humana. Aunque esta es posible en algunos casos (recurriendo a todas las técnicas del valor y la resistencia), el mártir cristiano se basa más bien en su debilidad, que dejar en brazos de Otro, que la cuidará. Tanto es así que al cristiano conducido al martirio —o peor aún a la insoportable tortura que lo prepara—, solo se le pide llegar *con fe* al umbral de lo insoportable, *creyendo* que Cristo (*su verdadero «yo»*) lo padecerá en su lugar.

Así, las *Actas auténticas del martirio de las santas Felicidad y Perpetua* (tradicionalmente atribuidas a Tertuliano) nos transmiten el episodio de la joven mártir Felicidad que, obligada a parir en la cárcel, a los verdugos que se burlan de ella («¿Qué

harás cuando te echemos a las fieras, tú que ahora lloras tanto?») responde con humilde valentía: «¡Ahora soy yo quien sufro, pero allí será Otro quien sufrirá en mi lugar!».

Además, es necesario que el mártir muera sin una pizca de odio o rencor hacia sus perseguidores, sino casi llevándolos con él —en su perdón, en su amor y su esperanza—, ofreciéndose en una inefable comunión entre santos y pecadores: una comunión que reanuda los vínculos, precisamente ahí donde el mal querría definitivamente romperlos.

Los mártires, en suma, se saben ya *resucitados con Cristo*, mientras son llamados, por gracia, a *completar Su pasión en sus propios miembros*.

\* \* \*

Los primeros siglos de la historia cristiana están llenos de ejemplos de mártires que la tradición ha relatado con afecto, y son muchos los antiguos nombres que han terminado conquistándonos con sus vidas. Ya el historiador Tácito escribe que una «ingente multitud» de cristianos fue ejecutada bajo el reinado de Nerón. Y los autores cristianos hablaron de «una gran multitud de elegidos», o de «un pueblo incalculable de testigos». Las catacumbas (de san Calixto o de santa Domitila, de Priscila, san Sebastián o de santa Inés) han custodiado su sagrado recuerdo.

Sin embargo, en este texto hemos preferido evocar algunas figuras de mártires pertenecientes al segundo milenio, que vivieron en contextos históricos y sociopolíticos más cercanos a los nuestros.

#### SANTO TOMÁS BECKET (1118-1170)

Santo Tomás Becket ha marcado el comienzo del segundo milenio, escogiendo «amar el honor de Dios» y anteponiéndolo a la devoción y la amistad que sentía por su soberano Enrique II. Así las cosas, impidió que el monarca se entrometiese en la Iglesia en Inglaterra.

En la corte, en un acceso de ira, el rey se desfogó arremetiendo contra «esos cortesanos suyos cobardes que permitían a un sacerdote burlarse de él». Eso bastó para que cuatro rabiosos caballeros jurasen vengar al soberano. Llegaron a Canterbury con una escolta armada en la tarde del 29 de diciembre de 1170, cuando el arzobispo se disponía a celebrar las vísperas. Él, pudiendo encerrarse en la catedral, ordenó sin embargo que dejasen abiertas las puertas: «La Iglesia de Dios no debe convertirse en una fortaleza», dijo. Hubiese podido huir o esconderse en la cripta, pero decidió quedarse junto al altar, revestido con los solemnes ornamentos episcopales y con la cruz en la mano. Los conjurados empuñaban espadas y hachas.

—¿Dónde está Tomás Becket, el traidor al rey y al reino? —gritaron.

—No soy un traidor. Soy un sacerdote —respondió el arzobispo, con la vista fija en la imagen de la Virgen que había en la pared frente a él.

Y mientras todo el grupo se le echaba encima, Tomás se tapó los ojos con las manos y murmuró:

—En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu.

Luego añadió con decisión:

—Acepto la muerte en el nombre de Jesús y de su Iglesia.

Le golpearon en la cabeza con un hacha, y se desplomó en un charco de sangre. Los conjurados, antes de saquear el palacio episcopal, ordenaron arrojar el cuerpo a una ciénaga. La noticia de aquel asesinato conmovió a Europa. Se contaba que incluso el propio papa quedó turbado y consternado, y nadie se atrevió a dirigirle la palabra durante ocho días. El mismo Enrique II se encerró tres días en su habitación, sin querer comer nada.

La trágica muerte en defensa de la libertad de la Iglesia, que padeció Tomás en su catedral, revestido con los ornamentos episcopales y en el curso de una liturgia, impresionó de tal manera a los contemporáneos que incluso se le reconoció el título altisonante de *Arzobispo Primado, no solo de una ciudad, sino del mundo entero*.

Fue canonizado en 1173, dos años después de su muerte, y se le encuentra ya representado entre los santos mártires en los mosaicos del ábside de Monreale, construido en 1174.

#### SANTO TOMÁS MORO (1477-1535)

Nacido en Londres, Tomás Moro fue uno de los más grandes humanistas de su tiempo. Es autor de una célebre obra de filosofía política titulada *Utopía*. Casado y padre de cuatro hijos, magistrado, dio testimonio de intensa caridad, llegando a fundar la *Casa de la Providencia* para acoger ancianos y niños enfermos. En 1529 fue nombrado Canciller del Reino de Inglaterra por el rey Enrique VIII —como ya lo había sido Tomás Becket—. El soberano entró en conflicto con el papa, porque pretendía la invalidación de las nupcias contraídas con Catalina de Aragón (que no le había dado hijos), para casarse con Ana Bolena.

Al rechazar el pontífice aquella pretensión, el rey se hizo proclamar «único protector y cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra». Moro, en conciencia, no pudo aceptar tal decisión y dimitió como canciller. Encerrado en la Torre de Londres, permaneció allí durante quince meses, meditando la Pasión de Cristo y «tratando de seguir humildemente sus huellas». Hubo muchos que trataron de convencerlo, recordándole que el Acta de Supremacía había sido aceptada incluso por muchos obispos, pero Moro siempre respondía que «la mayor parte de los santos había pensado en vida como él pensaba», y que «el concilio de un solo reino no tenía autoridad contra el concilio general de la Cristiandad». Lo decapitaron en un descampado ante la Torre de Londres —precisamente el 6 de julio de 1535, víspera de la fiesta de santo Tomás Becket—.

El día anterior de su muerte escribió a su hija: «Querría ir al paraíso mañana, en un día tan propicio para mí». Y, como el primer Tomás había elegido morir repitiendo las últimas palabras de Esteban protomártir, así también Moro se dirigió a los jueces que lo acababan de condenar, evocando el mismo episodio bíblico: «No tengo nada que añadir, señores, sino esto: como el apóstol Pablo, según leemos en los *Hechos de los Apóstoles*, asistió consintiendo en la muerte de san Esteban, guardando la ropa de los que lo lapidaban, y ahora es santo y está con él, en el cielo, donde estarán unidos para siempre, verdaderamente del mismo modo espero (y rezaré intensamente por esto) que vosotros y

yo, mis señores, que habéis sido mis jueces y me habéis condenado en la tierra, podamos todos juntos encontrarnos con gozo en el cielo por nuestra salvación eterna».

Así murió cristianamente. Durante toda su vida había mostrado la dignidad del hombre—tan reivindicada en el Renacimiento— armonizando fe, cultura, caridad, afectos familiares, actuación social y política. Al final, muriendo mártir, mostró que su más alta dignidad estaba en dedicar totalmente a Cristo Jesús la propia vida.

Con Tomás Moro, además, el ideal humanístico del *verdadero hombre* no solo se afirmó con solemne dignidad ante la persecución y la muerte, sino que alcanzó una cumbre altísima: la de reconocer la plena dignidad humana incluso a los perseguidores, hasta el punto de desearles, con verdadera esperanza, la misma santidad, citándoles en el paraíso.

Avanzamos ahora algunos siglos para llegar a finales del siglo XVIII, cuando no serán ya reyes quienes martirizarán a los cristianos, sino «ciudadanos» que pretenden actuar en nombre «de la libertad, la igualdad y la fraternidad».

#### SANTAS MÁRTIRES CARMELITAS DE COMPIÈGNE (1794)

A finales de 1793, los revolucionarios franceses desencadenaron *el gran terror* en nombre de su «razón iluminada» que exigía «no solo el castigo, sino la aniquilación de los enemigos de la patria», además de «su total descristianización».

Pero para condenar a muerte a dieciséis monjas carmelitas no encontraron otra «luz de la razón» que acusarlas de *fanatismo*. Así, en nombre de la República, fueron guillotinas dieciséis mujeres en París, llamada por entonces “la plaza del trono robado”. ¡Dos de aquellas religiosas tenían 79 años! Pero las monjas consiguieron transformar la horrible escena en una acción litúrgica, y la multitud asistió a ella como se asiste a un rito sagrado.

De ordinario el cortejo de los condenados debía abrirse paso entre dos filas de gente ebria y vociferante, pero afirman los testigos que aquellas dos carretas donde iban las hermanas pasaron «entre tal silencio de la multitud como no hubo otro durante la Revolución». Llegaron a la vieja plaza donde se alzaba la guillotina hacia las ocho de la tarde. La priora pidió y obtuvo del verdugo la gracia de morir la última, de modo que pudiese asistir y sostener, como madre, a todas sus religiosas, sobre todo a las más jóvenes. Querían morir juntas, también espiritualmente, como si asistieran a un único y último acto comunitario. La priora pidió aún al verdugo que esperase un poco, y lo obtuvo también: entonó entonces el *Veni Creator Spiritus*, que cantaron enteramente; luego todas renovaron sus votos.

Al término, la madre se puso al lado del patíbulo, teniendo en la mano una pequeña imagen de la Virgen, que había conseguido esconder hasta entonces. La primera fue la joven novicia, que se arrodilló ante la priora, le pidió la bendición y el permiso para morir. Besó la imagencita de la Virgen y subió los escalones del patíbulo «contenta, como si acudiese a una fiesta», dijeron los testigos; y mientras subía entonó el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, acompañada por las demás que, de una en una,

siguieron sus pasos con la misma paz y alegría, aunque fuera preciso ayudar a subir a las más ancianas. La última en subir fue la priora, que lo hizo tras entregar la imagencita a una persona cercana (la imagen se conservó, y aún está hoy en el monasterio de Compiègne).

Escribe E. Renault: «El golpe de la cuchilla, el rumor seco del corte, el sonido sordo de la cabeza que cae... Ni un grito, nadie aplaude o grita descompuesto (como solía ocurrir). Incluso los tambores habían enmudecido. A esta plaza, corrompida por el olor de la sangre fétida, abrasada por el calor estival, un silencio solemne descendió sobre los asistentes. Quizá la oración de las Carmelitas les había tocado ya el corazón».

Se sabrá luego que aquel día, entre los jóvenes presentes, más de una muchacha prometió a Dios, en su corazón, ocupar su lugar.

De su conmovedora vivencia surgió un relato (*La última del patíbulo*, de G. von Le Fort), un drama (*Diálogos de Carmelitas*, de G. Bernanos), una ópera musical (de F. Poulenc) y el guion de una película, escrito por P. Bruckberger.

#### BEATO MIGUEL AGUSTÍN PRO (1891-1927)

Estudios recientes afirman que en el siglo XX —el de las más violentas ideologías revolucionarias— se cuentan más de cuarenta y cinco millones de mártires cristianos.

Al frente de toda esa multitud estuvo el joven jesuita padre Miguel Agustín Pro, víctima de la primera persecución grande del siglo, desencadenada en México por parte de grupos masónicos que implantaron en 1917 la primera constitución socialista de la historia mundial, con el empeño explícito de erradicar la fe católica del país y de las conciencias.

Las cosas llegaron a tal punto que los sacerdotes fueron obligados a pasar a la clandestinidad. El padre Miguel Pro se convirtió así en el “prestidigitador de Dios” que conseguía mimetizarse de modo fantástico para atender y sostener a cualquier precio a los fieles.

Ejercía a escondidas su ministerio con energía indomable, recurriendo a ingeniosos disfraces para eludir los controles de policía, y predicando en secreto ejercicios espirituales. Fundó *centros eucarísticos*, donde distribuía a diario centenares de comuniones, llegando hasta las 1500 en un solo día. Sabía también alegrar a su gente con la guitarra y su capacidad de organizar ratos de fiesta. Después de solo dos años de sacerdocio, fue arrestado con la falsa acusación de haber participado en un atentado político. El proceso se desarrolló con desprecio de toda norma jurídica y de todo derecho humano, y el padre Miguel fue condenado al morir fusilado.

Fue ejecutado en presencia de periodistas y fotógrafos, porque el dictador en el poder deseaba ofrecer al mundo el espectáculo de un cura asustado que pedía piedad.

Sin embargo, su ejecución fue más bien una sagrada celebración.

Cuando en la mañana del 23 de noviembre de 1927 se abrió la puerta del sótano de la cárcel y resonó la voz del comandante que gritaba su nombre, el padre Pro comprendió que había llegado su hora. Se paró un instante para bendecir a sus compañeros y, en ese momento, el carcelero, llorando, le pidió perdón.

—No solo te perdono, sino que te doy las gracias —le respondió el padre, antes de abrazarlo.

Cuando llegó al lugar de la ejecución, se le concedió tiempo para rezar. Lo hizo de rodillas, ante el pelotón ya formado. Luego, se levantó y dijo:

—Dios es testigo de que soy inocente del delito que me imputáis. Que el Señor tenga misericordia de todos vosotros.

Extendió los brazos en cruz, con el crucifijo en una mano y el rosario en la otra, y añadió:

—Perdono de todo corazón a mis enemigos.

Y luego en voz alta:

—¡Viva Cristo Rey!

Al parecer, un soldado del pelotón de ejecución murmuró, conmovido:

—Es así como mueren los justos.

Las fotos, difundidas rápidamente, más que para humillar al mártir se convirtieron pronto en reliquias.

Algunos días antes de morir, el padre Pro había escrito esta conmovedora oración: «Creo, Señor, pero aumenta mi débil fe. Corazón de Jesús, te amo, pero aumenta mi amor; confío en ti, pero fortifica mi esperanza. Corazón de Jesús, te entrego mi corazón, pero guárdalo en el fondo del tuyo, y custodia mi promesa, para que la mantenga hasta el más completo sacrificio de mi vida».

BEATO VLADIMIR GHIKA (1873-1954)

Pertenece a la innumerable compañía de mártires que atestiguaron la fe ante la rabia de los regímenes ateos comunistas. Era un príncipe rumano, convertido al catolicismo, que fue declarado mártir en 2013.

En los comienzos del atormentado siglo XX, recién ordenado sacerdote, Vladimir Ghika fundó en su patria el primer instituto católico dedicado a obras de caridad, inspirándose en san Vicente de Paúl. Nunca había existido algo así en su tierra. Vladimir lo llevó a cabo dedicando todas sus energías y su patrimonio a los pobres y enfermos, pero también elaborando una característica “liturgia del prójimo”, que constituye una constante de su pensamiento y de la formación que impartía a sus seguidores.

“Liturgia del prójimo” quiere decir que, en la visita a los pobres, hay que celebrar “el encuentro de Jesús con Jesús”. De hecho, «en los dos lados está solo Cristo: el Cristo Salvador viene al Cristo Sufriente, y los dos se integran en el Cristo Resucitado, glorioso, y que bendice».

Por eso, cuando llamaban a Vladimir por alguna necesidad, acudía rezando: «Señor, voy a encontrar a uno de los que tú has llamado “otro tú mismo”». Esta era su máxima preferida: «Nada hace a Dios tan próximo como el prójimo». Y la puso en práctica hasta la última hora de su vida, también en el horror de una cárcel comunista, donde le arrojaron cuando tenía ya más de ochenta años, y donde pasó los últimos meses ayudando a todos los presos con el afecto, las atenciones y los relatos propios de un abuelo.

Pudo aplicar así, literalmente, lo que había escrito en sus *Pensamientos*, comentando el episodio de los discípulos de Emaús: «Cuando muere el día, los discípulos de Jesús pueden ser reconocidos solo por el modo en que —como su Maestro— saben partir el pan, sacrificando para los hermanos el pan vivo de sus propios cuerpos».

En la cárcel, él partía este pan consumiendo su débil voz al servicio de sus compañeros de prisión. En las largas y frías horas de la noche, todos estaban pendientes de sus labios y no se cansaban nunca de pedirle alguna historia que iluminase y calentase las tinieblas de aquella terrible cárcel. Vladimir conocía en persona la historia gloriosa de los antiguos principados rumanos; había frecuentado los salones de los intelectuales y los *talleres* de los más célebres artistas.

Los detenidos lo rodeaban, como niños impacientes:

—Monseñor, por favor, ¡otra historia!

Y Vladimir hablaba largo y tendido, contando, describiendo, pintando a lo vivo escenarios y personajes, enmarcando su narración con reflexiones sobre el sufrimiento, sobre la santidad, sobre el prójimo, sobre Dios. Y he aquí que los muros de la prisión parecían desaparecer y los presos volvían a creer en la vida, en la historia, en la belleza del mundo, en la Providencia divina que penetraba incluso entre las fisuras de aquellas paredes frías y malolientes. «Para él —contó un testigo—, los muros de la prisión no existían. Era libre, porque hacía la voluntad de Dios». Así, en aquella cárcel calentada solo por la caridad de aquel anciano sacerdote, pasó el terrible invierno entre 1953 y 1954. Había dicho proféticamente: «Nuestra muerte debe ser el acto supremo de nuestra vida: pero puede suceder que Dios sea el único que lo conozca».

#### SAN MAXIMILIANO KOLBE (1894-1941)

Maximiliano era un joven franciscano conventual polaco, lleno de ardor apostólico y de iniciativa, que fundó en su patria el convento *Niepokalanov*, la Ciudad de la Inmaculada. Primero fue una gran basílica mariana y luego, junto a ella, un convento para centenares de frailes (eran 762 al cabo de diez años) y un complejo editorial dotado de la estructura necesaria. Cerca tenía una estación ferroviaria y un pequeño aeropuerto.

Los nazis detuvieron a Maximiliano mientras estaba en plena actividad apostólica, que por entonces se extendía hasta Japón. El franciscano consideró entonces el *lager* como un nuevo campo de misión. Durante un castigo colectivo, decidido por el comandante del campo tras la fuga de un preso, el padre Kolbe se ofreció espontáneamente para sustituir a una de las personas elegidas para morir, y que estaba desesperado por la suerte que correrían su mujer y sus hijos.

Condenados a morir de hambre, los presos designados fueron arrojados desnudos en el barracón de la muerte y no se les dio ya nada, ni siquiera una gota de agua.

Desde aquel día, el campo se convirtió en un lugar sagrado. La larga agonía quedó marcada por las oraciones y los himnos sagrados que el padre Kolbe recitaba en alta voz. Y desde las celdas vecinas respondían los demás condenados. La fama de lo que sucedía se extendió incluso por otros campos de concentración. Cada mañana, inspeccionaban el bunker del hambre. Cuando se abrían las celdas, aquellos infelices lloraban y pedían pan;

a quien se acercaba, lo golpeaban y lo arrojaban violentamente contra el suelo. El padre Kolbe no pedía nada, ni se lamentaba. Permanecía en el fondo, sentado, apoyado contra la pared. Los mismos soldados lo miraban con respeto.

Los condenados comenzaron a morir. Después de dos semanas quedaban vivos solo cuatro, con el padre Kolbe. Para acabar con ellos, el 14 de agosto de 1941 les pusieron una inyección de ácido fénico en el brazo izquierdo. Era la víspera de una fiesta mariana que Maximiliano amaba mucho: la Asunción, a la que dirigía siempre una canción popular que dice: «Iré a verla un día».

Contó después su carcelero: «Cuando abrí la puerta de hierro, ya no vivía. Pero se me presentaba como si estuviese vivo, apoyado aún en la pared. La cara estaba radiante de un modo insólito. Los ojos muy abiertos y concentrados en un punto. Toda su figura parecía en éxtasis. Jamás lo olvidaré...».

El padre Maximiliano había sido el último en morir, atestiguando que la fe y la caridad habían alcanzado la victoria, allí donde se había programado la destrucción de la misma humanidad del hombre.

Fue canonizado como “mártir de la caridad”.

#### BEATO FRANZ JÄGERSTÄTTER (1907-1943)

Franz era un sencillito campesino austriaco, nacido en la frontera con Baviera, que se atrevió a oponerse al régimen hitleriano negándose a cualquier colaboración. Llamado a filas, rechazó enrolarse porque, en conciencia, no podía participar en una guerra injusta. Había estudiado la Biblia y los documentos de la Iglesia, había hablado con amigos y personas cultas, y su convicción se había hecho inmovible. Su mismo párroco reconocía: «Me ha dejado mudo, porque tenía los mejores argumentos. Queríamos animarle a desistir, pero nos ha vencido siempre citando las Escrituras».

Luchaba contra el nazismo, y le preocupaba que sus hijas tuviesen que vivir en un mundo descristianizado (lo que el nazismo exactamente se proponía hacer, desde los primeros años de vida de los niños). Por eso fue apresado y ejecutado cuando tenía treinta y cinco años.

A su mujer, que lo apoyaba fielmente en su difícil elección, y a sus hijas, les dejó este testamento: «Escribo con las manos atadas, pero prefiero esta condición a tener encadenada mi voluntad. Ni la cárcel, ni las cadenas y ni siquiera la muerte pueden separar a un hombre del amor de Dios, o robarle su libertad».

Y en la última carta que consiguió enviarles escribió: «No me ha sido posible ahorraros los sufrimientos que debéis padecer por mi causa... Doy gracias a mi Salvador por poder sufrir y morir por Él». Y concluía con estas palabras: «Que el corazón de Jesús, el corazón de María y el mío sean una sola cosa, ahora y por toda la eternidad».

La Eucaristía, que recibía del capellán de la prisión, la cotidiana lectura de la Biblia y la foto de sus hijas lo confortaron en sus últimos días.

Los compañeros de cautiverio contarán más tarde que Franz se había vuelto tan caritativo que incluso se privaba del último pedazo de pan para dárselo a los compañeros más fatigados. Uno de ellos escribirá luego a la mujer de Franz: «Los hijos tienen todo el

derecho a creer que su papá ha muerto como un santo». Y también el capellán le escribirá: «Esté convencida que pocos en Alemania han sabido morir como su marido. Ha muerto como héroe, como creyente, como mártir y como santo».

Hasta el final le dejaron sobre la mesa un impreso en el que podía comprometerse bajo juramento a servir en el ejército alemán. Le hubiese bastado una firma para salvar su vida. Pero al capellán de la cárcel, que lo visitó para confortarlo, y trataba de dirigir su atención hacia aquel papel, le respondió el joven:

—No puedo firmar... Mi alma está estrechamente unida al Señor.

#### BEATO TITO BRANDSMA (1881-1942)

Tito fue un sacerdote carmelita holandés —profesor de Filosofía e Historia de la mística en la Universidad Católica de Nimega, de la que era rector—, que fue deportado y ejecutado por los nazis en el campo de Dachau.

Ya en 1936, cuando las noticias no estaban tan extendidas ni eran tan ciertas, él había colaborado en un libro titulado *Voces holandesas sobre el trato hacia los hebreos en Alemania*, donde escribía: «Lo que se hace ahora contra los hebreos es una cobardía. Los enemigos y adversarios de ese pueblo son, en verdad, mezquinos si piensan que deben actuar de un modo tan inhumano. Y si piensan manifestar o aumentar de ese modo la fuerza del pueblo alemán, eso es más bien la ilusión propia de quien es débil».

En Alemania reaccionaron enseguida con rabia, definiéndolo en la prensa nacional como “un profesor maligno”. Pero Brandsma, consciente de su responsabilidad como educador, no desistió. En el curso académico 1938-1939 ya daba cursos a sus estudiantes sobre “las funestas tendencias” del nacionalsocialismo, donde abordaba todas las tesis importantes que estaban siendo vulneradas: valor y dignidad de cada persona (sana o enferma); igualdad y bondad de toda raza; valor indestructible y primario de las leyes naturales respecto a cualquier ideología; y presencia y guía de Dios en la historia humana contra todo mesianismo político y toda ideología del poder.

Brandsma sabía que entre quienes lo escuchaban estaban también los espías del partido.

En 1941, en Holanda, se publicaron en los diarios católicos algunos anuncios del *Movimiento Nacionalsocialista Holandés*. La circular de Tito Brandsma, Asistente eclesiástico de los periódicos católicos, no se hizo esperar. En ella negaba, en nombre de toda la prensa católica, cualquier colaboración con el nacionalsocialismo.

Pocos meses después, el profesor era detenido y deportado al campo de Dachau, donde fue sometido a todo tipo de vejaciones y a verdaderas torturas.

Fue necesario enviarlo a la enfermería del campo. Ese hecho significaba que su suerte estaba echada. Hoy conocemos lo sucedido gracias a un testigo de excepción: precisamente la misma persona que lo mató, y que después se convirtió pues el recuerdo del padre Tito no la abandonaría nunca.

Era enfermera pero, por miedo, obedecía las órdenes inhumanas que le dictaba el oficial médico. Según su relato, «al llegar a la enfermería, Tito ya estaba en la lista de los

muestrados». Narró los experimentos que se hacían con los enfermos, también con Tito, y cómo le salían de dentro, sin querer, las palabras con las que soportaba los maltratos:

—Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya.

También contó la enfermera cómo todos los enfermos la odiaban y la insultaban con los apelativos más infamantes, odio que ella les devolvía de manera impasible; pero la impresionaba que aquel anciano sacerdote, en cambio, la tratase con la delicadeza y el respeto de un padre: «Una vez tomó mi mano y me dijo: ¡Pobre chica, rezaré por ti!».

Un día el preso le regaló su rosario, hecho de cobre y madera. Irritada, la joven contestó que aquel objeto no le servía. No sabía rezar...

Tito le dijo:

—No es necesario que digas toda el Avemaría, di solo: *Ruega por nosotros pecadores*.

El 25 de julio de 1942, el médico de la enfermería le entregó a la enfermera una inyección de ácido fénico para que se la pusiese en vena a Tito. Era un gesto de *rutina*. La enfermera lo había realizado ya cientos de veces, pero la pobrecilla recordará luego «que, después de hacerlo, se sintió mal el resto del día». Puso la inyección a las dos menos diez, y a las dos murió Tito. «Estuve presente cuando expiró... El doctor estaba sentado junto a la camilla, con un estetoscopio, para guardar las apariencias. Cuando el corazón dejó de latir, me dijo: ¡Este puerco ha muerto!».

De sus verdugos, el padre Tito había dicho siempre: «También ellos son hijos del buen Dios, y quizá quede en ellos todavía alguna cosa...».

Dios le concedió precisamente este último milagro. El médico del campo llamaba sarcásticamente a esa inyección de veneno «inyección de gracia». Y he aquí que, mientras la enfermera se la ponía, era la intercesión de Tito la que infundía en ella la gracia de Dios. Y la pobrecilla, en el proceso canónico, explicó que el rostro de aquel anciano sacerdote se le había quedado impreso en la memoria para siempre, porque había leído en ese rostro algo desconocido para ella hasta entonces. Dijo sencillamente:

—Él tenía compasión de mí.

Como Cristo.

Así, con la dulzura de un padre humillado, Brandsma consiguió dar vida a quien acababa de darle muerte.

#### SAN OSCAR ROMERO (1917-1980)

Nombrado en 1977 arzobispo de San Salvador, capital de la homónima república sudamericana, Oscar Romero tenía fama de ser reservado. Su vida parecía más inclinada al estudio que a las luchas y enfrentamientos sociales. Pero en el curso de su apasionado ministerio episcopal, observando más de cerca los sufrimientos de su pueblo, oprimido por una dictadura injusta y violenta —y muy afectado por el ejemplo de algunos compañeros perseguidos y ejecutados por el régimen—, devino un «buen pastor» combativo, a dar la vida en defensa de su grey.

Comenzó a denunciar públicamente los crímenes de Estado en sus homilias dominicales, y sus prédicas se difundían por radio en el país, y también en el extranjero. Después de meses y meses de pasión y valerosa resistencia, un domingo se dirigió

directamente a los soldados, pidiéndoles que dejaran de matar por cuenta de los dictadores y de los ricos propietarios:

«Quisiera hacer un llamamiento, de manera especial, a los hombres del ejército. Hermanos, son de nuestro mismo pueblo. Matan a sus mismos hermanos campesinos. Pero, ante una orden de matar dada por un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: ¡NO MATARÁS! Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios... Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla. Ya es tiempo de que recuperen su conciencia, y que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado. La Iglesia, que defiende los derechos de Dios, de la ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede permanecer en silencio ante tan gran abominación. Queremos que el gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas, si van teñidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben al cielo cada vez más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: cese la represión».

Con estas palabras, Romero había firmado su condena a muerte, y en el fondo de su corazón lo sabía.

Al día siguiente, 24 de marzo de 1980, por la tarde, Romero celebra la misa en la capilla del *hospitalito*, el hospital de la Divina Providencia para enfermos terminales de cáncer (donde había elegido vivir, en tres pequeñas dependencias, originariamente destinadas al guarda). En la predicación comenta el evangelio del grano de trigo que, caído en tierra, debe morir para dar fruto.

Luego lo aplica a la Eucaristía que va a ofrecer:

«En este momento, la hostia de trigo se convierte en el cuerpo del Señor ofrecido por la redención del mundo y el vino de este cáliz se transforma en su sangre, precio de la salvación. Que este cuerpo inmolado y esta sangre sacrificada por los hombres nos den valor para entregar nuestro cuerpo y nuestra sangre a Jesús para dar fruto de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos ahora íntimamente en fe y esperanza a este momento de oración».

Luego se dirige al centro del altar y se vuelve al pueblo para iniciar el ofertorio. Desde el fondo de la iglesia surge un disparo. Los fieles asustados se tiran al suelo. Cuando se levantan, ven a su arzobispo caído al lado del altar, alcanzado en el pecho por un proyectil de alta fragmentación. Caído, con las manos aún agarradas al corporal, Romero ha derramado sobre su cuerpo el vino y las formas que iba a consagrar, y todo se empapa con su sangre.

El martirio prosiguió el domingo siguiente, durante los funerales, cuando la ceremonia fue violentamente interrumpida por disparos que sembraron el pánico entre la multitud, y dejaron sobre el terreno cuarenta cadáveres de gente pisoteada.

Así murió monseñor Romero, sustituyendo en el último momento las hostias y el vino que iba a consagrar por su propia carne y sangre.

Todos los mártires mezclan su sangre con la de Jesús: mueren en su Muerte y resucitan por su Vida. Pero los que mueren físicamente abrazados a la Eucaristía, y como apretándola a su corazón, o celebrando el sacrificio eucarístico, son unos privilegiados.

Convertirse en Eucaristía para los propios hermanos, en efecto, es lo que se pide a todos los cristianos, pero realizarlo con evidencia física es un regalo extraordinario que toda la Iglesia ha recibido del obispo Romero.

#### BEATO PINO PUGLISI (1937-1993)

Es el décimo y último mártir que vamos a recordar, subrayando también la distinta forma de su martirio: el de un párroco en medio de su gente, asesinado mientras trata de sacar a sus jóvenes de la delincuencia organizada que domina en su territorio.

Sacerdote desde sus 23 años, el padre Puglisi fue primero capellán y párroco, luego profesor de religión en distintas escuelas de la ciudad y director espiritual en el seminario diocesano.

En 1990 es nombrado párroco de su mismo barrio natal, en la periferia de Palermo, donde la mafia cultivaba entre los jóvenes a sus futuros matones. Don Pino intervino para contrarrestar esa labor defendiendo a sus «niños de la calle», ofreciéndoles un centro educativo, al que dio el nombre de *Padre nuestro*. Al mismo tiempo se comprometió en persona para denunciar las influencias mafiosas y las malversaciones que devastan el barrio y la parroquia.

Cuando —después de muchas amenazas e intimidaciones— la mafia decidió quitarlo de en medio, el padre Pino estaba tan indefenso que no tuvieron dificultad en asesinarlo. Era el día de su cincuenta y seis cumpleaños: por la mañana había celebrado dos bodas, luego había ido al ayuntamiento para el enésimo e inútil intento de conseguir una escuela de enseñanza media; por la tarde se había reunido con algunos amigos para celebrar un rato su aniversario y recibir sus felicitaciones; luego había preparado a algunos padres para el bautismo de sus niños; después se dirigió a su casa para atender a unos esposos que deseaban hablar con él. El grupo de pistoleros que iba a eliminarlo estaba por allí cerca, pero solo para un primer reconocimiento, para estudiar la situación. Y la situación era tan sencilla (y la víctima tan confiada), que decidieron actuar. Mientras el padre Pino introducía la llave en la puerta de su casa, una mano lo previno y agarró su cartera:

—Padre, esto es un atraco —dijo el cómplice.

El padre Pino apenas se volvió.

—Me lo esperaba —dijo, con una sonrisa bondadosa inolvidable, mientras el ejecutor le disparaba en la nuca.

¿Se *esperaba* tener que dar la vida precisamente en ese instante? No lo sabremos, porque no vio a su asesino o quizá percibió solo confusamente la presencia amenazante a su espalda. En los últimos años —siendo ya párroco en Brancaccio y director espiritual del seminario— no había querido abandonar un encargo al que tenía mucho afecto, el de capellán de una casa refugio para madres solteras. Precisamente a ellas les había dado una prédica el día anterior sobre la pasión de Jesús. Había dicho:

—Cuando tenemos miedo o experimentamos una sensación intensa de calor, se producen contracciones bajo la piel. Ahí hay unas bolsitas de las que brota el sudor. Pero cuando la contracción es más fuerte, porque el miedo llega a ser angustia, tensión insoportable, se rompen los capilares. Por eso se dice que Cristo sudó sangre... Sudó

sangre por el miedo humano ante el dolor. Y ante la cruz imploró al Padre evitarle el amargo cáliz antes de unirse a Su voluntad. Todo esto nos hace sentir a Cristo más cercano aún a nosotros, como un hermano. En esto hemos conocido el amor de Dios. Él ha dado la vida por nosotros y nosotros debemos dar la vida por los hermanos.

Ahora sabemos lo que esperaba el padre Pino Puglisi: esperaba el momento en que Cristo crucificado lo abrazaría y lo llevaría con él.

#### Y TANTOS OTROS MÁRTIRES COTIDIANOS

Este último martirio que hemos contado puede definirse como «un martirio pobre» (también semejante a la Eucaristía, que es pan humildemente partido, que se deja consumir cada día), preparado y saboreado lentamente, como lo saboreó Jesús a lo largo del camino que le llevó a Jerusalén y luego al Gólgota. Así caminaba el padre Pino Puglisi por las calles de su barrio dominado por la mafia, interesándose por todos los problemas de la gente, acompañando a sus fieles con verdadera y activa caridad pastoral, defendiendo y apoyando todas las causas justas, y sabiendo que las calles se habían convertido para él en un largo Via Crucis libremente aceptado: sabía que toda esa violencia que le llegaba era una estación de su camino hacia el Calvario. Pero también él encontró al final los brazos de Jesús para sostenerlo.

Y son estas experiencias atípicas de largo martirio, como la vivida por el padre Puglisi —marcado en todas las horas de tantas jornadas—, las que nos recuerdan que hoy, mientras vuelven las sangrientas persecuciones de antaño con la misma ferocidad que entonces, los cristianos pueden ser perseguidos no solo con formas extremas —esas que exigen el testimonio explícito y valiente, otorgado en un acto supremo y conclusivo—, sino también en forma monótona y continua.

Son persecuciones que se expresan en días y días de hostilidad creciente, chantajes sistemáticos y amenazas ciertas, aunque no estén claramente definidas.

Pueden consistir en agresiones metódicas a la fe del cristiano, a su caridad, a su hambre y sed de justicia, a su pasión por la verdad, a su amor a la Iglesia.

Y el martirio puede llegar en mil maneras, incluso anónimas: a veces el mártir tiene un rostro indistinto entre cientos de rostros igualmente desfigurados; a veces el martirio está escondido en una muerte aparentemente casual que, sin embargo, ha sido cuidadosamente programada o incluso solicitada por los perseguidores; a veces el «sí» del mártir a Cristo está escondido en el «no» que él dice a los violentos de este mundo.

Ya a comienzos de los años 50, Charles Journet, un célebre teólogo, advertía: «Puede suceder que la época en que hemos entrado conozca una forma de martirio muy pobre, muy corriente, sin nada espectacular para la fe de la comunidad cristiana —pues lo espectacular está pasando todo al campo de la Bestia—, una época en que se le pedirá al mártir, antes de morir corporalmente por Cristo, que se envilezca y renuncie incluso al gozo de poder confesar a Jesús frente al mundo».

Hoy las dos formas de vocación al martirio (la extrema y la cotidiana) parecen imbricarse una con otra, y ser ambas habituales.

## II. MORIR DE AMOR

EN LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO destacan en primer lugar los mártires, que experimentan y enseñan hasta qué punto puede alcanzarse la identificación con Cristo. Pero, entre ellos, son paradigmáticas algunas figuras de mujeres jóvenes enamoradas, que entregaron su vida a Jesucristo con una sensibilidad nupcial.

Los nombres de Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia se celebran aún en el *Canon Romano*. Y resulta particularmente incisivo el recuerdo del testimonio amoroso de santa Inés, conservado por el obispo san Ambrosio: «¡A cuántos dulces halagos no recurrió el magistrado y de cuántos aspirantes a su mano no le habló para hacerla retroceder de su propósito! Pero ella: “Es una ofensa al Esposo esperar al amante. ¡Me tendrá quien me eligió primero!”»[1].

Por eso, en el curso de los siglos —una vez terminada la época de las persecuciones—, los cristianos tuvieron como imágenes ideales las de quienes elegían consagrarse a Cristo en el estado de virginidad, siguiéndolo así «más de cerca».

Este enamorarse de Jesús no fue, sin embargo, un privilegio solo femenino, porque la más profunda y singular identidad de cada bautizado (antes, durante, después e incluso sin el matrimonio) —y también la de toda criatura humana— consiste en que cada uno pertenece desde siempre personal y amorosamente a Cristo Esposo. Y hay un cierto nivel de profundidad espiritual en el que ser varón o mujer no supone ya ninguna dificultad para enamorarse de Cristo.

Vamos, pues, a comenzar evocando el enamoramiento paradigmático de dos santos: Francisco de Asís y Juan de la Cruz. Por una parte, han experimentado hacia Cristo un verdadero y profundo amor como personificando a la Iglesia Esposa y, por otra, se han hecho cada vez más semejantes a Él.

### SAN FRANCISCO DE ASÍS (1181-1226)

El ejemplo de san Francisco de Asís es el más notable y fascinante. Su primer biógrafo, Tommaso da Celano, escribe: «Los hermanos que vivieron con él saben muy bien cómo cada día, incluso en cada momento, afluía a sus labios el recuerdo de Cristo, con cuánta suavidad y dulzura le hablaba, con qué tierno amor conversaba con Él. Estaba en verdad muy centrado en Jesús. Lo llevaba siempre en su corazón, Jesús en sus labios, Jesús en sus oídos, Jesús en sus ojos, sus manos, en todos sus miembros»[2].

Y no teme describir algunas efusiones suyas típicamente esponsales: «Cuando el santo rezaba, en los bosques y en lugares solitarios, llenaba el bosque de gemidos, bañaba la tierra de lágrimas, se golpeaba con la mano el pecho; y allí, aprovechando un lugar más íntimo y reservado, dialogaba incluso en alta voz con su Señor, daba cuentas al Juez, suplicaba al Padre, hablaba al Amigo, bromeaba amablemente con el Esposo»[3].

Muy particular fue, en el santo de Asís, el fenómeno de los estigmas (un milagro que nunca había sucedido), señal de un amor tan intenso que, después de haber impregnado

el alma, brota hasta manifestarse también en el cuerpo.

Un fenómeno que san Francisco de Sales, en su *Tratado del amor de Dios*, explica así: «¡Qué grande debía ser la ternura de san Francisco, al ver la imagen de nuestro Señor, inmolido en la cruz! El alma tan conmovida, enternecida y casi traspuesta en tan amoroso dolor, se encontró muy dispuesta a recibir las impresiones y los estigmas del amor y del dolor de su supremo Amante. Pues la memoria se fijaba por completo en el recuerdo de aquel divino amor, la imaginación se aplicaba fuertemente a representarse las heridas y las llagas que contemplaban los ojos en aquel momento, y el intelecto recibía las figuras vivísimas que la imaginación le proporcionaba y, por último, el amor empleaba todas las fuerzas de la voluntad para conformarse a la pasión del Amado; así el alma se encontraba sin duda transformada en un segundo Crucifijo. Entonces el alma, como forma del cuerpo, empleando su poder, imprimió el dolor de las llagas que la herían en los lugares correspondientes en los que las sentía su Amado. El amor es admirable en agudizar la imaginación para que penetre hasta en lo externo»[4] .

El amor, por tanto, «hizo traspasar al exterior del gran amante san Francisco los tormentos interiores, e hirió el cuerpo con el mismo dardo de dolor con que le había herido el corazón».

Lo ocurrido a la muerte del santo estuvo cargado de simbolismo eclesial, cuando el cortejo fúnebre se detuvo en San Damián, donde se abrió el féretro para que santa Clara y sus «pobres mujeres» pudiesen besarle los estigmas.

#### SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591)

El ejemplo de san Juan de la Cruz es menos conocido desde el punto de vista de las actitudes personales, pero es aún más decisivo desde la perspectiva de su magisterio como Doctor de la Iglesia.

Él tuvo, en efecto, en un momento crucial de la historia cristiana, la misión de “salvar” y volver a poner en el centro de la reflexión teológica y espiritual el bíblico *Cantar de los Cantares*.

Hasta el siglo XVI la reflexión eclesiológica se basaba en varios comentarios del *Cantar* ofrecidos por los Padres de la Iglesia u otros escritores espirituales. Pero con la crisis provocada por la Reforma protestante, pareció que todo debía limitarse a reflexiones cada vez más rígidas sobre la fe, en detrimento del amor y de la caridad.

En aquellos años de graves perturbaciones, la mística cristiana hubiera quedado gravemente herida y depauperada si Juan de la Cruz no hubiese tenido el don de releer el texto bíblico del *Cantar*, casi reescribiéndolo, con renovada inspiración poética, en las cuarenta estrofas de su *Cántico Espiritual*. Luego le dio un acabado trinitario en la *Llama de amor viva*, y comentó teológicamente los poemas.

San Juan de la Cruz fue, por tanto, el *maestro de la fe* [5] que tuvo el don y la tarea de repetir a la Iglesia Esposa —con la debida belleza— la palabra bíblica que «el Amado» le dirige: una palabra que constituye todo un diálogo de amor.

No carece pues de significado que precisamente a este santo (considerado el mayor poeta del amor de la lengua española) se le concediera morir escuchando esas divinas

palabras, que son el corazón de la Sagrada Escritura.

Sabemos que cuando los hermanos, reunidos en torno a su lecho, comenzaron a recitar las oraciones para los agonizantes, el santo los interrumpió y se dirigió a su superior:

—Padre, no necesito esto, léame algo del *Cantar de los Cantares*.

Y mientras esos versos de amor resonaban en la celda, Juan suspiró, gozoso:

—¡Qué perlas tan preciosas!

A medianoche, cuando sonaron las campanas de maitines, exclamó:

—¡Gloria a Dios, iré a cantarlo en el cielo!

Luego miró fijamente a los presentes, como para despedirse, besó el crucifijo y dijo:

—Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu...

Así, murió en Úbeda el 14 de diciembre de 1591, y los presentes contaron que una suave luz y un intenso perfume habían llenado la celda, tal como en otro tiempo llenaron su oscura cárcel en Toledo, con aromas y sonidos dignos de una amorosa escenografía divino-humana.

Por un lado, san Francisco de Asís y san Juan de la Cruz nos han recordado en sus vidas las actitudes del alma creyente Esposa de Cristo y, por otra parte, con su magisterio han evocado también la imagen del Cristo Esposo.

Ahora, sin embargo, queremos centrarnos en algunos rostros de «vírgenes enamoradas», escogiendo en primer lugar los de las santas que se dedicaron a una vida contemplativa, poniéndose «en defensa del corazón». Con esta expresión queremos subrayar la necesidad de no banalizar nunca la santidad, mirándola como una cuestión exclusivamente moral o sociológica. Incluso sucede que santos y santas se valoran históricamente por lo que han sabido realizar con la enseñanza, el trabajo y la acción apostólica; pero en ocasiones se deja en la sombra la parte más preciosa de su experiencia, es decir, su relación con las personas divinas.

A muchos les parece que seguirían siendo personalidades significativas y ejemplares por lo que hicieron, aun sin Cristo: si no hubiesen tenido (mejor: *aunque no tuviesen*, dado que son todas personas vivas) un Cristo que amar y un Cristo que las ama. Pero de ese modo se les quita el corazón a los santos y santas. Por eso, Dios da a la Iglesia personalidades virginales y contemplativas que no se distinguen por las obras realizadas, sino que su único objetivo en la vida parece ser el de dejarse amar por Él y amarlo con toda la fuerza de su ser.

La imagen evangélica del *perfume precioso*, derramado solo para honrar el amado cuerpo de Cristo —mientras hay quien se queja de ese desperdicio[6]—, describe bastante bien el don y la tarea incluidos en su experiencia espiritual. Y cuando el vaso que contiene ese perfume de gran precio se rompe (en el momento de la muerte, sí) es el amor lo que brota de todas las heridas.

Veremos a continuación, en torno a san Juan de la Cruz, algunas jóvenes «esposas carmelitas» que —de él y de santa Teresa de Jesús[7]— aprendieron a realizar ante todo su propio matrimonio espiritual con Cristo.

SANTA TERESA MARGARITA REDI (1747-1770)

Entró muy joven en el monasterio carmelita de Florencia, donde la mayoría de las monjas era ya de avanzada edad. Escogió una forma de vida en el claustro y se encontró siendo la enfermera de todas, viviendo su vocación contemplativa en la unión estrecha entre el amor de Dios y el amor del prójimo —los dos amores que están unidos en la persona de Jesús, nuestro Dios y nuestro prójimo—. A su fidelidad vocacional contribuyó de manera determinante el haber cultivado ella, desde niña y en su familia, una intensa devoción al Corazón de Jesús (rara en aquellos tiempos). Se había así propuesto, como único ideal, el de «devolverle amor por amor». Decía: «Él en la cruz por mí y yo en la cruz por él».

Había leído en la Escritura que «Dios es amor» y estaba como perdida en ese océano, del que no quería nunca salir. Le bastaba con entregarse sin descanso ni queja a sus hermanas enfermas. Y cuando fue ella quien enfermó gravemente, casi nadie se dio cuenta: el médico al que llamaron se despachó diciendo que se trataba de «una enfermedad de escasa importancia». En realidad, era una peritonitis, y la gangrena había ya comenzado. De modo que sor Teresa Margarita Redi murió en su cama, tratando de orientarse hacia la capilla del Santísimo Sacramento y apretando en su pecho una estampa del Sagrado Corazón.

Después de los funerales, el cuerpo se depositó en una húmeda cripta a la espera de la sepultura, pero nadie tuvo el valor de sepultarlo, pues parecía adquirir, con el paso de las horas, una nueva juventud. Un perfume inesperado invadía la cripta. El cuerpo está incorrupto todavía hoy. Teresa Margarita Redi había curado tantos miembros sufrientes, con tanta ternura, que Jesús había tenido esa misma ternura también con el cuerpo de quien tanto le amaba.

#### SANTA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO (1856-1878)

Junto a Teresa Margarita es hermoso poder colocar a continuación a *santa Mariam Baouardy*, quizá la carmelita menos conocida, pero también la más recientemente canonizada (2015). Su nombre religioso es María de Jesús Crucificado.

Nacida en Galilea, de una familia árabe-católica, pertenece a los tres pueblos de Oriente que todavía combaten en la tierra de Jesús, y que necesitan la paz. Y es por eso consolador saber que hoy, en el pueblo en que nació, es venerada incluso por no cristianos. Mariam pasó su vida entre Palestina, Egipto, Siria, Francia y la India, para volver luego nuevamente a Palestina, a fundar el monasterio carmelita de Belén. Por dondequiera que pasó la consideraron «un milagro de la gracia de Dios», pero ella se tuvo siempre a sí misma por «una pequeña nulidad». Quería ser solo «la pequeña árabe», como todos la llamaban ya a causa de su baja estatura. Decía:

—El pensamiento de que soy la nada me hace saltar de alegría. Es hermoso ser nada... La humildad es feliz sintiéndose nada, no se apega a nada, no se enfada nunca. Está contenta, feliz, en todas partes feliz, satisfecha con todo... Bienaventurados los pequeños.

Dios le había dado una «vida maravillosa»: una existencia llena de milagros y de prodigios extraordinarios, tanto que su primera biografía —publicada en Francia con el

título *Leyenda áurea más allá del mar*— conmovió y encantó a intelectuales de fama como L. Bloy, J. Maritain, y J. Green.

Iletrada, componía de memoria bellísimos poemas que parecían salmos. Uno de ellos dice:

¡A quién me parezco yo, Señor?  
A los pajaritos implumes en su nido.  
Si el padre y la madre no les dan alimento  
mueren de hambre.  
Así es mi alma  
sin ti, oh Señor.  
No tiene sustento, no puede vivir.

La muerte se la llevó a los treinta y tres años, mientras se ocupaba de la fundación de un segundo monasterio en Nazaret. Decía sentirse cada vez más atraída por Dios, «cada vez más perseguida por el amor». Rezaba: «No puedo ya vivir, oh Dios, no puedo ya vivir. ¡Llámame a ti!».

Aquel 22 de agosto de 1878 —mientras llevaba por un sendero escarpado del huerto dos cántaros de agua para dar de beber a los albañiles— cayó sobre una maceta de geranios florecidos, y se rompió el brazo en varias partes entre la muñeca y el codo. Al día siguiente se había ya desarrollado la gangrena. Entonces dijo contenta:

—Estoy en el camino del cielo. Estoy yendo a Jesús.

Sufrió todo el día, pero continuaba repitiendo:

—¡Ven Señor Jesús, ven!

A las cinco de la mañana del día siguiente pareció ahogarse. Se llamó a la comunidad. Le sugirieron la última plegaria:

—¡Jesús mío, misericordia!

Repitió:

—¡Sí, misericordia!

Y murió besando el crucifijo.

Hoy su tumba es meta de peregrinaciones para cristianos y musulmanes.

#### SANTA TERESA DE LISIEUX (1873-1897)

A la muerte de la pequeña árabe, Teresa tenía ya cinco años. Y, sin saberlo, estaba heredando su mismo lenguaje y la misma pasión por ser y sentirse pequeña delante de Dios. Con el relato de las gracias recibidas en familia, ya en los años de infancia —relato enriquecido con tantas reflexiones espirituales—, Teresa se convertiría en «la niña más amada de la tierra» y hoy es universalmente conocida como «la maestra de la infancia espiritual».

Con todo, es necesario precisar que no se trató de una espiritualización o idealización poética de la edad infantil, sino de una asimilación eclesial de la infancia de Jesús, que se mantuvo siempre como el “Niño del Padre”, desde la cuna hasta la Cruz.

La infancia, deseada y cultivada siempre por Teresa, era la que la colocaba en el corazón de la Iglesia, allí donde el amor está guardado y brota para extenderse misionero hasta los confines de la tierra. No se trataba de “ser” o de “seguir siendo” niños, sino de “hacerse niño” aprendiendo de Jesús, como enseña el Evangelio.

Por esto, Teresa, ya monja carmelita, mirando los duros sufrimientos de su anciano padre (en quien reconocía “el niño del Buen Dios”) e intuyendo que Dios tenía prisa en llamarla a su presencia, comprendió que una de sus tareas más importantes sería la de “aprender a morir”. Predijo también que los sufrimientos, necesarios para esta extraordinaria maduración, no iban a faltarle.

Desde el punto de vista teológico, el relato de la muerte de Teresa —no muy conocido, por otra parte— tiene algo de extraordinario, y vale la pena escucharlo todo entero[8]. Podemos afirmar que contiene algunas de las páginas más bellas de su magisterio.

Teresa enfermó gravemente de tuberculosis, un año antes de morir. Durante su enfermedad, decía a veces:

—¿Cómo haré para morir? ¡Nunca aprenderé a morir!

Intuía que su prueba sería terrible: el cuerpo se consumía rápidamente y la enfermedad le ocasionaba dolores intolerables. Sus pulmones estaban totalmente destruidos y le hacían fatigosísima la respiración, y no había en aquellos años posibilidad de disponer de oxígeno. Su mismo respirar parecía reproducir la primera fatiga del niño que viene a la luz. Estaba aterrada:

—¡Si supierais qué significa no poder respirar! Si me ahogo, el Buen Dios me dará la fuerza. Cada respiración es un dolor violento, pero no llega aún a hacerme gritar.

Y mirando una imagen de la Virgen, dijo:

—Virgen santa, el aire de la tierra me falta, ¿cuándo me dará el Buen Dios el aire del cielo?

Los últimos meses estuvieron marcados por un sufrimiento que aumentaba cada vez más, como un mar que la envolvía por todas partes y le pedía —esta vez completamente— el abandono de un niño enfermo que se confía a cualquiera:

—Esta noche no podía más: he pedido a la santa Virgen que cogiera mi cabeza entre sus manos, para que pudiese soportar el dolor [...]. Me he olvidado de mí, he tratado de no buscarme en nada. [...] Sufro solo instante por instante. Los niños no se maltratan, los pequeños serán tratados con extrema dulzura. Y se puede muy bien seguir siendo niña, aunque se reciban grandes encargos, también si se sigue viviendo más. Si viviese hasta los ochenta años, me parece que seguiría siendo muy pequeña, como ahora.

A quien le preguntaba si sus sufrimientos se hacían insoportables, le respondía:

—No, aún puedo decir al Buen Dios que lo amo y me parece que es bastante... Yo amo todo lo que me manda el Buen Dios.

Pero si alguien la alababa por su gran paciencia, le corregía como una que no se ve aún entendida:

—No he tenido todavía un solo momento de paciencia. No es mi paciencia... ¡Me confunden siempre!

El modo de expresarse y las comparaciones con el tiempo de la infancia seguían siendo familiares. Sin embargo, seguía inmersa en indecibles sufrimientos. Contaba a las hermanas:

—La primera vez que me dieron un poco de uva en la enfermería, he dicho a Jesús Niño: ¡Qué buena es la uva! No lo comprendo ni pizca, ¿sabes?, ¿por qué esperas tanto para venir a llevarme? Mira: también yo soy un pequeño racimo de uvas y todos dicen que soy muy madura...

Un día, mientras parecía dormida, a una hermana que se informaba en la puerta de la enfermería, la hermana que la cuidaba le decía:

—¡Está muy cansada!

Teresa lo oía, y después contó:

—Yo pensaba para mis adentros: ¡Es verdad! Así es. Sí, soy como un viandante cansado, acabado, que cae a tierra cuando ya está cerca del final de su camino. Pero yo caigo en los brazos del Buen Dios.

Y así le sucedió. Tuvo una larga y penosa agonía. Lo contó la hermana: «Un tremendo estertor le laceraba el pecho. Tenía los ojos congestionados, las manos violáceas, los pies muy fríos, y temblaba con todo el cuerpo. Duró así algunas horas. Hacia la tarde miró a su priora y le dijo: “Madre mía, ¿no es aún la agonía? ¿No estoy todavía para morir?”. La priora le respondió que quizá el Buen Dios quería esperar aún un poco. Dijo entonces ella: “Entonces, ¡adelante!... ¡adelante! No quisiera sufrir menos”. Luego miró su crucifijo y dijo: “¡Lo amo! ¡Dios mío, yo te amo!”».

La cabeza le cayó hacia atrás, sus ojos quedaron fijos por el tiempo de un Credo, brillantes. Luego expiró.

Muriendo con esa expresión sencilla y totalizante en los labios (¡Dios mío, yo te amo!), la pequeña Teresa se nos presenta como el icono más evidente de los que «mueren de amor» porque *viven* de amor: experiencia que ella había escogido ya como título y estribillo de un pequeño poema (*Morir de amor*) en el que había vertido todos sus deseos de santidad.

#### SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD (1880-1906)

Por el hermoso análisis teológico que Hans Urs von Balthasar nos ha regalado<sup>[9]</sup>, sabemos que Isabel es una “hermana en el espíritu” de Teresa de Lisieux. Y hay que escucharlas juntas para percibir todos los registros de la santidad carmelita.

Si Teresa estaba escondida en el corazón de la Iglesia —desde donde su intercesión y su magisterio se han difundido hasta los confines de la tierra—, Isabel ha estado toda recogida en el seno de la Trinidad —inmóvil y callada— para ofrecerse a una «renovada encarnación del Verbo»<sup>[10]</sup>.

*Habitar* en Dios-Trinidad y *ser inhabitada* era su irresistible vocación.

Pero también para ella llega el momento —como para Teresa, aunque de un modo distinto— de aprender las inmensas profundidades que se abren cuando Cristo pide al alma acompañarle en su pasión.

A sus veinticinco años, Isabel fue aquejada por una de las enfermedades más terribles, el mal de Addison, entonces totalmente incurable. Se trata de una infección crónica de las glándulas suprarrenales que no producen ya las sustancias necesarias para el metabolismo. Le siguen intolerancia alimentaria, crisis de hambre, grave deshidratación, insomnio, náuseas, dolores de cabeza insoportables... No se le ahorró nada: ni siquiera la tentación del suicidio.

Antes de enfermar, Isabel parecía conocer ya todas las profundidades del misterio de Dios, siendo aún muy joven; pero todavía le faltaba algo. Le faltaba la experiencia del dolor. Y no se puede conocer en verdad el amor de Cristo si no se conoce el precio de la sangre que Él ha pagado por nosotros. Por eso Isabel, en los últimos meses de su vida, continuaba repitiendo una expresión que recorre sus escritos como un estribillo, incluso en sus últimas cartas: «¿Dónde vivía Cristo sino en el dolor?». Era lo que solía decir y enseñar santa Ángela de Foligno, una célebre mística medieval, e Isabel recordaba que solo cuando se entra en la pasión de Cristo, se le encuentra de veras “en su casa” y se le conoce.

Se cumplía así el camino que la pequeña Isabel había comenzado el día de su primera comunión. Entonces le habían dicho que su nombre significaba “casa de Dios” y que llegar a serlo era su vocación. Ahora comprendía ella que tenía que hospedar en sí la imagen del Dios Crucificado, hasta conformarse a Él.

Así vivió sus últimos meses. Decía:

—Cuando me acuesto en mi pequeña cama, pienso que subo a mi altar y le digo: «¡Dios mío, no te preocupes!». La angustia me agarra a veces, pero entonces me pongo dulcemente en paz y le digo: «¡Dios mío, esto no cuenta!».

Escribía en una de sus últimas cartas: «En mi cruz, donde gozo de alegrías desconocidas, comprendo que el dolor es la revelación del amor, y me abrazo a él. Es mi habitación predilecta. Es aquí donde encuentro la paz y el descanso, es aquí donde estoy segura de encontrar a mi Maestro» (C 271).

Pero queda aún añadir algo decisivo: esto último se sufre “corazón a corazón con Jesús”, no solo Isabel con sus afectos y sus responsabilidades.

Isabel sabía que entre ella y su madre quedaba aún algo incompleto, desde cuando esta se había resistido a la marcha de la hija para el monasterio y le había impedido realizar su vocación hasta la mayoría de edad.

Ahora que Isabel estaba a punto de morir, Dios iba a pedir aún a su madre un último y más serio desprendimiento, y la hija decidió que esta vez arrastraría a la madre a su misma ofrenda. Lo hizo en el último encuentro, a través de las rejas del locutorio.

He aquí el relato que la madre nos ha dejado: «Toda su vida estaba ahora concentrada en sus ojos. Y al final de aquel último encuentro, tuvo el valor de decirme: “Mamá, cuando vaya la hermana a avisarte de que he dejado de sufrir, debes ponerte de rodillas y decir: ¡Dios mío, tú me la has dado, y yo te la devuelvo, bendito sea tu santo nombre!”».

Sabemos que ella obedeció, repitiendo, palabra por palabra, la ofrenda que la hija había puesto en sus labios y su corazón.

También esto es morir como santos enamorados: ir a Dios con un movimiento directo y sin desviaciones, pero llevando consigo a todas las criaturas que él nos ha confiado.

#### SANTA TERESA DE LOS ANDES (1900-1920)

Después de la muerte de la pequeña Teresa de Lisieux (1897) y antes de la de Isabel de Digione (1906) nació en Chile Juanita Fernández Solar, que sería Teresa de los Andes, la primera santa carmelita no europea.

De familia acomodada, vivió una juventud intensa, mostrándose siempre alegre, sencilla, atractiva, deportista, comunicativa, aunque con no pocos problemas de salud. Pero fueron precisamente estos sufrimientos los que se convirtieron en el secreto entre ella y Jesús, a quien Juana había dado su corazón desde el día de su primera comunión.

Entró en el monasterio a los diecinueve años, pero no consiguió siquiera terminar el noviciado. Sin embargo, entre todas las santas carmelitas, se le confió a ella la misión más difícil: la de anunciar que amor y sufrimiento son indistinguibles. Ninguna santa carmelita ha conocido las sencillas alegrías del mundo, de la naturaleza, de la familia, de la juventud, de la amistad, del deporte como Juanita. Y ninguna ha sufrido como ella en la infancia, en la adolescencia y primera juventud.

Pero, con su experiencia, ella nos ha dejado también estas preguntas abrasadoras: ¿cómo es posible enamorarse de un crucifijo sin ocuparse de sus penas, de sus preocupaciones, de sus llagas, de su abandono, de su sacrificio, de su darse eucarístico? Al comienzo de la primera cuaresma en el monasterio, Teresa supo interiormente que debía dárselo todo. Escribió entonces esta poesía:

Comienzo a caminar  
para morir en la Cruz...  
¿Qué importa, cuando se ama,  
llevar una pesada cruz,  
si se arde en una santa llama?  
¿Qué puede desear el corazón,  
después de haber gustado la dulzura de tu amor?

Lo demostró muriendo, no de dolor, sino de “pasión” (la misma de Cristo) y de amor.

La crisis comenzó el Jueves Santo de 1920. Tenía una fiebre altísima, y aunque se alternaron a su cabecera al menos seis médicos, no consiguieron diagnosticar a tiempo que se trataba de tifus. Recibió la extremaunción y, para cumplir su sueño, la priora le concedió que emitiera los votos religiosos *in articulo mortis*, aunque no hubiera completado aún el noviciado. Así Juana, convertida en sor Teresa de Jesús, emitió su profesión y fue tan feliz que quiso repetir la fórmula tres veces, aunque no tenía ya fuerzas ni para firmar el texto que acababa de leer.

La tarde del viernes después de Pascua, la enferma parecía ser presa de grandes angustias, como si viviese de nuevo las tinieblas del Calvario y de nuevo la asaltase la tentación de desesperar. Se sentía abandonada por el cielo y temblaba de angustia ante el

pensamiento del juicio de Dios. Pero era eso lo que ella misma había pedido, para poder parecerse a su Crucifijo hasta el final.

Luego vino la paz. La sonrisa volvió a su rostro y la mirada se fijó en un punto preciso, como si Alguien estuviese finalmente junto a ella. La oyeron exclamar muy emocionada:

—¡Mi Esposo!

Y cuando murió, las hermanas tuvieron la impresión «de que se sumergía en una felicidad inmensa».

Teresa de los Andes fue canonizada por san Juan Pablo II en 1993. Y es significativo que, en una hornacina exterior del ábside de la Basílica de San Pedro en el Vaticano, se colocase una imagen suya, de un solo bloque de mármol de Carrara, esculpida por un sobrino nieto de la santa. El escultor dio a su obra este espléndido título, que se adapta bien al tema que estamos tratando: *La Enamorada*.

#### BEATA MARÍA CÁNDIDA DE LA EUCARISTÍA (1884-1949)

Entró en el monasterio siciliano de Ragusa a los treinta y cinco años, en 1919 —el mismo año en que la jovencísima Juanita entraba en el monasterio chileno de Los Andes —, viviendo la vocación carmelita con una nueva y particularísima inclinación: la de un amor impetuoso por Jesús Eucaristía.

El tabernáculo fue para María Cándida la “séptima morada” del *Castillo interior*, descrito por santa Teresa de Jesús, y no veía en el mundo belleza tan grande que mereciese atención.

Escribía: «Apartando luego la mirada de todas las bellezas, de todas las grandezas, de todos los esplendores de la tierra, y reposándola de nuevo en el santo Tabernáculo, siento, exclamo que todo es vacío, que no hay tesoro más grande, más delicioso, que el que yo poseo y que todo está ahí. No, nadie puede poseer más que yo, no hay otro tesoro: ¡qué rica y feliz soy! El tesoro divino que encierran las grandes basílicas en los preciosísimos tabernáculos, no es superior al que tiene nuestra humilde iglesita: nuestro modesto tabernáculo. El mismo Cielo no tiene más: ¡ese único tesoro está aquí, es mío, es Dios! Verdaderamente, sí, verdaderamente: *¡Mi Dios es todo mío!*». Por eso rezaba: «Jesús Eucaristía, tú me has hecho para ti y yo soy toda para ti», y le prestaba una atención operativa cotidiana, mirando y tratando todo «con estupor eucarístico». Parecía no estar nunca satisfecha, pero tanta abundancia estaba toda encerrada en la simplicísima fórmula que decía: «La eucaristía *mía*».

La eucaristía era la encarnación de Jesús, puesta al alcance de cada hombre, al alcance de cada corazón e incluso de cada cuerpo humano. Decía: «Al nacer, Jesús se hace nuestro, en la eucaristía se hace mío».

Con esta total dedicación, solo le quedaba ir también eucarísticamente al encuentro de la muerte. Sufrió una larguísima enfermedad, por un tumor de hígado que le producía sufrimientos incontables, pero insistía en decir que todo era solo «una caricia de la misericordia infinita» y que «quería inmolarse a Jesús con toda felicidad».

Murió en la fiesta de la Santísima Trinidad de 1949. Había dicho a sus monjas:

—Si a punto de morir me vieseis llorar, no os maravilléis. Lloraré por la gran alegría de ir al cielo y por la ternura que siento por dejaros.

Salimos ahora del «jardín carmelita» para contemplar otros rostros de esposas de Cristo, igualmente *enamoradas*, pero marcadas por otra característica forma de amor: el de *una humildad sin límites*, esa humildad que también santa Teresa de Jesús consideraba «la reina de las virtudes».

#### SANTA RITA DE CASIA (1381-1457)

El rostro de Rita de Casia es el primero que queremos recordar, pensando en todas las vocaciones que ella recibió de Dios. Fue esposa y madre; tuvo un marido violento y logró convertirlo, pero lo mataron; perdió los dos hijos, que corrían el riesgo de quedar implicados en las disputas familiares, y se dedicó a poner paz entre las facciones. Al fin se hizo monja agustina, humilde y escondida, pero amada por todos.

La universal veneración que el pueblo cristiano le ha otorgado —confirmada, luego, por innumerables milagros—, viene originada por esta multiplicidad de trágicas experiencias que Rita debió llevar en su corazón.

Son muy pocas las noticias sobre su vida monástica, que transcurrió «con firmeza y virtudes». Se nos dice solo que «perseveró durante cuarenta años en el servicio de Dios con amor», sin querer otra cosa que poder asemejarse un poco a su Jesús crucificado. Y recibió el signo sagrado de una espina en la frente. Pasó muchos años gravemente enferma, en su pobre lecho, rodeada del afecto y la veneración de las monjas, y de todo el pueblo de Casia. En los últimos tiempos no tenía siquiera la fuerza —y quizá tampoco la necesidad— de alimentarse: se decía que entonces le bastaba solo la eucaristía. Su muerte fue embellecida por un episodio que ha pasado a la historia y a su leyenda, y que se cuenta así:

«Así que Dios nuestro Señor se complació en dar señales evidentes del amor que tenía a su amada esposa. En el más crudo rigor del invierno, estando todo cubierto de nieve, una buena pariente fue a visitarla; al partir le preguntó si quería algo de su casa. Respondió Rita que hubiera deseado una rosa y dos higos de su huerto. Sonrió la buena señora, creyendo que deliraba por la violencia de su enfermedad, y se fue. De vuelta a casa y habiendo entrado hasta el huerto vio, sobre un espino desprovisto de toda verdura y cargado de nieve, una bellísima rosa y dos higos bien maduros; y atónita, por lo raro en esa estación y por el clima tan frío, viendo la flor y los frutos milagrosos, los recogió y se los llevó a Rita».

No fue solo un milagro cortés, sino un místico intercambio: durante tantos años Rita había llevado en la frente la dolorosa herida de la espina; ahora al término de esa pasión, Cristo le daba justamente una rosa. Cuando Rita murió («y de repente las campanas del monasterio sonaron por sí mismas»), algo debió sucederle a aquel santo cuerpo: fue la abundancia de los milagros concedidos a los circunstantes y al ininterrumpido flujo de conocidos y devotos; fue un intenso perfume que de ella emanaba (hecho repetidamente

atestiguado); cierto es que el cuerpo *nunca fue sepultado y nunca se corrompió*, y aún está expuesto a la veneración en el coro del monasterio.

Allá donde hay una iglesia dedicada a ella, en el día de su fiesta —22 de mayo—, hay numerosos devotos que acuden con ramos de rosas en sus manos.

SANTA JOSEFINA BAKHITA (1868-1947)

Había nacido en un perdido pueblecito africano de Darfur, y a los cuatro años fue raptada por un mercader de esclavos. Después de indecibles sufrimientos fue rescatada por el embajador italiano, que la tomó a su servicio y la llevó consigo a Venecia. Confiada a las hermanas canosianas, Bakhita pidió el bautismo: le fascinaba saber que también ella era hija de Dios. Se asombraba, casi le costaba creerlo. Incluso interrumpía sus ocupaciones durante el día para acudir corriendo a su catequista y asegurarse: ¿era posible que ella fuera hija de Dios? ¿Aunque hubiese sido esclava? ¿Aunque fuese negra? ¿Y Él, Jesús, de verdad la amaba? ¿Aunque ella no tuviese nada que darle a cambio? Decidió entonces que Dios siempre sería y seguiría siendo “su único y verdadero Patrón”.

Convertida en monja canosiana —con la ayuda y la aprobación del futuro san Pío X—, la enviaron al convento de Schio y allí, para las niñas del orfanato, fue la “Madre Moretta”. Ella las llamaba «mis patroncitas». Vivió en el convento durante cincuenta años, siempre humildísima, obediente, feliz.

De anciana, no conseguía ya moverse por sí misma, y a veces la dejaban en la capilla un tiempo demasiado largo, incluso dos o tres horas, acurrucada en su silla de ruedas. Cuando acudía la enfermera, apurada y excusándose por haberla olvidado, ella respondía satisfecha en dialecto véneto:

—*Ah, mi me la son passà con Lu!* (¡Se me ha pasado el tiempo con Él!). Decía que había sido un regalo, porque había podido acompañar a Jesús. Estar allí no le cansaba, se encontraba bien con el Señor, con aquel que la había esperado tanto tiempo...

En los últimos meses añadía:

—Me voy despacio, despacio, paso a paso, porque tengo que llevar una maleta pesada.

En realidad, decía que tenía dos maletas pesadas. Y vale la pena explicar esta extraña imagen. Durante la Primera Guerra Mundial, parte del convento se dedicó al hospital militar, y Bakhita había observado que el asistente del capitán debía llevar siempre dos maletas: la suya y la de su jefe. Pues bien: ella quería llegar ante el Padre eterno como un soldadito, llevando su maleta y la de su Capitán, Jesús. Entonces *el Paròn* (el Señor) le haría abrir las dos maletas: vería en la suya tantos pecados, pero luego, en la más pesada, vería todos los méritos de Jesús, tantos y tantos, y la acogería a ella con alegría, porque había llevado también esa maleta.

Como se ve, las más arduas páginas de la teología (las de la justificación) pueden quedar muy bien explicadas incluso por una anciana monja africana.

En el delirio de la agonía, como si el pasado volviese a flote desde las profundidades «físicas» de la memoria, la oyeron murmurar:

—¡Quitadme las cadenas, pesan!

Las cadenas de la esclavitud se habían convertido en las de una existencia demasiado larga y fatigosa, de la que quería ser liberada; y la petición humilde de quitarle los cepos devenía también oración para obtener la gracia de la resurrección.

Sus últimas palabras fueron:

—¡Qué contenta estoy... la Madonna... la Madonna!

SANTA MARÍA BERTILLA BOSCARDIN (1888-1922)

Nacida en la provincia de Vicenza de una familia de campesinos analfabetos, creció tímida y cohibida, también por la dureza con que la trataba su padre. Era una criatura en verdad *humillada*, pero intuyó por gracia de Dios que podía hacerse voluntaria y santamente *humilde*. A los quince años manifestó al confesor el deseo de consagrarse a Dios, y fue admitida por su candor y su disponibilidad para dejarse educar.

—No soy buena para nada, pero quiero ser santa —decía. Y precisaba: —santa de paraíso, no de altar.

Fue este deseo lo que la protegió de replegarse sobre sí misma y la hizo disponible para cualquier tarea que se le confiase, por muy humilde y escondida que fuera. Destinada en el Hospital de Treviso, trabajó en la cocina durante todo un año; pero fue luego responsable de uno de los departamentos más delicados (el de los niños contagiosos), cuando no se encontró a ninguna otra para ese encargo. Se hizo así enfermera a los veinte años, demostrando una dedicación incansable.

Durante la Primera Guerra Mundial, transferida a un hospital de Lombardía, debió sufrir humillaciones y desprecios por parte de alguna superiora. Al final, la devolvieron a Treviso, donde todos estaban también en su contra, aunque ahora ella estuviese enferma de cáncer. Allí murió a los treinta y cuatro años, consumida por la caridad.

Para atenderla y observarla, en el lecho de muerte, estaba el médico (librepensador y masón) que nos ha dejado el relato de su propia conversión, acaecida ante ese «morir humilde y enamorado» de una monjita que se había entregado toda, sin pretender nada:

«Puedo afirmar que el alba de mi cambio espiritual data de la visión que tuve de sor Bertilla, mientras estaba para morir. Se lo debo a ella, en efecto, a la que besé la mano poco antes de que expirase; morir fue para ella una alegría muy visible para todos. Murió como no he visto morir a ningún otro, como quien está ya en un estado mejor de vida... Presa de un mal dolorosísimo, desangrada, segura de que pronto moriría, en ese estado en que ordinariamente el enfermo se agarra al médico y le pide “sálvame”, la oí pronunciar con una sonrisa indescriptible: “Estad contentas, hermanas, yo me voy con mi Dios”. Fue algo que me sugirió una especie de autocrítica, y que ahora veo como el primer milagro de sor Bertilla. Me dije: esta criatura está como fuera de nosotros, aun estando viva. Hay en ella una parte material, la que queda entre nosotros, que agradece, que conforta a los circunstantes; pero hay también una parte espiritual que está fuera, por encima de nosotros, mucho más evidente y dominante: la parte espiritual que ya goza de esa felicidad que fue el afán de su vida».

Se oye, en estas reflexiones, al médico racionalista puesto ante la evidencia de lo sobrenatural: el que siempre ha negado el alma y que se ve obligado casi a verla,

mientras Dios se la lleva consigo, y salta de alegría, y el cuerpo se abandona...

Así, la humilde monjita arrastró con ella, en su fe, a aquel intelectual orgulloso de su ciencia y de su librepensamiento, ella que moría teniendo en el bolsillo del hábito su gastado catecismo y que solía decir:

—Yo soy una pobre ignorante, pero creo todo lo que cree la Iglesia.

En un cuadernillo había descrito así (con algunas faltas de ortografía que, por cierto, a Jesús no le desagradaban) su programa de vida:

«Dios y yo solo, *recogimiento* interior y exterior, oración continua, este es el aire que respiro; trabajo continuo, asiduo, pero con calma y buen orden. Yo soy de Dios, Dios me ha creado y me conserva, es razonable que yo sea toda suya. Busco la felicidad, pero la felicidad verdadera la encuentro solo en Dios... Debo hacer la voluntad de Jesús sin buscar ninguna cosa, sin querer nada, con alegría, con hilaridad... *Suplicar* a Jesús que me ayude a vencerme, a comprender lo que está bien y lo que está mal, que me ayude y me inspire para hacer a toda costa su santa voluntad, sin buscar otra cosa...».

SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)

El suyo es el último rostro humilde y enamorado que queremos ahora contemplar. Vivió modestamente, sufriendo contradicción hasta los últimos días de su vida. Pero su mensaje ha tenido resonancia universal, por el ímpetu con que san Juan Pablo II lo ha comunicado a la Iglesia entera.

A los quince años, después de ser rechazada por varios institutos religiosos por no tener dote ni instrucción, fue acogida por las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia como colaboradora en las tareas domésticas. Durante trece años fue cocinera, jardinera, portera en los conventos de Cracovia y Vilna, y solo enriquecida por su inmenso amor por Cristo. Fue Jesús quien la sacó de su escondite —conmovido por tanto amor— al aparecersele un día: «Tenía una túnica blanca; tenía una mano alzada para bendecir, y con la otra tocaba sobre el pecho su túnica entreabierto, de la que salían dos grandes rayos, uno rojo y otro blanco». Jesús le dijo que quería ser representado así en una imagen, para que se difundiera en todo el mundo, junto con la leyenda *Jesús, confío en ti*.

Desde aquel día Faustina recibió revelaciones y mensajes sobre la infinita Misericordia de Dios y sobre el culto que habría que prestarle en la Iglesia. El mismo Jesús la llamaba y la trataba como «una secretaria» que debía transcribirlo y comunicarlo todo. No faltaron evidentemente hermanas y conocidos que, en cambio, la definían como «extravagante, histérica y visionaria». De modo que, cuando Faustina enfermó gravemente a los treinta y tres años, ni siquiera sus males se tomaron demasiado en serio. Y hubo quien le hizo pesar su evidente «inutilidad». Pero fue así como Faustina pudo experimentar, en carne viva, el encuentro entre la miseria de las criaturas y la ternura del Creador, convirtiéndose también ella en «toda misericordia».

El más hermoso recuerdo que nos queda de ella —y que procede de cuando no había recibido aún ninguna revelación— es el testimonio de una joven hermana que la describe así: «Cualquier cosa que hiciere teníamos la impresión de que la hacía para alguien

único. Amaba al Señor Jesús tan tiernamente como los esposos, o mejor, como los novios se quieren en este mundo. No sé cómo expresarlo... Pensaba solo en Él».

*Como se aman los novios*: precisamente es esa la misión eclesial de las santas *enamoradas*, llamadas a experimentar y desvelar el secreto divino escondido en cualquier otro amor.

[1] *Tratado «Sobre las Vírgenes»*, Libro I. PL 16, 189-191.

[2] *Vita prima*, n. 115.

[3] *Vita seconda*, LXI, 95.

[4] *Libro VI*, c. 15.

[5] SAN JUAN PABLO II, *Carta apostólica* 14.XII.1990.

[6] Cfr. *Jn* 12, 1-8. Veamos cómo santa Teresa de Lisieux (de la que hablaremos en breve) defendía en una carta la importancia y la belleza de su propia vocación en el claustro: «¡Qué alegría pasar por locas a los ojos del mundo! Si juzgan a los demás por sí mismos y según el mundo es insensato, piensan naturalmente que las insensatas somos nosotras. Pero después de todo, no somos nosotras las primeras. El único crimen que fue imputado a Jesús por Herodes fue el de ser loco, y yo pienso como Herodes. Sí, era locura buscar los pequeños corazones de los pobres mortales... Era loco nuestro Dios por venir a la tierra para buscar a los pecadores tratando de hacerlos sus amigos, sus íntimos, sus semejantes. ¡Y no nos quedamos fuera de eso! Jesús nos ha defendido en la persona de María Magdalena. Él estaba a la mesa, Marta servía, Lázaro comía con Él y los discípulos. En cuanto a María, no pensaba en comer, sino en agradar a Quien amaba. Así que tomó un vaso con un perfume de gran precio y, rompiendo el vaso, lo derramó sobre la cabeza de Jesús... Entonces toda la casa quedó invadida por el perfume, pero los apóstoles murmuraron contra Magdalena... Es lo mismo que sucede con nosotras: los cristianos más fervorosos, los sacerdotes piensan que somos exageradas, que deberíamos servir como Marta en vez de consagrar a Jesús los vasos de nuestra vida, con el perfume que contienen... Con todo, ¿qué importa que se rompan nuestros vasos si Jesús es consolado y el mundo, a su pesar, se ve obligado a sentir los perfumes que difundimos y que sirven para purificar el aire envenenado que continuamente respira?» (*Carta* del 19 de agosto de 1894).

[7] De la gran Teresa hablaremos enseguida, insertándola en la próxima lista, la de las grandes Madres que han dado la vida por la edificación de la Iglesia y para dar al Esposo una digna morada.

[8] Cfr. *Oeuvres Complètes* p. 989 ss. Cerf et DDB 1992.

[9] *Sorelle nello spirito*, Jaca Book, Milano 1991.

[10] *Elevazione alla Santissima Trinità*, en *Scritti*, Roma 1967, pp. 603-606.

### III. MORIR DE PASIÓN ECLESIAL

EN EL CAPÍTULO PRECEDENTE NOS HEMOS fijado a propósito en la contemplación de diez rostros de santas enamoradas de Cristo, hasta el punto de *morir de amor por Él*. Solo santa Rita de Casia y santa Josefina Bakhita han debido esperar hasta avanzada edad —y manifestando una cierta «impaciencia» espiritual por encontrar finalmente a su Esposo—. Las otras han alcanzado como mucho la misma edad de Jesús. No es que morir joven sea determinante para la santidad, pero se puede quizá sugerir que, a veces, se manifiesta ahí la impaciencia amorosa del Esposo Cristo.

Contemplaremos ahora otros diez rostros de santas que han tenido por Jesús un amor igualmente intenso, pero que han muerto, por decirlo así, *de pasión eclesial*: han tenido la misión —en el segundo milenio de la historia cristiana— de «personificar» a la Iglesia Esposa, viviendo y muriendo por sus dramas y sus necesidades. De ellas se puede decir que fueron todas semejantes a la mujer prudente, de la que habla la Sagrada Escritura: la que «edifica la casa del Esposo» (*Pro* 14, 1), mientras «el corazón de él confía en ella» (*Pro* 31, 10).

#### SANTA CLARA DE ASÍS (1193-1253)

Santa Clara de Asís es la primera que queremos recordar. Es hermoso contemplarla muriendo en su pobre lecho, pero aún en espera, como sucede a algunas madres que no pueden irse antes de haber completado su misión.

También ella tenía un último deseo en el corazón que la inquietaba: al término de su larga experiencia, había por fin escrito la regla para sus monjas —la primera regla redactada por una mujer— y deseaba que el papa confirmase definitivamente, con su sello, aquel *privilegio de la pobreza* («No querer tener nada, sino a Nuestro Señor») que Francisco había deseado tanto. Hacía más de veinticinco años que el santo de Asís estaba en el cielo —canonizado apenas dos años después de su muerte— y Clara había continuado su obra en la rama femenina de la Orden. Ahora le faltaba solo poder besar ese sello pontificio, y morir al día siguiente.

Y el papa Inocencio IV vino. Volvía del Concilio de Lyon, y había estado ausente de Italia durante años. Entró conmovido en la pobre celdita.

—Padre santo —le dijo Clara—, necesito ser perdonada de todos mis pecados.

—Hija mía —le respondió el papa—, quiera el cielo que yo necesite el perdón tanto como tú.

Luego ella hizo su petición, que el Pontífice aceptó. Cuando al día siguiente llegó un cardenal a entregarle la implorada bula pontificia, Clara la besó, como había deseado. Y al día siguiente murió. En los últimos instantes de su vida la habían oído murmurar:

—Vete segura, porque tienes una buena escolta. Vete segura, porque Quien te ha creado te ha santificado y, protegiéndote siempre como una madre protege a su hijo, te amó con tierno amor.

Le preguntaron a quién dirigía esas palabras. Respondió:

—Le hablo a mi bendita alma.

Y añadió:

—¡Seas bendito Tú, Señor, que me has creado!

#### SANTA BRÍGIDA DE SUECIA (1303-1373)

Siendo Brígida de Suecia una princesa sueca, en 1349 y tras la muerte de su marido marchó con sus hijas a Roma, ciudad que los papas habían abandonado desde hacía más de cuarenta años, exiliándose voluntariamente a Aviñón. Enriquecida por abundantes dones espirituales y solicitada por tantas «revelaciones» como el Señor le concedía, Brígida se había convertido para los romanos y para el mismo pontífice lejano en una verdadera guía espiritual. Obtuvo del Papa la proclamación de un jubileo para 1350. Peregrinó a muchos santuarios italianos e incluso a Jerusalén, para indicar la necesidad de volver siempre a las raíces de la fe cristiana. Allí revivió místicamente la pasión de Cristo, como impersonando a la Iglesia, Esposa dolorosa a los pies de la Cruz.

Muchos de sus contemporáneos dijeron que Brígida «era una luz encendida por Cristo para iluminar aquellos malos tiempos en que estaban viviendo».

Hasta los últimos días de su vida, ella continuó implorando al Pontífice para que tomase la decisión de volver a Roma. Habían pasado ya veinte años desde el jubileo, y el Papa seguía indeciso.

Muy anciana —en aquella época, setenta años eran muchos—, Brígida permanecía siempre en su habitación, donde cada mañana celebraban la santa misa. Las tormentas exteriores que había vivido las sentía todas ahora en su alma, pero la Virgen calmó su turbación, diciéndole: «Cualquier tentación que te suceda, tú no te preocupes; no dejes de rezar...». Así se mantuvo serena, y alguien que la visitó en los últimos días señaló que «era dulce y sonriente con todos...».

Las últimas palabras que Brígida dijo —ella que tanto debió afanarse en hablar y escribir—, esta vez a su hija Karin, como para indicarle el camino sencillo de la santidad, fueron: «¡Paciencia y silencio!». Cuenta su confesor y confidente: «Cinco días antes de que Brígida muriese, vino Nuestro Señor Jesucristo, se paró ante el altar que había en su habitación y le dijo: “Yo he hecho contigo lo que hace el Esposo cuando se esconde a la Esposa para hacerse desear más ardientemente...”».

En este deseo de encontrarlo, finalmente satisfecho, Brígida murió.

#### SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)

Brígida, pues, había cerrado los ojos sin conseguir convencer al Papa de abandonar Aviñón. Pero la misma pasión infatigable para reconducirlo a Roma la heredó la jovencísima Catalina de Siena.

Cuando Gregorio XI decidió finalmente volver a la Ciudad Santa (en 1376, poco antes de morir), Catalina tenía solo treinta años. Sin embargo, la joven estaba ya agotada por los trabajos apostólicos que había emprendido. Lo que acabó con ella fue una nueva e inesperada herida de la Iglesia: en la elección del nuevo papa, algunos cardenales se habían rebelado, lo que produjo un gran cisma que duraría cerca de cuarenta años.

Catalina solo podía rezar. Aunque no pudiese apenas caminar, había hecho voto de acudir todas las mañanas a San Pedro, para «acompañar al Esposo, también Él abandonado». Pero estaba tan débil que debían sostenerla por la calle. Su fatigosísimo peregrinaje cotidiano era ya un símbolo: la única posibilidad que le quedaba de ayudar al papa Urbano VI en su lucha contra la división.

Cuando llegaba a la basílica, que representa el corazón de la cristiandad, Catalina se detenía siempre ante el mosaico de Giotto —entonces en el centro, sobre el frontón del pórtico— que representa la escena evangélica de la barca batida por las olas, símbolo de la Iglesia que parece andar a la deriva, pero que nada la puede hundir.

Así lo describía ella en su precioso italiano antiguo: «Cuando es la hora de tercia, me levanto de la Misa, y voy como una muerta hasta San Pedro; y entro de nuevo a trabajar en la barquita de la santa Iglesia. Allí me quedo así, hasta la hora de vísperas, y de aquel lugar no querría salir ni de día ni de noche, hasta no ver un poco unido y establecido a este pueblo con su padre. Este cuerpo está sin verdadero alimento, sediento, sin gota de agua, con tantos dulces tormentos corporales como he padecido yo durante algún tiempo, mientras mi vida se sostiene en un pelo. Ahora no sé lo que la divina Bondad querrá hacer de mí, pero en cuanto al sentimiento corporal, me parece que este tiempo lo debo emplear en padecer un nuevo martirio *en la dulzura del alma mía, esto es, en la santa Iglesia*. Luego, quizá me hará resucitar con Él; pondrá fin y término a mis miserias y a tan ardientes deseos... He rogado y ruego a su misericordia que cumpla su voluntad en mí...» (*Carta 373*).

No consiguió, sin embargo, completar su voto: el tercer domingo de Cuaresma se derrumbó ante el mosaico, mientras estaba allí en oración; le pareció —dijo— como si todo el peso de la barquita cayese sobre sus frágiles espaldas. La recondujeron a su celda y allí quedó inmóvil durante cerca de ocho semanas en una larguísima agonía. El domingo anterior a la Ascensión todos tuvieron la impresión de que aún sostenía una lucha indecible. Dijo:

—La única causa de mi muerte es mi ardiente amor por la Iglesia, que me consume.

Expiró a las tres de la tarde, a los treinta y tres años, invocando la sangre de Jesús y repitiendo sus palabras:

—Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Hacia el final del segundo milenio, tanto Brígida de Suecia como Catalina de Siena fueron proclamadas Patronas de Europa.

#### SANTA ÁNGELA MERICI (1474-1540)

Vivió en una época difícil para la condición de la mujer. Aunque los historiadores hablan hoy de humanismo y renacimiento, las mujeres se encontraron por entonces retrasadas respecto a las posiciones alcanzadas anteriormente. Las muchachas del pueblo, privadas de instrucción y dote, no conseguían casarse ni ser admitidas en un convento, y su destino era reducirse a situaciones de degradación y corrupción, para terminar luego muchas veces en la mendicidad. E incluso las que «se dedicaban al servicio» en las casas de los nobles y los ricos, raramente escapaban a la corrupción forzada.

Ciertamente la Iglesia vivía un fuerte movimiento de reforma, pero nadie parecía dispuesto a afrontar semejante drama, aunque en Brescia vivía una mujer que sentía en su corazón esa urgencia.

Ya de niña, Ángela Merici había tenido la visión de una procesión maravillosa de muchachas que bajaba del cielo, pero a los sesenta años no había encontrado aún el modo de hacer realidad ese sueño de elevación femenina. Peregrinó a Tierra Santa, aunque llegó allí ciega, por una inesperada y misteriosa enfermedad. Aprovechó para visitar los santos lugares, absorta en su mundo interior.

Cuando volvió, se sintió finalmente dispuesta, porque ahora «Jesús le gritaba en el corazón» que era tiempo de actuar. Creó así una nueva forma de vida religiosa, llamando a su lado a aquellas mujeres que desearan consagrarse a Dios sin retirarse en un convento. En su *Compañía* Ángela reunió tanto a algunas mujeres nobles y acomodadas —que se ocupaban en hacer de madre y guía de muchachas socialmente indefensas—, como a otras que aceptaban alegremente la condición de vírgenes.

En la práctica, la santa genialidad de Ángela Merici llegó a suscitar en su ciudad un «ímpetu de maternidad social», un movimiento de caridad del que ella misma fue madre. La estructura prevista era tan ágil que el instituto de Merici podía adaptarse a tiempos y lugares distintos, y sus *Ursulinas* —nombre tomado de la leyenda medieval de santa Úrsula y de sus “once mil vírgenes compañeras”— se convirtieron en las más solicitadas en el ámbito educativo femenino.

Cuando murió, en Brescia, algunos testigos dijeron que una estrella había brillado ininterrumpidamente durante tres días, sobre la iglesia donde se había depositado su féretro, para recordar que ella había iluminado la entera ciudad, impulsándola a desarrollar “su cualidad maternal”.

#### SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)

Nacida en Ávila, en un siglo lleno de heridas eclesiales, Teresa de Jesús se hizo monja a los veinte años, pero se convirtió definitivamente cuando comprendió que debía orientarse únicamente a Cristo, verdadero Dios y hombre, para poder abrazar juntamente todo lo divino y lo humano. Encarnó la imagen de la Iglesia, esposa enamorada y operativa, que construye infatigablemente tantas moradas para Jesús Eucaristía. A tal fin, reformó la Orden Carmelita, fundando en España diecisiete monasterios, donde reunió almas deseosas de vivir «solo para Dios y en Su compañía».

A ellas les dejó el relato ejemplar de su misma *Vida*, convertida “en oración”, y la invitación de “caminar hacia la perfección” con alegría, hasta alcanzar ese matrimonio místico que es el verdadero destino de las almas. Otra de las características de Teresa fue la finalidad apostólica y eclesial que atribuyó a la experiencia contemplativa, persuadida de que Dios no pretende nunca mimar a las almas, sino *darlas al mundo*, como ha hecho con su mismo Hijo Jesús.

Hacia el final de su vida —cuando, apenada, pensaba en tantos millares de almas que recorrían sus vidas sin ser conscientes de su propia dignidad, esclavas de sí mismas— escribió *El Castillo Interior* (símbolo de toda alma), en el que explicó cómo entrar y

recorrer las *Moradas*, hasta penetrar en la estancia más íntima, donde para todos es posible recibir el beso unitivo invocado por la Esposa del *Cantar de los cantares* (Ct 1, 1 y 7; 3, 13).

En 1582, en el monasterio de Alba de Tormes, Teresa vivió su muerte como hija de la Iglesia, cierta de que todo estaba finalmente por cumplirse: «A las cinco de la tarde pidió el Santísimo Sacramento, y estaba ya tan mal que no conseguía moverse en su lecho. Cuando se dio cuenta de que llegaban con la Eucaristía y vio entrar por la puerta de la celda al Señor que tanto amaba —aunque estuviese tan postrada y sintiese una pesadez mortal que le impedía incluso darse la vuelta— se levantó sin ayuda de nadie, tanto que pareció que quería salir del lecho, y hubo que pararla. Decía: “¡Oh, Señor mío, y Esposo mío, ha llegado la hora que tanto he deseado! ¡Es tiempo de que nos unamos, es tiempo de que vaya a ti!”[1]. Hacia las nueve de la noche —poco antes de morir— el rostro se le iluminó de un modo impresionante, se volvió radiante y la mano que apretaba el crucifijo se cerró con tanta fuerza que no consiguieron ya quitárselo. Murió moviendo los labios y sonriendo, como si hablase con Alguien con quien estaba al fin».

Las monjas de todos los monasterios contaron los prodigios que se fueron sucediendo en todas partes, mientras su Madre moría. Las de Alba de Tormes contaron el más delicado: había un arbolito seco ante la ventana de la celda en que Teresa moría: nunca había dado flores ni frutos. Y he aquí que, después de aquella noche, al alba, el arbolito estaba todo cubierto de flores blancas como la nieve. Esto porque, si Teresa había amado a Jesús como Esposo, aún más había amado Jesús a Teresa.

#### SANTA ANNA ELISABETH SETON (1774-1821)

Nació en Nueva York, en el seno de una familia protestante. A los veinte años se casó con el primogénito de una de las más ilustres y ricas familias neoyorkinas, que mantenía una buena relación empresarial con Italia. El marido, muy delicado de salud, murió durante un viaje en Toscana, dejándola sola con cinco hijos. Ana Isabel tuvo que hospedarse en casa de unos amigos de Livorno durante unos meses, y conoció así de cerca la fe católica, experimentando una fuerte atracción por la Eucaristía. Sentía que siempre la había deseado —sin saberlo—, y había sufrido por carecer de ella.

De vuelta a Estados Unidos se convirtió al catolicismo, aunque eso le costó el rechazo por parte de sus ricos parientes. Para sobrevivir económicamente, educó ella misma a sus cinco hijos, y acogió también en su casa a otros chicos necesitados. En 1808, conoció a un misionero francés que la invitó a Baltimore —centro del catolicismo estadounidense de entonces— para abrir una pequeña escuela para la educación religiosa de las niñas. De esta manera, Ana Isabel fundó el Instituto de las *Sisters of Charity* (Hermanas de la Caridad), las primeras monjas de América, iniciadoras de todo el sistema de escuelas parroquiales en Estados Unidos, en vigor hasta nuestros días. Formó a sus propios hijos junto a todos los niños que las familias católicas de la ciudad le confiaban.

Sufrió el drama de la madre que sabe educar a los hijos de los demás, pero no encuentra correspondencia en los suyos propios. Hasta el lecho de muerte rezó por la salvación de sus almas, pidiendo a Dios que se ocupase de sus desenfundados

muchachos, mientras ella se hacía —para todos los demás hijos e hijas que el cielo le confiaba— «dulce Providencia». La última enfermedad ponía en su boca solo actos de abandono en Dios:

—¡Solo el querer de Dios! —¡Dios solo!

Y si pedía algo, era la Eucaristía:

—¡Dadme mi Bien!

A las hermanas reunidas en torno a su lecho de muerte les dijo, haciendo eco a la última invocación de santa Teresa de Jesús:

—¡Sed hijas de la Iglesia, sed verdaderas hijas de la Iglesia!

Cuando murió había experimentado todas las vocaciones femeninas posibles (esposa, madre, viuda, mujer consagrada, educadora), y por eso es venerada como madre y protectora de la Iglesia Católica en Estados Unidos.

#### BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO (1848-1894)

Nació en Tananarive (Madagascar), en 1848, de noble familia malgache. Se convirtió al cristianismo a los dieciséis años tras encontrar a los primeros misioneros y monjas francesas, que se ocuparon de su educación. Se casó con su primo Radriaka, y siempre le fue fiel, aunque debió sufrir mucho por su comportamiento indigno y vicioso. En 1868 subió al trono una reina que, por motivos políticos, decidió adherirse al cristianismo, pero escogió el protestantismo como religión de Estado. Fueron entonces innumerables las presiones ejercidas sobre Victoria para convencerla de que apostatará: amenazas de ser relegada entre los esclavos, o de privarla de los derechos sociales. Sin embargo, logró poco a poco ganarse el respeto de todos, pues eran evidentes su bondad, su caridad sin límites —en particular con los esclavos, a los que trataba como hijos— y su dignidad inalterable.

En 1883, como consecuencia de un conflicto con Francia, todos los misioneros católicos (que eran de origen francés) fueron expulsados de la isla, y quedaron abandonados sin atención sacerdotal cerca de 80 000 católicos. Antes de partir, los misioneros pidieron a la princesa malgache que fuese ella «el ángel custodio de la misión católica y el apoyo de los cristianos». Según los testigos de la época, «Victoria fue el fundamento, la columna, el padre y la madre de todos los cristianos, como lo fue la Virgen después de que Jesús se fuese al cielo». Su prudencia, su prestigio y su energía impidieron las divisiones entre los católicos; su caridad con los pobres, los leprosos, los presos y los esclavos hizo latir continuamente el corazón de la comunidad; su liberalidad permitió también la supervivencia económica de la comunidad católica, compuesta por gente humilde y pobre.

Finalmente, en 1886, pudieron regresar los misioneros y Victoria depositó humildemente la comunidad en sus manos. Por su parte, continuó ofreciendo a todos su ejemplar vida de caridad. En recompensa, Dios le concedió poder acoger en sus brazos y bautizar antes de morir a su marido, víctima de un indecoroso incidente, y finalmente arrepentido.

Al quedar viuda, pasó los últimos seis años de su vida en una efusión de intensa oración y de una caridad maternal cada vez más dilatada.

Murió a los cuarenta y seis años, levantando las manos, entre las que tenía su rosario, y diciendo tres veces en alta voz:

—¡Madre, madre, madre!

Quizá invocaba a la Virgen, como solía hacer. Tal vez en aquel grito se reunían todos los dramas de su vida: el deseo de los hijos que nunca tuvo en su pobre y sufrido matrimonio, la tarea eclesial que se le había pedido y que cumplió con todas las fuerzas de su corazón... Lo cierto es que esas últimas palabras la describían perfectamente, en la vocación y misión que Dios le había confiado como custodia de su pueblo, todavía muy joven en la fe.

A ella le corresponde un título inusual en la historia cristiana, pero espléndido: el de Madre de la Iglesia en Madagascar.

#### SANTA FRANCISCA JAVIERA CABRINI (1850-1917)

En los años en que Francisca trabajó, había en el continente americano cerca de catorce millones de inmigrantes italianos. Por entonces constituían un pueblo anónimo de «esclavos blancos», amontonados en colmenas humanas, obligados a vivir en condiciones de embrutecimiento físico e incluso moral. Vivían sin escuelas, sin hospitales, sin iglesias y, frecuentemente, sin trabajo. Francisca llegó a Nueva York con siete compañeras a finales de marzo de 1889. Por su empuje, generosidad y caridad, las monjas italianas se ganaron pronto no solo la estima de sus compatriotas, sino también la de los nativos. Trabajaron sobre todo por la integración de las nuevas generaciones, creando una densa red de escuelas, residencias, orfanatos y casas de socorro. En treinta y siete años de actividad, Madre Cabrini puso en marcha cerca de sesenta y siete institutos educativos u hospitales. Cruzó decenas de veces el Atlántico y recorrió repetidamente las dos Américas de un extremo a otro. Decía que viajar se le había hecho tan connatural como recorrer «el camino del huerto». Y añadía:

—¡El mundo es demasiado pequeño! ¡Quisiera abrazarlo entero!

A las hermanas misioneras les repetía siempre:

—Jesús es para nosotras una bendita necesidad.

En un diario de su juventud había escrito: «Oh corazón adorable de Jesús, ¿qué destino tienes reservado para mí? Deseo morir de amor después de una vida de total entrega. Dame un corazón grande como el universo... Si tuviese los medios, construiría una nave y la llamaría *Cristoforo*, el que porta a Cristo, y navegaría por todo el mundo, dando a conocer a Cristo a todas las naciones».

Murió sabiendo que había sido escuchada.

#### SANTA KATHARINE MARY DREXEL (1858-1955)

Nació en Filadelfia de una familia de banqueros. Aprendió de su madre, mujer profundamente católica y socialmente comprometida, la atención a los pobres y marginados. Le gustaba viajar y quedó impresionada por la miseria de la gente de color en los Estados del sur y por la marginación de los nativos americanos en los del norte.

Durante una peregrinación a Roma, pidió al papa León XIII que enviase misioneros a aquellas tierras, pero recibió una respuesta que le hizo arder el corazón:

—¿Por qué no se hace usted misma misionera?

Aceptó el reto, fundando la *Congregación del Santísimo Sacramento*, «para la promoción humana de indios y negros de América», señalando en la Eucaristía la fuente de la caridad con los pobres y los oprimidos. La llamaban «la monja más rica del mundo», pero gastó todo su patrimonio para levantar 145 misiones y cerca de 60 escuelas especiales, donde no había ya «hijos de esclavos» ni «hijos de salvajes», sino solo «hijos de Dios», con derecho a ser amados, instruidos y educados como los hijos de los blancos. Fundó incluso el primer instituto universitario (Xavier University) abierto a indios y negros.

Las dificultades y persecuciones que Katharine debió sufrir fueron innumerables, a causa de prejuicios sociales tan enraizados que habían condicionado incluso a la Iglesia. Era por entonces difícil encontrar sacerdotes blancos que se prestasen a la asistencia religiosa de aquellos marginados. Y en los institutos religiosos no eran bien vistas las vocaciones de color.

Hoy muchos se preguntan «qué hubiese sido de la Iglesia Católica entre las minorías étnicas, si no hubiera estado ella. Fue ella quien salvó a la Iglesia de la embarazosa situación en la que se encontraba en el campo de la justicia social».

Madre Katharine murió casi centenaria, feliz de haber podido ver finalmente abrogadas —en parte, gracias a ella— las leyes de segregación racial. Había pasado los últimos diecisiete años casi inmovilizada en el cuerpo, pero ciertamente no en el espíritu, pendiente de adorar la Eucaristía, primer amor de su vida.

Murió con esta dulce plegaria en los labios: «Oh, Espíritu Santo, quiero ser una pluma para que tu soplo pueda llevarme donde quieras».

#### SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (1891-1942)

Santa Teresa Benedicta de la Cruz murió víctima de la persecución nazi, por lo que deberíamos haber insertado su recuerdo entre los de los mártires. Pero preferimos privilegiar su «rostro maternal», dado que san Juan Pablo II la ha distinguido como Patrona de Europa, junto a santa Catalina de Siena y santa Brígida de Suecia.

Nacida en Breslavia en 1891 de una familia hebrea, Edith Stein creció orgullosa de su nacionalidad y cultura germánica, pero menos ligada a sus propios orígenes religiosos. Al inscribirse en las universidades de Gottinga y Friburgo —cosa entonces rara para una mujer— no dudó en declararse atea, aunque subrayaba cuidadosamente que «la búsqueda de la verdad era su oración». Fue discípula y admiradora de E. Husserl y de su corriente fenomenológica. Educada en prestar mucha atención «a los fenómenos», manteniendo y defendiendo la pureza del pensamiento y la objetividad de la experiencia, descubrió con admiración la fe cristiana de algunos de sus colegas.

Se convirtió al catolicismo leyendo la *Vida* de santa Teresa de Jesús. Al término de la lectura, reconoció: «¡Aquí está la verdad!», y eso le permitió recuperar también las más auténticas raíces del judaísmo. Bautizada en 1922, enseñó pedagogía durante un decenio

y se dedicó a escribir obras filosóficas de notable valor. En 1934 entró en el monasterio carmelita de Colonia, donde cambió su nombre (Edith Stein) por el de Teresa Benedicta de la Cruz.

A causa de la persecución racial desencadenada por Hitler, fue enviada por sus superiores al monasterio de Echt, en Holanda, pero allí fue arrestada por los nazis como represalia contra los obispos católicos del país.

Edith fue, por tanto, hebrea, filósofa, docente, escritora, conversa, carmelita y mártir; personificó las más diversas expresiones de la identidad femenina centroeuropea y defendió, al final, esa “dignidad de la mujer” que siempre había enseñado con pasión.

Sorprendentemente familiar (y maternal) es también la última imagen de Edith Stein, como nos la describe un comerciante hebreo de Colonia, que la encontró en el campo de concentración y clasificación de Westerbork (antes de ser transferida a Auschwitz, para ser allí ejecutada):

«Se distinguía por su comportamiento lleno de paz y su actitud tranquila. Los gritos, los lamentos, el estado de sobreexcitación angustiada de los recién llegados eran indescriptibles. Sor Teresa Benedicta se movía entre las mujeres como un ángel consolador, calmando a unas, curando a otras. Muchas madres parecían hundidas en una especie de postración cercana a la locura; gemían, aturdidas, y descuidaban a sus hijos. Sor Benedicta se ocupó de los niños pequeños, los lavó, los peinó, procuró su alimentación y los cuidados indispensables. Durante todo el tiempo que estuvo en el campo, dispensó a su alrededor una ayuda tan caritativa que me basta recordarla para conmoverme».

En una carta de algunos años antes, cuando ya se preparaba a dar la vida por su pueblo, Edith había escrito: «Estoy segura... de que el Señor ha aceptado mi vida por todos. Pienso en la reina Esther, que fue elegida para interceder ante el rey por su pueblo. Yo soy una pequeña Esther, pobre e impotente, pero el Rey que me ha elegido es infinitamente grande y misericordioso. Este es un gran consuelo».

Murió en las cámaras de gas de Auschwitz el 9 de agosto de 1942.

\*\*\*

En conclusión, podríamos decir que todas estas santas vivieron y murieron de pasión eclesial, porque estaban tan unidas al Esposo Cristo que quisieron identificarse con la Iglesia Esposa, participando en todas sus necesidades y en todos sus dramas.

Todas, en efecto, aunque en manera distinta y personalizada, han escuchado con pasión, alegría y obediencia, la misma invitación que Jesús hizo un día a santa Teresa de Jesús: «De ahora en adelante cuidarás de mi honor, no solo porque soy tu Creador, tu Rey y tu Dios, sino también porque tú eres mi verdadera Esposa: mi honor es ahora el tuyo, y el tuyo es el mío».

[1] El primer biógrafo modificó prudentemente estas palabras de Teresa, haciéndola exclamar: «¡Es tiempo ya de que nos veamos!»; pero el testimonio de las monjas presentes en su tránsito es unánime.

## IV. MORIR DE CARIDAD MATERNAL

LAS DISTINCIONES QUE SUGERIMOS en los capítulos sucesivos tienen tan solo un valor pedagógico. De hecho, en todas las santas descubrimos el amor de esposa con que han concluido su vida, o la pasión eclesial que las ha consumido, o el fervor con que han practicado una u otra obra de misericordia, inmolándose en la caridad.

Sin embargo, en este capítulo trataremos de contemplar el rostro misericordioso de algunas santas que han practicado la caridad con los débiles y marginados, hasta su último suspiro.

### SANTA ISABEL DE HUNGRÍA (1207-1231)

Sus contemporáneos la definieron como «un extraordinario prodigio de nuestra época». De hecho, su vida resulta encantadora, como «la fábula maravillosa de una reina que se hizo sierva de los pobres y de los enfermos». Pero una fábula que, sin embargo, se hizo historia.

Isabel de Hungría hizo construir un hospital cerca de su castillo de Wartburg, en Turingia, donde recogió a enfermos y pobres de toda clase. Se contaba que, en los primeros años de matrimonio, su marido, que la amaba mucho y la secundaba, se había inquietado con ella una sola vez: cuando le dijeron que Isabel había acostado a un leproso moribundo sobre la cama matrimonial, al no haber encontrado otra para él. Pero se contaba también que, levantando él la cubierta del lecho, había visto impresa en él la imagen del crucifijo.

Las dificultades vinieron a la muerte del marido, cuando los parientes la desheredaron. Se marchó entonces a la parte de Marburgo, donde vivía su confesor. Allí fundó un hospital y se dedicó personalmente al cuidado cotidiano de los enfermos. Aquí transcurrierán los últimos meses de su joven vida, ya «toda consumida por la compasión», como la describe el confesor:

«Antes de la muerte le pregunté qué haría con su patrimonio y con los enseres. Me respondió que todo cuanto parecía pertenecerle era en realidad de los pobres, y me rogó que les repartiera todo, excepto la túnica sin valor que ella vestía, y con la que quiso ser enterrada. Hecho esto, recibió el cuerpo del Señor. Luego, hasta la tarde, reflexionaba sobre todas las cosas hermosas que había oído en la predicación...».

Volvía sobre todo al episodio evangélico de la resurrección de Lázaro, cuando Jesús llora ante la tumba del amigo. Esa consideración le encantaba.

Luego oscureció. Hacia medianoche la oyeron exclamar:

—¡Esta es la hora en que la Virgen parió a su Niño!

Y expiró, «como durmiéndose dulcemente». Tenía solo veinticuatro años, y los había pasado casi todos reivindicando la sublime dignidad cristiana de todos los pobres de su reino. Los historiadores dicen que Isabel «es una de las santas más dulces, fervorosas y

agradables de todo el medievo». Y un teólogo moderno ha propuesto para ella el título de «santa de la justicia social».

\*\*\*

El retrato de Isabel de Hungría es tan intenso que puede resumir la historia femenina de la caridad en los primeros quince siglos de la era cristiana. Y nos permite introducirnos enseguida en la segunda mitad del segundo milenio, cuando se abre en la Iglesia — también para las mujeres consagradas— la posibilidad de unir la vida contemplativa con la activa, para responder a las más urgentes necesidades eclesiales: en el campo educativo, caritativo y misionero.

El ideal de las “vírgenes enamoradas de Cristo” se pudo entonces conjugar con el de las “vírgenes madres” que cuidan de los hijos de Dios, y manifiestan su doble pasión también en el modo con que se ofrecen a Dios al término de su existencia terrena. Y es interesante observar que, para algunas de ellas, este doble ideal se ha injertado en una precedente y sufrida experiencia conyugal y maternal.

#### SANTA CATALINA DE GÉNOVA (1447-1510)

Casada a los dieciséis años con el príncipe genovés Giuliano Adorno, le siguió durante diez años en su vida disipada. Luego se convirtió y arrastró al marido en su “santa aventura”.

Fue rectora de un gran hospital —cosa inaudita en su tiempo—, y debió afrontar la peste más grave del siglo. A su alrededor se formó un movimiento de hombres y mujeres, religiosos y clérigos, nobles y burgueses, letrados y humanistas, médicos y notarios, comerciantes y gente sencilla, que le ayudaban en la caridad y la reconocían como madre y guía espiritual. Se convirtió así en la inspiradora de aquella compañía o fraternidad, llamada más tarde *Oratorio del Divino Amor*, que debía dar paso, en toda Italia, a la verdadera Reforma Católica, la fundada no sobre la polémica y los debates teológicos, sino sobre un renovado amor al misterio de la Encarnación y la entrega misionera a las necesidades eclesiales.

Los enfermos en los hospitales, los mendigos y abandonados, los apestados y los incurables, los huérfanos y niños sin hogar, las mujeres perdidas o “en peligro”, los presos y los galeotes, los condenados a muerte, los ancianos abandonados, los locos, los esclavos, los moribundos... fueron así no solo asistidos, sino honrados como Cristo mismo —en esto consistía el enamoramiento contemplativo—.

En los últimos nueve años de su vida, Catalina contrajo una extraña enfermedad que los médicos no lograban diagnosticar. Pero ella, sonriendo, decía:

—La mía no es una enfermedad que necesite medicinas.

Y cuando hablaba de su *verdadera* enfermedad —el Amor— quienes la escuchaban lloraban. Decían que «escuchando sus palabras veían el Paraíso, y mirando su cuerpo martirizado veían el Purgatorio». De acuerdo con la misión que Dios le había dado, Catalina de Génova tuvo una larguísima agonía, en la que se alternaban tormentos indecibles por la lejanía de Dios y momentos de alegría paradisiaca, por su inminente

manifestación. Parecía, en suma, ver encarnada la «doctrina del Purgatorio» que ella había explicado tan bien en su célebre tratado.

De sus atroces sufrimientos decía:

—Sean bienvenidos en mí toda pasión y sufrimiento, si este es el dulce proyecto de Dios.

Otros días, en cambio, vivía «en una aureola de alegría y sonrisas», como un anticipo del Paraíso. Y decía que la muerte —que hubiera resuelto aquel drama desgarrador— era «dulce, graciosa y benigna». Murió en una blanca y pequeña celda del hospital, y los discípulos que la rodeaban testimoniaron que «con una gran paz y tranquilidad, suavemente expiró de esta vida y se fue a su dulce Amor».

#### SANTA JUANA FRANCISCA DE CHANTAL (1572-1641)

También ella fue esposa y madre. Quedó viuda a la edad de veintinueve años y se confió a la guía espiritual de san Francisco de Sales, que la ayudó a experimentar «cuán humano es lo divino y cuán divino es lo humano».

Decidieron fundar juntos un nuevo instituto femenino orientado a las obras de misericordia. Lo llamaron *La Visitación*, en memoria de la caridad con que la Virgen santa acudió a visitar y asistir a su prima Isabel, encinta en edad avanzada. No lograron, sin embargo, darle la apertura apostólica y caritativa deseada, porque las leyes eclesiásticas de entonces exigían la clausura para las mujeres. Con todo, consiguieron darle una impronta de humanidad y dulzura, acogiendo como monjas incluso a personas débiles, enfermas y ancianas. Y la obra se difundió de manera arrolladora, obligando a Juana Francisca a fundar durante su vida ochenta y siete monasterios. Recorrió así toda Francia, siendo esperada en todas partes e invocada como una santa. Incluso el rey Carlos IV de Lorena la definía públicamente como «la santa de nuestro siglo».

En la noche del 12 de diciembre de 1641, la última de su vida, sintiendo que la muerte se acercaba, pidió que le leyesen el relato de la muerte de santa Mónica, en Ostia. Luego, escuchando las oraciones para los moribundos, susurró:

—¡Qué hermosas son!

La agonía, sin embargo, se prolongaba, y sufrió indeciblemente durante días. Al final se calmó. El sacerdote que la asistía le recordó la parábola de las diez vírgenes que esperan la llegada del Esposo, para recibirlo con las lámparas encendidas, y ella le contestó mientras se la vida se le iba:

—Sí, padre mío, voy. ¡Jesús, Jesús, Jesús!

#### SANTA LUISA DE MARILLAC (1591-1680)

También ella fue esposa y madre, pero soportó innumerables heridas afectivas, por tantas desgracias sufridas en su familia. Se salvó con la ayuda espiritual de san Francisco de Sales que, a su vez, la puso en contacto con san Vicente de Paúl.

Luisa y Vicente eran muy distintos, tanto por origen social como por mentalidad, pero descubrieron tener el mismo corazón cuando se trataba de acercarse a Jesús y a sus pobres. Y esto los unió, en la misma caridad, al punto de que el santo la admiró y se enterneció con esta hija espiritual que le acompañaba, tan adulta y prudente, enérgica y

dulce. Un día él le escribió: «Solo Dios sabe lo que yo soy para ti y lo que tú eres para mí... Mi corazón no es ya mío, sino tuyo y de Nuestro Señor».

Ya en 1547, viendo que Luisa consumía en la caridad todas sus fuerzas físicas, Vicente decía de ella: «Considerando el orden natural de las cosas, la considero ya muerta desde hace diez años; al verla se diría que sale de la tumba, tan frágil es su cuerpo y pálido su rostro. Pero Dios sabe cuánta fuerza de espíritu tiene».

En efecto, Luisa vivió otros trece años. En el lecho de muerte pidió poder ver, por última vez, al amigo y padre de su alma, pero Vicente —imposibilitado de acudir— le mandó decir: «Señora, usted parte antes que yo. Si Dios perdona mis pecados, espero verla presto en el cielo».

Y así sucedió: se encontraron en el Paraíso seis meses después.

### SANTA CATALINA LABOURÉ (1806-1876)

Era una pobre campesina que, al quedar huérfana a los doce años, tomó en sus manos toda la gestión de su numerosa familia, la granja y los trabajos domésticos. Solo a los veinticuatro años logró cumplir su vocación entre las *Hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl*.

Enseguida dijeron de ella que «era piadosa, tenía un buen carácter y un fuerte temperamento, amaba el trabajo y era muy alegre». Triste y preocupante era, en cambio, la situación social y política del tiempo, marcado por graves disturbios y persecuciones. Y he aquí que, precisamente entonces, la humilde Catalina recibió de la santa Virgen la indicación de un remedio querido por el cielo: hacer acuñar una *Medalla milagrosa* — que la monja contempló en visión, cuidadosamente dibujada—.

A pesar de las oposiciones, así se hizo por decisión del arzobispo de París. La compuso un orfebre y fueron tantas y tales las curaciones y las gracias de conversión operadas por ella, que en pocos años fue necesario acuñar millones de copias. El diario *La France*, en 1835, ya sostenía que aquel pequeño objeto sagrado se había convertido en «uno de los más grandes signos de la fe de los últimos tiempos».

Sin embargo, Catalina siguió siendo desconocida y nadie, salvo sus superiores, supo nunca de sus visiones. Era conocida solo como la monja que cuidaba a las huérfanas educadas en el convento o trabajaba en el hospicio para ancianos de Enghien, confiado a su comunidad. Aquí trabajó durante cuarenta y cinco años, cumpliendo los oficios más humildes, siempre con la sonrisa en los labios.

Durante la guerra franco-prusiana de 1870, el convento fue desbordado por los abandonados y le tocó a ella preparar más de 1200 comidas al día. Con todo, en los últimos años de su vida, cuando Catalina enfermó y fue asistida por una enfermera no muy atenta ni muy caritativa, que a veces la privaba de alimentos y del fuego para calentarse, nunca se quejó. Decía solo:

—¡Me voy al cielo!

—¿No tiene miedo de morir? —le preguntaba una hermana muy joven. Y Catalina, recordando en el fondo del corazón las visiones que se le habían concedido en su juventud, respondía con la sonrisa de quien sabe:

—¿Por qué temer ir a ver a Nuestro Señor, a su Madre y a san Vicente?

Desde toda su vida había esperado *volver a verlos*. Murió en la última tarde del año, «con dulzura y serenidad», lamentando solo que las huérfanas estuviesen de vacaciones y no pudieran, por eso, recitar alrededor de su lecho las preciosas letanías de la Inmaculada.

SANTA MARÍA CROCIFISSA DI ROSA (1813-1855)

En 1836 la ciudad de Brescia fue devastada por una violentísima epidemia de cólera que, en pocos meses ocasionó más de 32 000 muertos. Paola Di Rosa era solo una muchacha de buena familia, que se había consagrado a Jesús en su corazón pero vivía en el mundo, dirigiendo la fábrica de seda de su padre. Impresionada por el suceso, la joven emprendedora convenció a algunas de sus amigas y sus obreras para prestar servicio voluntario en el lazareto, encerrándose, por amor de Jesús y de los pobres enfermos, en aquel espantoso recinto.

La admiración por el valor de aquellas jóvenes mujeres sacudió la ciudad. Así que, cuando la epidemia fue superada, Paola guiaba a un grupo muy unido de treinta y dos muchachas, y todas estuvieron de acuerdo en ofrecerse como enfermeras para sacar adelante los servicios hospitalarios (entonces deshechos) de acuerdo con el personal médico y administrativo. Organizó la asistencia hospitalaria como una empresa familiar, en la que las diversas responsabilidades no impedían la unidad de todas y la igual consagración de todas a Cristo Señor.

Al comienzo se trató de una pía unión de laicas, de la que nació luego el *Instituto de las Siervas de la Caridad*, que poco a poco atenderá todos los hospitales de la región. A continuación, ellas se ocuparían también de los niños abandonados — en particular, de los sordomudos— y de los heridos en los campos de batalla. Solo tres años antes de morir, Paola se convirtió en monja a todos los efectos, asumiendo el nombre de María Crucificada de Jesús Abandonado, un nombre que subrayaba el particular drama interior que la había afectado siempre.

Desde joven, Dios le había pedido compartir el abandono vivido por Jesús en la Cruz. Pero fue por esta difícil gracia interior como ella aprendió a contemplar a Jesús en los enfermos y a adquirir la capacidad de saber siempre cómo confortarles. Cuando finalmente llegó el momento de su encuentro definitivo con Quien le había pedido un tan gran amor como el de revivir el misterio de su santa Pasión, mientras estaba a punto de morir, le dijeron que se celebraba una Misa por ella en el Santuario de la Virgen de las Gracias. Se recogió entonces en oración. Y cuando acabó la Misa, se vio resplandecer su rostro como por un presagio de resurrección y de total paz.

Dijo solo sonriendo:

—¡La gracia está hecha!

Y expiró. Aquella hija, que Dios había “abandonado” para compartir la lacerante pasión de Su Hijo, se encontraba ahora en las manos fiables del Padre celestial.

SANTA BARTOLOMEA CAPITANIO (1807-1833) SANTA VICENTA GEROSA (1784-1847)

En Lovere, en la provincia de Bérgamo (Italia), en el tiempo de la dominación austriaca, habían decidido juntas fundar el instituto de las *Hermanas de María Niña*, para dedicarse «a todas las obras de misericordia» y, en particular, a la educación de las muchachas pobres y abandonadas. El impulso de la fundación era de Bartolomea (una maestra joven y ardiente), mientras que Vicenta (más madura y acomodada) deseaba solo ayudarla con sus haberes en la misión emprendida. Pero cuando llegó el acto fundacional del instituto, la primera estaba ya muriendo y la segunda se consideraba absolutamente inadecuada para guiarlo. Con todo, de su fuerte y santa amistad, la obra recibió raíces fuertes y duraderas.

Cuando la fundación apenas había empezado, Bartolomea enfermó gravemente y su camareta estaba invadida por el ruido de la construcción de la capilla vecina, tan deseada por ella. Para permitirle morir en paz, alguien pidió a los albañiles que interrumpieran el trabajo. Pero la enferma suspiró:

—Dejadme oír ese ruido. Me alegra pensar que Jesús Eucaristía habitará en nuestra casa.

Y murió con la serenidad de oír en el fondo del alma la voz de Jesús que le decía: «No temas, tu conventito lo tengo yo en mis manos».

Vicenta Gerosa, mucho más anciana e insegura, vivirá catorce años más y encontrará en Dios la fuerza necesaria para fundar veinticinco comunidades (todas con alguna obra educativa o asistencial) y para hacer de madre a más de ciento setenta monjas. A su muerte se sentía angustiada pensando estar demasiado bien atendida y decía a sus hijas, como excusándose:

—¡Jesucristo está en la cruz y yo aquí, cómoda, en una cama! ¡Señor, perdonad mi excesiva delicadeza!

El 29 de abril de 1847 había apenas recibido la Eucaristía cuando la oyeron repetir, como si tuviese una prisa repentina:

—Dejadme ir, dejadme ir...

—¿Pero adónde? —le preguntaron.

—¡Al paraíso! —respondió.

Y expiró, apretando con fuerza el crucifijo que tenía entre las manos.

BEATA ENRICHETTA ALFIERI (1891-1951)

A los veinte años se consagró a Dios en las *Hermanas de la Caridad de santa Juana Antida Thouret* y, después de una grave enfermedad, de la que curó milagrosamente, fue enviada a asistir a los detenidos en la cárcel de san Vittore, en Milán. Apretada entre reglamentos inhumanos, se movió con libertad y cristiana fantasía: en los pasillos tristes y oscuros de la prisión, hasta dentro de cientos de celdas enrejadas, e incluso en los sótanos más horribles y en las conciencias más endurecidas, su corazón supo mirar, haciéndoles penetrar al menos una chispa de bondad. Se convirtió en el *ángel* y la *madre* de todos los presos, sobre todo cuando los nazis hicieron de la prisión un verdadero *lager* para judíos y presos políticos.

Sor Enriqueta no se limitó a confortarlos y protegerlos de todos los modos posibles, sino que organizó para ellos una verdadera red de protección y comunicación incluso con el exterior de la cárcel, impidiendo registros, arrestos y amenazas de deportación. Puso en práctica así «esa *rebelión por amor* que rescató al hombre de la mentira, el envilecimiento y el miedo» (Card. C. M. Martini). Cada día se arriesgaba a ser interrogada y condenada a muerte. Y eso sucedió cuando una nota suya de aviso, destinada a salvar a una familia de judíos, acabó en las manos de los militares alemanes. La encerraron, y la condenaron a la deportación a Alemania. Al final, obligados, se contentaron con “confinarla” en un convento donde se atendía a menores abandonados. Después de la liberación volvió a su cárcel —que mientras tanto se había vaciado de los anteriores presos, sustituidos ahora por sus perseguidores—, y siguió viendo en los nuevos detenidos solo hermanos y hermanas que proteger y amar.

Enfermó gravemente a consecuencia de una caída, pero quiso seguir en su cárcel, donde vivió una larga agonía rezando y ofreciendo sus últimas penas por sus protegidos. Decía a las hermanas que, después de la muerte, prefería ser recordada con el *Gloria*, mejor que con el *Requiem*. Pero pedía también no recibir demasiadas visitas porque decía:

—Necesito recogerme si debo hacer el viaje.

Y cuando le llevaron los últimos sacramentos, confió:

—No creía que fuese tan dulce morir.

Ante la belleza de su vida, una cola interminable de detenidas pasó, de dos en dos, ante sus restos para besarle la mano, mientras se transmitían unas a otras la misma convicción:

—¡Ha muerto una santa!

#### SANTA MADRE TERESA DE CALCUTA (1910-1997)

Teresa de Calcuta nació en Albania, y entró muy joven en una congregación religiosa que la envió a la India, donde fue directora de una escuela católica. A los treinta y seis años, removida al ver a una pobre mujer que agonizaba en la calle, con el rostro ya mordisqueado por ratas y hormigas, percibió «una llamada dentro de la llamada». Decidió así dejar el convento para consagrarse al servicio «de los más pobres entre los pobres».

Fundó las *Misioneras de la Caridad*, destinadas a cuidar de los moribundos, de los niños abandonados, de bebés con malformaciones, de leprosos, de jóvenes madres, de prostitutas, de presos y vagabundos, alcohólicos o discapacitados graves, enfermos mentales y drogadictos, enfermos de sida, etc. En suma, todos «los heridos de la calle» encontraron en las casas de Madre Teresa acogida y escucha.

Pero es significativo recordar que Madre Teresa quiso que algunas hermanas se dedicaran exclusivamente a la contemplación de Jesús Eucaristía. Explicaba su obra siempre del mismo modo: «Todo lo que hacemos —oración, trabajo, sacrificio— lo hacemos por Jesús. Nuestras vidas no tienen ningún sentido, ninguna motivación, fuera de Él que nos ama hasta el fondo. Solo Jesús es la explicación de nuestra vida».

Tenía casi setenta años cuando le otorgaron el Premio Nobel de la Paz, y lo aprovechó para defender, en esa prestigiosa academia, los derechos de los niños aún no nacidos. Le quedaban aún dieciocho años de trabajos apostólicos. Venerada por todos, ella se sentía solo como una “pobre pluma” que Dios había querido usar: «Cuando se lee una carta, no se piensa en la pluma con que se ha escrito. Se piensa en quien ha escrito la carta. Es exactamente esto lo que yo soy en las manos de Dios: una pequeña pluma. Es Dios en persona quien escribe a su modo una carta de amor al mundo, sirviéndose de mi obra».

Parece que, en los últimos años de su vida, Dios le pidió —como a los grandes místicos— la prueba de las tinieblas interiores, para hacerle compartir los sufrimientos de Cristo en el Calvario e incluso los de todos los no creyentes. Los aceptó, diciendo humildemente: «He comenzado a amar mis tinieblas porque creo que son parte, una pequeña parte, de las tinieblas de Jesús y de su pena en la tierra».

#### SIERVA DE DIOS ANNALENA TONELLI (1943-2003)

Nacida en Forlì (Italia) en 1943, a los veintiséis años decidió partir para África como misionera laica. Explicaba así su decisión: «Elegí ser para los demás —los pobres, los sufrientes, los abandonados, los no amados— pues soy niña, y así espero seguir siendo hasta el fin de mi vida. Quiero solo seguir a Jesucristo. Nada me interesaba tan fuertemente: Él y sus pobres. Por Él hice una elección de pobreza radical».

Durante treinta y cinco años trabajó en Kenia y en Somalia, empezando con una escuela especial para sordomudos y niños discapacitados y luego promoviendo un centro antituberculoso para miles de enfermos, donde puso en marcha una nueva profilaxis, hoy reconocida por la Organización Mundial de la Salud y utilizada en todo el mundo. Su único deseo era que «los pequeños, los que no tienen voz, los que no cuentan para nada a los ojos del mundo pero tanto a los ojos de Dios, sus predilectos, pudieran levantarse agarrándose a su cuello y sostenidos por su abrazo». Amadísima por los enfermos musulmanes de su pequeño hospital, era en cambio odiada por quienes querían poner las manos en la pobre financiación que recibía de Italia.

La tarde del 5 de octubre de 2003 (el día antes de ver terminada una nueva ala de su hospitalito), mientras estaba sola en compañía de la Eucaristía —que el obispo le renovaba periódicamente para que pudiese vivir con su Señor y adorarlo—, asesinaron a Annalena con dos tiros de fusil en la nuca. Unos años antes escribió a un amigo sacerdote —hablándole precisamente de Jesús Eucaristía— como se habla de una persona querida junto a la cual se vive:

«Ahí está Él. Y desde que está sobre esa mesita, su voz no me ha dejado nunca. Ya la conozco de memoria, porque la llevo escrita en el corazón. “Ven a estar conmigo —me dice— nada es más importante que la oración. ¡Yo sé todo! ¡Lo puedo todo! ¡Yo, solo yo!”. Conozco su voz mejor que la mía, mejor que mis pensamientos. Me llena de una certeza de paraíso y de un ansia inevitable de quedarme allí, pero también de esa clara inquietud por el sufrimiento del mundo y del mandato único de llevarlo dentro y amarlo con una fuerza tremenda». Sabía que arriesgaba la vida, pero estaba preparada desde hacía tiempo.

Escribiendo a algunos amigos, unos meses antes de la tragedia, les confiaba: «Quisiera que todos los que amo aprendiesen a ver la muerte con sencillez. Morir es como vivir. Mi muerte, mi enfermedad, mi dolor no son de hecho distintos de la muerte, la enfermedad y el dolor de estos adultos y niños que mueren ante nuestros ojos a diario. Mi vida es para ellos, para estos enfermitos, para los mutilados en el cuerpo y en el espíritu, para los desgraciados que no lo han merecido. ¡Si pudiese vivir y morir de amor! ¿Me será concedido?».

Solo después de tres semanas de la agresión, un misionero pudo visitar el pueblo y el hospitalito que cuidaba Annalena e, inesperadamente, encontró en un pequeño contenedor, aún envuelta en un pequeño corporal blanco, la hostia consagrada que allí seguía, en el desierto de Somalia.

*¡Si pudiese vivir y morir de amor!:* este es el último deseo de una mártir de la caridad, expresado con una fórmula que unifica los cuatro capítulos que hemos escrito hasta ahora, y ya anticipa los numerosos relatos que aún nos esperan.

## V. MORIR DE CARIDAD PATERNAL

EN LA ENCÍCLICA *DEUS CARITAS EST* (n.31 b), el papa Benedicto XVI dijo a la Iglesia: «El programa del cristiano —el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un “corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia».

Siendo igualmente capaces de ternura y de inteligencia, los ojos de una madre y los de un padre miran de modo distinto lo que necesitan los hijos: la mirada de la madre es más inmediata, y socorre y ampara enseguida; la del padre tiende más a proyectar estructuras y organizaciones —a veces incluso una entera ciudad, como sucede en el Cottolengo—, a intervenir en el gobierno de una nación —como ocurrió con Vicente de Paúl—, a revolucionar la situación social —como sucedió con Martín de Porres—, o a ser reconocido como héroe nacional —en el caso de Damián de Veuster—.

Y podemos añadir que las santas madres de la caridad mueren preocupadas *de no haber quizá amado bastante*, mientras que los santos padres de la caridad mueren, casi siempre, con un pequeño drama en el corazón: *no haber hecho bastante*. Pero la caridad es la misma.

Para las experiencias contadas en este capítulo hemos privilegiado —entre tantos posibles— a algunos santos que crearon nuevos modelos de vida social.

### SAN JERÓNIMO EMILIANO (1481-1537)

De joven había elegido la carrera de soldado, recorriendo en breve tiempo los distintos grados de la jerarquía militar. En 1508 fue gobernador y defensor de Castelnuovo, cerca de Treviso (Italia), pero fue derrotado y hecho prisionero. Consiguió milagrosamente huir y decidió cambiar de vida, dedicándose a la asistencia de los pobres y enfermos. La carestía y la peste, que en 1528 acompañaron a la invasión de los lansquenets, dejaron exhausta a Venecia. Para socorrer a los enfermos y moribundos, Jerónimo gastó toda su fortuna. Pero fue, sobre todo, la deplorable situación de los huérfanos lo que oprimía su corazón. Reunió a algunos y trató de hacerles aprender un oficio. Con ellos vivía, trabajaba, rezaba. Puso a su disposición maestros artesanos, benefactores y educadores. De Venecia pasó a Verona, Brescia, Bérgamo, Como, y al final a Milán: por donde quiera que iba era invitado por los señores del lugar, que querían encargarle de la asistencia a los pobres de su territorio. Pero Jerónimo no aceptaba imposiciones ni presiones con dinero. A Francisco Sforza, que le había enviado una buena suma para atraerlo, le mandó decir: «Decid al duque que perdería un tesoro demasiado grande si llegando pobre a Milán, me marchase luego rico».

Siempre llevaba consigo una pequeña escolta de huérfanos, ahora sus amigos y colaboradores, a los que se sumaban poco a poco los muchachos abandonados de la zona. En tiempo de cosecha, los mandaba a echar una mano a los pobres campesinos, y los muchachos hacían de maestros de catecismo, canto y oraciones. Aunque no aceptaba dinero interesado, Jerónimo aceptaba donativos de todo género para sus protegidos, y

edificios en desuso para transformarlos en orfanatos y centros de trabajo, o refugios para las «muchachas arrepentidas» a las que sacaba de la calle y del vicio. Al final puso su cuartel general en Somasca (un pueblecito en la confluencia entre el ducado de Milán y la república de Venecia), donde echó las bases de una sociedad de *Clérigos regulares al servicio de los huérfanos*. Sin embargo, él siguió siendo siempre laico.

En 1537, la peste, desencadenada con nueva violencia, le golpeó en Somasca, mientras asistía personalmente a sus pobres huérfanos enfermos.

Antes de acostarse en su pobre cama, quiso lavar los pies a los huérfanos que estaban en casa para imitar a Cristo en la última Cena. Después, en la pared blanca a la que estaba arrimado el lecho, trazó una gran cruz de color rojo. Se acostó y se volvió hacia la cruz para poder morir contemplándola y aferrándose a ella. Era su Viernes Santo, pero ya glorioso de Resurrección. A los colaboradores —entre los cuales se producían ya algunas divisiones que lo habían apenado— les dijo humildemente:

—Os ayudaré más desde allí que desde aquí.

Lo miraban morir, asombrados de lo apacible y sereno que estaba, pero él decía «haber arreglado sus cosas con Cristo».

A todos les parecía —como atestiguaron después— «que estaba viendo ya el Paraíso».

#### SAN JUAN DE DIOS (1495-1550)

Juan Cidade Duarte, de origen portugués, había sido pastor, campesino, soldado, vendedor ambulante, comerciante de libros, sin encontrar nunca la vocación justa. Luego se había convertido con tal fuego y pasión que le habían tomado por loco, hasta el punto de encerrarlo en un manicomio.

El manicomio fue para él una experiencia decisiva: observando en vivo la inhumanidad de los métodos de cura de ese tiempo, se dedicó a los demás enfermos con tal entrega e inteligencia que obtuvo la liberación. Y llegó a ser así *Juan de Dios*. A los cuarenta y cuatro años decidió dedicarse voluntariamente al cuidado de los enfermos —especialmente enfermos mentales—, acogiendo a algunos en una chabola. Al atardecer, recorría los barrios acomodados con una espuerta a la espalda, para recoger las limosnas, gritando:

—¿Alguien se quiere hacer el bien? Hermanos míos, por el amor de Dios, haceos el bien a vosotros mismos.

Con el tiempo aprendió a seleccionar a los enfermos, distribuyéndolos según sus enfermedades y tratamientos. Su ideal era: *¡A través de los cuerpos, a las almas!* Y se convirtió en “el patriarca de la caridad”, “la maravilla de Granada”, “el honor de su siglo”. Hoy se le considera “el creador del hospital moderno”.

A comienzos de 1550 enfermó gravemente; una noble benefactora lo encontró consumido por la fiebre en su pobre lecho, compuesto este de una tabla desnuda, mientras el cesto de las limosnas le servía de almohada. Obtuvo del arzobispo el permiso (una orden, para Juan) de llevarlo a su palacio. Mientras lo conducían, los pobres gritaban y protestaban, en torno a la litera, y a Juan se le veía conmovido. Los bendecía llorando, y decía:

—Dios lo sabe, hermanos míos, desearía morir entre vosotros. Pero puesto que Él quiere que muera sin veros, ¡hágase su voluntad!

En aquel nuevo lecho demasiado blando Juan reveló al arzobispo que estaba angustiado por tres cosas:

—La primera: haber servido tan poco a Nuestro Señor, mientras que he recibido tanto; la segunda: los necesitados, las personas que han salido del pecado y los pobres que he tomado a mi cargo; la tercera: estas deudas que he contraído por Jesucristo.

Y, diciendo esto, le puso en las manos la lista de las deudas que tenía en el corazón. No quedó en paz hasta que el arzobispo se comprometió personalmente a satisfacerlas.

Al alba del 8 de marzo, cuando aún no había nadie en torno a su lecho, se bajó de aquella cama demasiado cómoda, se arrodilló apretando en le pecho su crucifijo, y expiró. Tenía cincuenta y cinco años. Lo encontraron así, ya muerto, pero aún de rodillas.

Las exequias fueron imponentes: el féretro lo llevaban cuatro caballeros de la más alta nobleza, y en el primer lugar del cortejo caminaban los pobres de su hospital.

#### SAN CAMILO DE LELIS (1550-1614)

Nació en Italia, en el mismo año en que moría en España el portugués Juan de Dios, heredando sin saberlo su misma pasión. También él se había conmovido por su paso por el *Hospital romano de los incurables*, donde la asistencia estaba confiada a mercenarios o a delincuentes reclutados. Buscó compañeros dispuestos a “amar a Jesucristo enfermo” y fundó la *Compañía de los ministros de los enfermos*. Camilo les enseñó con el ejemplo la ternura cristiana hacia los que sufren, pretendiendo con pasión que todo el hospital estuviera impregnado de esa ternura, incluso en la gestión material. A veces les gritaba:

—¡Más alma en las manos!

Se dirigía a los enfermos como si hablase, de corazón a corazón, con el mismo Jesucristo.

Levantó los hospitales de Nápoles, Milán, Génova, Palermo, Bolonia, Mantua y, cuando se sintió demasiado viejo, se retiró de cualquier encargo de superior, pidiendo vivir y morir en el hospital de Santo Spirito, en Roma.

A quien lo visitaba le decía con una vibrante alegría:

—Estoy esperando una buena nueva del Señor: Venid benditos de mi Padre, porque estaba enfermo y me visitasteis.

Murió a los sesenta y cuatro años, pero antes quiso escribir un testamento para dejarse en herencia a sí mismo. Lo hizo firmar por sus hermanos y pidió que se lo aprendiesen de memoria, y lo introdujeran dentro de la tumba.

Había escrito: «Yo, Camilo de Lelis... dejen mi cuerpo de tierra a la misma tierra de donde salí. Dejen al demonio, tentador inicuo, todos los pecados y todas las ofensas que he cometido contra Dios y me arrepiento de ellos con toda mi alma... Dejen al mundo todas las vanidades, y deseo cambiar esta vida terrena por la certeza del Paraíso; todas mis cosas, por los bienes eternos; todos los amigos, por la compañía de los santos; todos los parientes, por la dulzura de los ángeles; y finalmente, todas las curiosidades

mundanas, por la verdadera visión del rostro de Dios. Dejo y entrego mi alma y cada una de sus potencias a mi amado Jesús y a su S. Madre, y a mi ángel custodio. Dejo mi voluntad en las manos de María Virgen, Madre del Omnipotente Dios, y pretendo no querer sino lo que la Reina de los ángeles quiera. Finalmente, me dejo a mí mismo, entero en cuerpo y alma, a Jesucristo crucificado, y confío en que, por su inmensa bondad y misericordia, me reciba y me perdone como perdonó a la Magdalena, y me sea propicio como lo fue con el buen ladrón al final de su vida estando en la cruz...».

Expiró sonriendo, mientras el sacerdote que le asistía pronunciaba estas palabras de las oraciones para los agonizantes: *Que Cristo te muestre su rostro, y goces de la visión de Dios por los siglos de los siglos.*

#### SAN MARTÍN DE PORRES (1579-1639)

Nacido en Lima, de un caballero español y una ex esclava negra. Por ese motivo, para todos era solo “un perro mulato”. Pidió entrar en los frailes dominicos y se le recibió como hermano laico, sin esperanzas de llegar al sacerdocio. Se le confiaron los oficios más humildes, que cumplía con buen ánimo y mansedumbre. Como había aprendido algo de medicina con un barbero, le permitieron abrir una especie de ambulatorio donde recibía sobre todo a los pobres, y les curaba con inmensa ternura y venciendo toda repugnancia.

También se produjeron por sus manos milagros de curación. En Lima acabaron por llamarlo «Martín de la caridad». Venerado incluso por los nobles y ricos, recibía muchas limosnas, con las que pudo fundar el *Asilo de Santa Cruz*, el primer colegio de todo el nuevo mundo, destinado a niños abandonados de la ciudad. Y Martín garantizaba no solo la necesaria manutención, sino también la presencia pagada de asistentes y educadores. A las niñas les aseguraba incluso una dote razonable, para cuando llegaran a la edad de casarse. Así fue como —a través de las manos del hermano mulato— parte de las riquezas de los poderosos volvieron a los pobres.

A los sesenta años estaba tan debilitado que lo obligaron a ocupar, pese a sus protestas, una de las camas de su enfermería y a acostarse con sábanas limpias. Acudió el virrey, para besar las manos al mulato moribundo, pero debió esperar porque (así se excusó fray Martín) «había tenido que entretenerse con la santa Virgen y santo Domingo y algunos ángeles que habían venido a asistirlo».

En la última tarde de su vida, apenas terminaron de cantar la Salve Regina y el Credo los hermanos, siguiendo el uso dominico, expiró fray Martín, mientras en la calle —llorando, como dijeron luego las crónicas— «se había reunido toda Lima».

En los funerales, reclamaron llevar su féretro el virrey, el arzobispo de la ciudad, el obispo de Cuzco y el auditor real.

Esto puede darse en la Iglesia de Dios: que las desigualdades sociales queden suprimidas por la santidad. Tanto que, en su nación, fray *Martín de la caridad* ha sido proclamado Patrón de la justicia social.

#### SAN PEDRO CLAVER (1580-1654)

Nacido en Cataluña, Pedro Claver fue educado en el colegio de los jesuitas, donde tuvo la fortuna de encontrar al anciano santo Alonso Rodríguez (portero, pero verdadero maestro espiritual) que le repetía:

—Las almas de los indios tienen un valor infinito, porque tienen el mismo precio que la sangre de Cristo... ¡Ve a las Indias para comprar todas esas almas que se pierden!

Obtuvo así ir de misionero a la ciudad colombiana de Cartagena (un gran puerto destinado al desembarco y al mercado de esclavos), cuando aún no era sacerdote. Allí hizo voto de «dedicar toda la vida a la conversión de los negros» y comenzó a firmar como *Pedro Claver, esclavo de los etíopes para siempre*.

A su favor, desplegó un extenuante ministerio durante cuarenta años, bautizando a casi 300 000 personas. Iba al encuentro de los barcos de los negreros que llegaban al puerto, con una barquilla cargada de artículos de primera necesidad: desinfectantes, vendas, alimentos, limones, tabaco y aguardiente. Y se encargaba enseguida de los moribundos y los niños. Luego, cuando se había familiarizado con aquellos pobrecitos, comenzaba su catequesis; utilizaba grandes carteles dibujados por él mismo, para contar el Evangelio y explicar las principales verdades de la fe cristiana. Cuidaba de los esclavos y los protegía, y todos le reconocían una indiscutible autoridad espiritual que le permitía intervenir también cerca de los patronos, corrigiendo, arreglando litigios, exigiendo justicia.

Enfermó durante la peste que asoló Cartagena en 1650, y quedó debilitado en extremo, también a causa de su avanzada edad. Es triste decir que no recibió muchos cuidados. A veces le faltaba incluso la comida y lo más necesario. Se refugió en su pobre celda, y allí se quedó, pobre, solo y contento, olvidado de todos.

En su juventud había dudado si Dios quería de él la misión o más bien una vida escondida de oración. Ahora podía vivir también aquella antigua y nunca olvidada vocación contemplativa. Tenía un cuadernito manuscrito en que su viejo amigo, Alonso Rodríguez, había sintetizado para él las principales máximas de la vida interior. Lo leía y releía, y le parecía estar en el Paraíso. Permaneció en estas condiciones de soledad y abandono durante muchos meses.

La ciudad pareció despertarse y acordarse de él solo cuando se difundió la noticia de que el padre Pedro había recibido los últimos sacramentos: entonces todos quisieron visitarlo, todos esperaban tener al menos una reliquia. Había una multitud de nobles, funcionarios, religiosos y sacerdotes. Las puertas del convento fueron cerradas por prudencia, pero la multitud las arrancó. Llegaron oleadas de niños que aclamaban a san Pedro Claver y tras ellos un interminable cortejo de negros, que se abrió paso hasta la celda de su benefactor.

Cuando su cadáver se expuso en la iglesia, para que todos pudiesen besarle las manos sin arrojarse sobre el cuerpo le pusieron los brazos en cruz. Asumió así la hermosa forma crucificada que siempre había amado, ofrecido y deseado.

Ha sido proclamado “patrono universal de las misiones entre las poblaciones de color”.

SAN VICENTE DE PAÚL (1581-1660)

Vicente de Paúl nació en Francia en el seno de una familia de condición humilde. Pasó la juventud con el ansia de subir socialmente, y buscó para ello la vía del sacerdocio. Sin embargo, un día tuvo la gracia de comprender que los pobres y la pobreza eran verdadera riqueza. Y fueron sobre todo dos los dramas que embargaron su corazón: la falta de sacerdotes verdaderamente misioneros y las inmensas capas de pobreza en la sociedad. Fundó por ese motivo los *Sacerdotes de la Misión*, para evangelizar los campos. Después creó una *Confraternidad de Damas de la Caridad*, dotada de los oportunos reglamentos, de modo que la asistencia a los pobres fuese generosa e inteligente.

Ayudado por la joven viuda Luisa de Marillac, tomó sucesivamente a su cargo el *Hotel-Dieu* —el hospital donde centenares de enfermos languidecían, abandonados de todos—; luego llegaron los niños sin hogar; los presos y galeotes; los soldados heridos en los campos de batalla; los mendigos, ancianos, tullidos y dementes que llenaban la periferia de París.

En la práctica, Vicente se convirtió en una especie de “ministro de los pobres” muy escuchado en la corte. Esto le permitió luchar contra el proyecto de la “gran reclusión”, que pretendía la hospitalización forzosa de todos los mendigos, los sin techo y los parados. Vicente quiso, en cambio, que se actuase para la reintegración de los marginados, creando “centros de rehabilitación para el trabajo” para artesanos desocupados y poniendo en marcha la obra de las “pequeñas casas”, que permitiesen a los mendigos mantener sus vínculos familiares. Mostró así, con su arrollador emprendimiento, que en verdad “la caridad es creativa hasta el infinito”.

Murió con el nombre de Jesús en los labios, a los setenta y nueve años, después de haber practicado íntegramente lo que había enseñado a sus sacerdotes: «Amemos a Dios, hermanos míos, pero amémoslo a nuestra costa, con el trabajo de nuestros brazos, con el sudor de nuestro rostro». En Francia fue venerado como *Padre de la Patria*.

#### SAN JOSÉ BENITO COTTOLENGO (1786-1842)

Encaminado desde joven a la carrera eclesiástica, José Benito no había dado pruebas, hasta los cuarenta y un años, de particular virtud, pero todo cambió la noche en que fue llamado a la cabecera de una parturienta febril (ya madre de cinco hijos) que moría en un cobertizo, por haber sido rechazada por todos hospitales.

Angustiado, se sumergió en la oración.

—Dios mío, ¿por qué? ¿Por qué has querido que sea testigo de esto? ¿Qué quieres de mí?

Salió de allí totalmente cambiado y con una certeza: «La gracia está hecha. ¡Bendita sea la santa Virgen!».

Le quedaban aún quince años de vida, y fueron de una actividad incansable. Comenzó fundando una pequeña *Casa de la Divina Providencia* (pequeña ante Dios, pero inmensa en los proyectos y los sueños del fundador), destinada a los enfermos que nadie quería. La genialidad del Cottolengo fue la de pensar su casa con el sistema de las “familias”: según los enfermos (ancianos inhábiles, huérfanos, enfermos mentales, ciegos, sordomudos y otros), él buscaba construir para ellos una pequeña “familia” donde no

faltaban asistentes, médicos, instructores, administradores, dirigentes. ¡Buscaba la oportuna colaboración y la obtenía! Y no faltaban tampoco las estructuras necesarias (panadería, carnicería, carpintería, distintos talleres). Si luego los colaboradores decidían comprometerse de forma estable, nacían las distintas congregaciones religiosas. Y como era absolutamente necesario también mantener vivo, por el bien de todos, «un corazón comprometido en la intercesión y la adoración de Dios», el Cottolengo se convirtió en fundador de cinco monasterios de monjas contemplativas y un monasterio de ermitaños.

Pero él continuaba definiéndose siempre y solo como “el peón de la Divina Providencia”. De esta forma, los malévolos decían que el canónigo había construido en la periferia de Turín “un pueblo de pobres”. Y él definía simpáticamente su obra como “mi Arca de Noé”. Pero hubo quien —sorprendido por tanta genialidad— sugirió más bien el título de “Universidad de la caridad cristiana”.

Murió en 1842, con estas palabras en los labios:

—*Misericordia, Domine! Misericordia, Domine!* ¡Buena y santa Providencia! ¡Virgen santa... ahora os toca a Vosotros!

#### SAN LUIS ORIONE (1872-1940)

Nació en Tortona en una familia muy humilde, de la que aprendió la pasión por el trabajo y la resistencia al cansancio, unidas a un verdadero amor por los pobres. Entró muy joven en el seminario de Tortona y, para mantenerse, trabajaba como sacristán de la catedral, con permiso para vivir en algunas dependencias sobre la bóveda. Aquí recibía a algunos mocosos de la calle, les enseñaba un poco de catecismo y les dejaba jugar al escondite en los desvanes.

Apenas ordenado sacerdote, inició la *Pequeña Obra de la Divina Providencia*, y fundó una colonia agrícola para muchachos imposibilitados para estudiar. Al mismo tiempo, también fundó los *Ermitaños de la Divina Providencia*, recogiendo en varias casas (en Piamonte, en Lombardía, en Umbría, en el Lazio y en Sicilia) laicos habituados al trabajo en el campo, pero deseosos de consagrarse al Señor al modo benedictino.

En 1909 organizó los socorros a las víctimas del terremoto de Mesina, y en 1915 se cuidó de los niños que habían quedado huérfanos por el terremoto de Marsica, en Abruzzo.

A partir de 1915 comenzó a abrir, en toda Italia, casas de cuidados llamadas *Pequeños Cottolengos* para acoger las miserias más repugnantes. En el mismo año fundó las *Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad*, como rama femenina de todas sus obras. En 1927 fundó una congregación de monjas invidentes (las *Sacramentinas ciegas*), para la adoración eucarística perpetua, para que fueran el corazón orante de todas las demás obras. En marzo de 1940, después de dos ataques de corazón agravados por crisis respiratorias, lo convencieron de que pasara algunos días de reposo en la casa fundada en San Remo, pero no le gustó, porque la habitación, aun privada de todo mobiliario superfluo, le parecía demasiado lujosa. Decía:

—No quiero vivir y morir entre palmeras, sino entre los pobres, que son Jesucristo.

Y rogaba al hermano que le asistía:

—No me siento bien, no puedo estar aquí: por caridad, mira el horario de trenes.

Por fortuna en un rinconcito había una imagencita de la Virgen y entonces se calmó:

—¡Mira qué hermosa es! —dijo—. ¿No te parece que no debería hacer otra cosa que cerrar los ojos!

Y los cerró, tres días después, diciendo:

—¡Jesús, Jesús! ¡Voy!

Por última vez se sentía enviado en misión, dispuesto a una pronta obediencia. A su muerte, a las distintas ramas de la *Pequeña Obra de la Divina Providencia* pertenecían ya 820 religiosos y otras tantas centenas de hermanas, en un centenar de fundaciones diseminadas por muchos países del mundo.

#### SAN DAMIÁN DE VEUSTER (1840-1889)

Era un misionero de origen belga, que se había ofrecido voluntariamente para vivir en Molokai, una isla hawaiana, perdida y terrible, habitada exclusivamente por leprosos y llamada «el infierno de los vivos». Pero a la noticia de su muerte, en 1889, el *Times* ya escribía: «Este sacerdote católico se ha convertido en *un amigo para toda la humanidad*». Y un diario de Hawái lo definía como «un héroe cristiano».

Desde el primer día de su llegada a la isla (donde ningún blanco había puesto aún el pie) se había dirigido a aquel pueblo de infelices con la expresión “nosotros, los leprosos”, y había superado el terrible muro que le separaba de ellos (considerados *intocables*), simplemente aceptando ser abrazado, compartiendo con ellos la misma mesa y comida, curando y vendando con ternura sus repugnantes heridas, trabajando con ellos.

Por ellos se hizo arquitecto, constructor, albañil, carpintero, implicándolos en la construcción de capillas, viviendas, ambulatorios, hospital, almacenes, acueductos, dispensarios y orfanatos. Pero reconstruyó sobre todo la sagrada humanidad de sus enfermos, comenzando por la asistencia a los moribundos, dando dignidad a los funerales, cuidando la atenta y gozosa celebración de las fiestas cristianas (hizo del *Corpus Christi* la fiesta más hermosa y conmovedora de la isla), y asociando a los enfermos en cofradías, verdaderas estructuras de convivencia y asistencia social.

A quien le recomendaba evitar el contagio, respondía:

—Hijo mío, si la enfermedad me quita el cuerpo, Dios me dará otro.

Y cuando enfermó de lepra, parafraseando a san Pablo, dijo:

—Me hice leproso entre los leprosos para llevarlos a todos a Cristo.

Pero su identificación con los pobres leprosos no era aún completa: el sufrimiento más grande para el padre Damián fue el de tener que morir sabiendo que, en la prensa internacional, había aparecido una carta de un pastor protestante (celoso de su fama) que lo había descrito como «un hombre vulgar, sucio, testarudo e intolerante... No era irreprochable en su trato con el otro sexo y, de hecho, la lepra de la que se había contagiado debía atribuirse a sus vicios y a su negligencia». Y aportaba como prueba la vulgar persuasión de que la lepra era una maldición de Dios, y el presupuesto pseudocientífico que la relacionaba con la sífilis. El padre Damián tenía el corazón

destrozado, y todavía encontró la fuerza para escribir: «Yo procuro subir dulcemente el camino de la Cruz, y espero encontrarme pronto en la cima de mi Gólgota».

En 1959, cuando Hawái se convirtió en el quincuagésimo Estado de Estados Unidos, tuvieron el derecho —según las leyes federales— de colocar en el Congreso, en Washington, dos estatuas de sus personajes ilustres: la primera fue la de uno de sus reyes (héroe nacional hawaiano), y la segunda, la del padre Damián.

SAN ALBERTO CHMIELOWSKI (1845-1916)

Su nombre de bautismo fue Adán y en Varsovia era ya conocido como un prometedor y genial pintor. Pero su intensa fe cristiana le planteaba siempre en el alma la pregunta: ¿cuál es el fin del arte? ¿Cuál es el destino del artista?

Desde hacía tiempo se dedicaba a la composición de un *Ecce homo* (una tela que le resultaba siempre incompleta) hasta que comprendió que nunca lograría crear aquella obra maestra que soñaba (hoy está expuesta sobre su tumba), si no se dedicaba antes a restaurar en los pobres la imagen de Cristo sufriente.

Vistió una pobre túnica y se hizo llamar hermano Alberto. Se hizo cargo de algunos indigentes, acogiéndolos en su misma casa, y visitó a los vagabundos apiñados en los dormitorios públicos de Cracovia, donde ningún burgués osaba nunca aventurarse. Cuando entró allí, lo amenazaron de muerte con solo verlo. Chmielowski comprendió que aquella miseria era tan excesiva que no podía ser consolada ni socorrida, salvo con una condición: «¡Hay que vivir con ellos! No se les puede dejar así».

Vendió todos sus cuadros y se fue a vivir con ellos. Aprovechó el verano —cuando los dormitorios se vaciaban— para restaurar, renovar y embellecer aquellos horribles aposentos, transformándolos en “casas de asistencia”. Y se hizo mendigo en favor de sus vagabundos.

«¡Ahí va Adán Chmielowski —el que antes era un célebre pintor— que se ha hecho padre de los pobres!», decía la gente cuando lo veía ir por los mercados, seguido por su enorme carretón que se había hecho construir, para pedir víveres: «Pedía la limosna con humildad y con dulce sonrisa, y recibía lo que le daban casi con lágrimas en los ojos por la gratitud. No se podía ver quién era más feliz, si quien recibía o quien daba».

Había reunido a su alrededor a muchos colaboradores, hasta fundar una congregación masculina y otra femenina, que practicaban la pobreza absoluta: quien quería entrar debía antes dar a los pobres todo lo que poseía. Y la gente decía que por las calles de Cracovia andaba un nuevo san Francisco.

Él, a sus colaboradores, les explicaba:

—Yo miro a Jesús en su Eucaristía, ¿podía su amor quizá darnos algo más hermoso? Si él es pan, seamos pan nosotros, dándonos nosotros mismos.

Y repetía incansablemente:

—¡Hay que ser buenos, como el pan!

El 23 de diciembre de 1916 se derrumbó, agotado por un tumor que desde hacía meses destruía su estómago: lo acostaron en un lecho un poco más confortable que el catre que

usaba habitualmente en el dormitorio de los mendigos. Cuando recobró el sentido, le oyeron murmurar:

—¿Qué me habéis hecho, y dónde me habéis puesto? ¡Devolvedme mi catre y mi colchón de paja!

No quería morir lejos de sus pobres. Y cuando le obedecieron, dijo que se sentía por fin bien. Murió el día de Navidad y participó en el funeral una multitud inmensa de personas, encabezada por todas las autoridades civiles y religiosas. En su patria lo llamaban ya “el padre de los pobres”.

El mundo lo honra hoy como “el san Francisco polaco del siglo XX”.

\*\*\*

#### UNA ÚLTIMA PALABRA SOBRE LA CARIDAD DE LOS SANTOS

Cuando se contempla el rostro de un santo o de una santa de la caridad, y se refleja sobre las obras realizadas por ellos, podemos preguntarnos cómo un solo corazón humano ha podido amar tanto y atreverse a tanto. Aunque se quieran considerar solo las realizaciones exteriores (en términos de labor social, dinero invertido, organización de recursos, edificios construidos, colaboradores implicados, etc.) su obra remite a Dios, porque no es explicable sin verdaderos milagros, de los que por lo demás hay casi siempre una abundante e indudable documentación. Pero hay un aspecto que se infravalora con demasiada facilidad: los santos de la caridad aman a los pobres *porque* aman a Cristo. Ellos no ven a Cristo en los pobres (como sublimándolos). Más bien ven a los pobres en Cristo. Es el amor a Su *cuerpo total* lo que les hace atender a sus miembros sufrientes.

Hay un *test* que distingue claramente a estos santos de todos los cristianos que en cambio idealizan a los pobres, ya sea para dar un poco de carne a ese Cristo que consideran abstracto y lejano, ya sea para ganarse, como creyentes, un cierto “respeto” por parte de quien lucha por la liberación del hombre. Estos repiten a cada paso y en toda circunstancia: todo lo que se hace o no a los pobres, se le hace o se le niega a Cristo. Los santos están ciertamente convencidos de eso, pero están aún más persuadidos de la “ley de reversibilidad” que va incluida en este principio, según la cual todo lo que se hace a Cristo, se le hace a los pobres.

Los santos, por tanto, cuando honran a Cristo (con su oración, con sus acciones, con sus atenciones, reservando para Él tiempo y energías), saben que se lo están haciendo también a los pobres. Y cuando defienden a Cristo (a su Iglesia, su Palabra, su Ley, sus Pastores, sus Dones), ellos saben que defienden también a los pobres. Y cuando deben escoger entre Cristo y los pobres (en algunas circunstancias y estrecheces en los que les pone su humilde y cordial adhesión a la Iglesia, a sus autoridades y a su magisterio), ellos saben que, escogiendo a Cristo, los pobres acabarán por salir favorecidos; mientras que, abandonándole, también los pobres serán antes o después abandonados.

Este *test* se necesita sobre todo hoy, pues van aumentando los cristianos que sacan de su “caridad social” y de su afán de servir a los pobres, motivos de hastío primero contra

la Iglesia (considerada demasiado comprometida con el poder mundano) y luego contra su propia fe (considerada alienante), o contra la moral cristiana (considerada siempre rígida). Y no deja de preocupar que esos cristianos no crecen en la fe con el mismo potente ritmo con que piensan que crecen en la caridad.

Como se ha visto, en estos dos últimos capítulos dedicados a los obreros de la misericordia, el santo que ha influido más en la historia de otros santos y santas ha sido san Vicente de Paúl. Pero cuando hablamos de su caridad sin límites, no debemos olvidar que su mayor caridad fue su lucha insistente, que duró años, para combatir el jansenismo, la herejía entonces dominante, y conseguir del papa su condena. El hombre, que estaba totalmente inmerso en cuestiones de la caridad, consideraba aún más decisivas las cuestiones relativas a la defensa de la verdadera fe.

La verdadera caridad nace, en efecto, de la mirada que no se distrae nunca, ni por un momento, de estar orientada a Jesús vivo, reconocido y amado, en lo que siempre insistía Vicente: «El fin principal al que Dios nos ha llamado es amar a Nuestro Señor Jesucristo. Si nos alejamos, aunque sea poco, del pensamiento de que los pobres son los miembros de Jesucristo, infaliblemente disminuirán en nosotros la dulzura y la caridad».

H. Brémond, gran historiador de la espiritualidad cristiana, ha señalado sabiamente: «No ha sido el amor por los hombres lo que ha conducido a Vicente a la santidad, sino más bien ha sido la santidad la que le ha hecho verdadera y eficazmente caritativo; no son los pobres los que lo han llevado a Dios, sino que al contrario, Dios es quien le ha llevado a los pobres»<sup>[1]</sup>.

Para marcar la diferencia entre la caridad y cualquier otra filantropía, incluso cristiana, están los santos, los que mueren llenos del deseo de encontrar finalmente a ese Jesús que tanto han amado.

[1] Citado por san Juan Pablo II en la *Homilia* del 250 aniversario de la canonización (27.IX.87).

## VI. MORIR DE TRABAJOS APOSTÓLICOS

EL TÍTULO DE ESTE CAPÍTULO —dedicado a los santos que fueron sacerdotes y maestros de la fe— se basa en la enseñanza que san Leopoldo Mandic daba a sus estudiantes de teología, cuando era su profesor, en los primeros años de su ministerio:

—Un sacerdote debe morir de trabajo apostólico; no hay otra muerte digna de un sacerdote.

Consejo que repitió, tal cual, a sus hermanos capuchinos reunidos a su alrededor cuando celebraban el quincuagésimo aniversario de su sacerdocio:

—Permitan que un hermano anciano les diga una palabra: hemos nacido para el trabajo. Es la suma alegría podernos ocupar de tantas cosas. Pedid al Amo Dios morir de trabajos apostólicos.

En los precedentes capítulos hemos ligado el tema de la santidad al de la caridad. Cosa necesaria porque, en el cristianismo, la caridad desciende necesariamente del corazón de la revelación: «Dios es amor» y quiere que nosotros «permanezcamos en el amor» (1 Jn 4, 16). La caridad con Dios y con el prójimo es, por eso, la primera verdad que debe afirmarse y practicarse. Esto vale para todos los santos y también para los sacerdotes. Pero la especial dedicación de estos últimos al ministerio de la Palabra (en el estudio, en la predicación y en la misión) nos recuerda que, si es necesaria *la verdad de la caridad*, es aún más necesaria *la caridad de la verdad*: precisamente la de quien tiene que enseñar, comunicar y defender la Verdad que Dios nos ha revelado, ante todo sobre Sí mismo. Siempre —y particularmente en ciertas épocas—, para defender la caridad es necesario ante todo defender la fe.

En los primeros siglos cristianos no fue la caridad con el prójimo lo que estuvo en peligro, sino la fe en la revelación trinitaria: esa es la primera verdad que nos permite definir como *caridad* la naturaleza misma de Dios y el amor sustancial que pone a las personas divinas en relación entre sí, que se extiende luego hasta nosotros. Y lo mismo sucede hoy, en muchos lugares y circunstancias, cuando se agita la bandera de la caridad para esconder la agresión a la verdad.

De los santos que han muerto por sus trabajos apostólicos no podemos olvidar la inmensa y valerosa caridad con la que han gastado su existencia en el ejercicio del ministerio sacerdotal, pero queremos subrayar sobre todo la caridad de su inteligencia, con la que han sabido defender y comunicar la fe.

\*\*\*

Es justo, por eso, comenzar recordando a ese padre de la Iglesia que defendió enérgicamente la fe trinitaria (y por tanto la misma caridad) en un Occidente que el emperador Constancio II obligaba a devenir arriano (es decir, a negar la divinidad de Cristo).

### SAN HILARIO DE POITIERS DOCTOR Y PADRE DE LA IGLESIA (c. 315-368)

De familia acomodada, se había convertido al cristianismo de joven, renunciando «a la dulce sensualidad del ocio y de la riqueza». Elegido obispo de Poitiers en el año 350, fue uno de los primeros y más grandes doctores de la Iglesia. Defendió tenazmente, con su predicación y sus escritos, la divinidad del Hijo de Dios, contra aquellos herejes (llamados *arrianos*, por ser seguidores del sacerdote alejandrino Arrio) que consideraban a Jesucristo una criatura como las demás, aunque la más perfecta y la primera en dignidad. La situación era grave porque el emperador Constancio había abrazado la herejía y trataba de imponerla a sus súbditos por la fuerza.

Por eso Hilario debió sufrir cinco años de exilio en Asia Menor. Los aprovechó para aprender griego y estudiar a todos los grandes padres y doctores de la Iglesia en Oriente. Cuando pudo volver a su patria, llegó con la obra maestra que había compuesto: un espléndido tratado sobre *La Trinidad* (el primero en lengua latina) que fue decisivo para los cristianos de Occidente. Los herejes se presentaban como defensores de la Unidad de Dios y sus argumentaciones tenían algo de ingeniosas y sugestivas: sostenían que lo divino debía seguir siendo divino y lo humano debía permanecer humano, de otro modo Dios perdía en carácter absoluto y en gloria. Por eso aceptaban al Jesús Hombre que venía de parte de Dios a iluminar nuestro mundo, pero rechazaban al Jesús Dios que venía a revelarnos el mundo divino. Hilario, en cambio, defendía con pasión la entera verdad de Cristo: verdadero Hijo de Dios, venido a revelarnos que la naturaleza divina es toda Amor, pero un amor “comunicativo”, compartido por tres Personas Divinas (Padre, Hijo y Espíritu Santo) y abierto misericordiosamente para acoger en comunión a todas las criaturas.

La más hermosa característica del tratado de san Hilario sobre la Trinidad es que se trata de un diálogo con Dios: «En él la reflexión se transforma en oración y la oración se vuelve reflexión».

Hilario logró reconducir a Occidente a la verdadera fe dialogando con todos, pero lo hizo uniendo fortaleza y mansedumbre. Retirándose a su diócesis, pudo luego dedicarse a sus estudios predilectos y a la composición de los primeros himnos sacros de los que se tiene memoria en Occidente.

Y fue con la conciencia gozosa de sumergirse finalmente en el océano del amor divino—del que tanto había hablado— como Hilario terminó su vida en el año 368.

Se cuenta que, en el momento de su muerte, su estancia fue invadida por una luz tan esplendente que los ojos no podían soportarla: un pequeño milagro para recordar a los presentes la inmensa luz que Hilario había dado a la Iglesia. Fue considerado y llamado santo ya en vida.

### SAN MARTÍN DE TOURS OBISPO (316-397)

Recibió el bautismo de manos de san Hilario de Poitiers. Nacido en Hungría, Martín había seguido las huellas de su padre, abrazando la carrera militar, hasta formar parte de la guardia imperial. Pasó a la historia por el gesto que tuvo con un mendigo que temblaba de frío: desenvainó su espada, partió en dos la capa del uniforme y le dio la

mitad al pobre. Por la noche se le apareció Jesús, cubierto con su media capa, que le daba las gracias y lo presentaba a sus ángeles diciendo: «Este es Martín que, aun no estando todavía bautizado, me ha vestido con su capa». Finalmente, el soldado había encontrado a su verdadero Señor.

Abandonó la vida militar y se dirigió a Poitiers, donde vivía Hilario (considerado uno de los hombres más doctos y santos del tiempo), del cual se hizo instruir y bautizar. Luego Hilario fue obispo de la ciudad y Martín se construyó en la periferia una celda de ermitaño, donde reunió a algunos discípulos. Era el primer «monasterio» de Occidente.

Invitado con una excusa a acudir a la vecina ciudad de Tours, lo eligieron obispo. Aceptó, pero continuó viviendo, junto a otros monjes, en un eremitorio compuesto de cabañas, dedicándose a un trabajo infatigable de evangelización de la población rural de Francia, donde puso numerosos centros monásticos.

Gobernó su diócesis durante veintisiete años. Murió, casi octogenario, en Candes, adonde había ido en el intento de conseguir la unidad entre los sacerdotes del lugar, divididos en facciones. En los últimos días, agotado por los trabajos y padecimientos, deseaba morir, pero su oración fue: «Señor, si soy aún necesario para tu pueblo, no rehúso sufrir...».

Los testigos contaron que el rostro de Martín permaneció brillando aun después de la muerte, como envuelto en una luz de gloria. Y que junto a su lecho se oyó cantar a un coro de ángeles.

Fue uno de los santos más amados del medievo. Se calcula que solo en Francia se le han dedicado más de cuatro mil iglesias. El rey Clodoveo I lo proclamó “protector del rey de los francos y del pueblo franco”.

#### SAN AMBROSIO DOCTOR Y PADRE DE LA IGLESIA (c. 340-397)

Ambrosio había elegido la carrera de magistrado —siguiendo a su padre, prefecto romano de la Galia— y a los treinta años ya era cónsul de Milán —entonces capital del imperio—. Así, en aquel 7 de diciembre del año 374 en que católicos y arrianos se disputaban el derecho de nombrar al nuevo obispo, le correspondía a él garantizar el orden público en la ciudad, e impedir que hubiese tumultos. Lo imprevisible sucedió; cuando habló a la multitud con tan buen sentido y autoridad, se levantó un grito: «¡Ambrosio Obispo!». ¡Y pensar que era solo un catecúmeno en espera del bautismo! Cedió al comprender que era aquella la voluntad de Dios, que lo quería para su servicio.

Comenzó repartiendo sus bienes a los pobres y dedicándose al estudio sistemático de la Sagrada Escritura. Aprendió a predicar y llegó a ser uno de los más célebres oradores de su tiempo, capaz de encantar incluso a un intelectual refinado como Agustín de Hipona, que se convirtió gracias a él. De Ambrosio recibió la Iglesia una impronta que aún se conserva hoy en Milán, también en el campo litúrgico y musical. Mantuvo estrechas y buenas relaciones con el emperador, pero era capaz de resistirle cuando era necesario, recordando a todos que «el emperador está dentro de la Iglesia, no sobre la Iglesia». Y cuando supo que Teodosio el Grande había ordenado una violenta e injusta

represión en Tesalónica, no temió exigir del soberano una pública reparación. En la Iglesia dejó un rico tesoro de doctrina, sobre todo en el ámbito de la vida moral y social.

Pasó los últimos años de su vida preocupándose como un padre no solo de su diócesis sino de las Iglesias vecinas, donde lo llamaban a veces para poner paz. En Vercelli, adonde llegó con fiebre, dijeron que «había iluminado, como un rayo de sol, toda la ciudad». Había comenzado a escribir un tratado sobre *El bien de la muerte*, en el que exhortaba, ante todo a sí mismo: «¡Apresurémonos hacia la Vida, busquemos al que vive!».

Su agonía comenzó el Viernes Santo del año 397. En su *Vida de Ambrosio*, su secretario y biógrafo Paolino contó: «[En los últimos días] había visto al Señor Jesús llegar a él y sonreírle... Y cuando se dejó ir para volar al Señor, desde las cinco de la tarde hasta el momento que entregó el alma, rezó con los brazos abiertos en cruz». Eran las primeras horas del Sábado Santo. Y algunos jóvenes, que pasaron ante el cuerpo muerto de Ambrosio, dijeron haber visto brillar una estrella en su frente. Quizá es solo una leyenda. Pero es hermoso que unos jóvenes digan algo así de su obispo.

#### SAN JERÓNIMO DOCTOR Y PADRE DE LA IGLESIA (347-420)

Nació en Estridón, en Dalmacia, de una familia cristiana. Enviado a Roma para completar estudios, se apasionó por los clásicos paganos, que estudió intensamente, aunque no desdeñaba la vida alegre de los estudiantes de entonces. A los diecinueve años estaba en Tréveris, en Renania, donde residía la corte imperial, buscando un puesto acorde con su capacidad. Por fortuna encontró también el tiempo para profundizar mejor en su fe, cosa que hasta entonces había descuidado, aunque sentía cierta repugnancia ante la fea lengua latina en que se habían traducido las Sagradas Escrituras. Viajó a Grecia y Asia Menor, pero la conversión decisiva llegó durante una grave enfermedad. Soñó que había ya llegado al final de la vida y debía pasar al juicio de Dios, pero, cuando intentó presentarse al Sumo Juez como cristiano, oyó que le decía: «¡Tú no eres cristiano, sino ciceroniano!».

Curó, en el cuerpo y el alma, y la Biblia fue su único tesoro. Estudió hebreo para poder leer los códices originales, y poco a poco se convirtió en “el hombre de la Palabra de Dios”, profundamente culto y creyente. Tenía treinta y cinco años cuando el papa Dámaso, su amigo, le propuso revisar la antigua traducción latina de los Evangelios, rastreando todos los manuscritos más antiguos en lengua original. A la muerte del papa, para huir de la agresividad de sus oponentes, se fue a Tierra Santa y se estableció en Belén, en una cueva vecina a la de la Natividad. Allí tradujo pacientemente al latín todos los libros de la Escritura y compuso la *Vulgata* (texto bíblico oficial en uso hasta nuestros días).

Murió en edad avanzada, agotado por el trabajo, tanto que decía sentirse como «un viejo burrito que no puede más». Pero su último escrito —una carta enviada desde Belén al gran Agustín— deja percibir la alegría de quien siente acercarse la hora del reposo y se estremece por el deseo de encontrarse por fin con ese Cristo tan largamente buscado y tratado en los textos sagrados.

### SAN AGUSTÍN DE HIPONA DOCTOR Y PADRE DE LA IGLESIA (354-430)

Nació en Tagaste en 354. Conoció la fe cristiana desde la infancia, pero no recibió el bautismo. En la juventud se dejó atrapar por los aspectos humanísticos del paganismo. Se unió a una mujer de baja condición con un amor apasionado y fiel, aun sabiendo que (según las leyes del tiempo) no hubiera podido desposarla. Se dedicó a los estudios clásicos y logró obtener una cátedra de retórica en Milán. Allí encontró a san Ambrosio, que lo fascinó por la belleza con que explicaba la Sagrada Escritura.

Finalmente, en la noche de Pascua de 387, recibió el bautismo. Durante la vuelta a su patria, en Ostia, antes de que logaran embarcarse, murió santamente su madre Mónica.

Llegado a Tagaste, se retiró a un pequeño monasterio de laicos, para dedicarse a la meditación profunda de la Sagrada Escritura. De este refugio lo sacó el obispo de Hipona, que quiso a toda costa ordenarlo sacerdote. En el año 395, Agustín le sucedió en el episcopado. Además de sus célebres *Confesiones*, son famosos los numerosos *Tratados*, en particular el de la primacía de la gracia de Dios en la obra de la salvación y otros sobre la racionalidad de la fe. Decía Agustín: «Debes entender para creer», pero también: «Debes creer para comprender». Y veía en la Iglesia a la Madre buena que custodia el “sí” de los creyentes. En fin, describió también el misterio de la *Ciudad de Dios*, en la que conviven quienes quieren amar a Dios sobre todas las cosas y quienes se aman sobre todo a sí mismos.

«Dos amores han dado origen a dos ciudades; el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios... y el amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo»; la Ciudad de Dios sufre los contragolpes de la historia, pero es indestructible por estar edificada sobre el verdadero amor. Cuando acabó de escribir esta obra “grande y ardua” tenía ya setenta y dos años. Entretanto una horda de bárbaros amenazaba invadir desde España la costa africana.

En los pocos años que aún le quedaban, mientras seguía incansable escribiendo nuevas obras teológicas, se vio forzado a asistir a la sistemática destrucción de todas las florecientes iglesias africanas por parte de los vándalos. Al final, Hipona fue una de las pocas iglesias que quedaron, pero la ciudad —en la que se habían refugiado muchos otros obispos— fue asediada. Después de tres meses de asedio, el gran anciano cayó enfermo: quedó en su pobre habitación viviendo aquellos últimos días «tan amargos», rogando a Dios y ofreciéndole su vida. Pedía perdón para él y para todos, «y lloraba continuamente con lágrimas ardientes». Decía: «No temo morir, porque tenemos un buen Señor». Había pedido que no dejasen entrar a nadie en su habitación, porque quería pasar los últimos días solo con Dios.

Murió a los setenta y seis años, dejando a la Iglesia una riqueza inmensa: sus monasterios y sus libros, todos llenos de pasión por la Santísima Trinidad. Había escrito en sus *Confesiones*: «Todo cuerpo va donde lo lleva su peso: la piedra cae hacia abajo, el fuego sube a lo alto [...]. Mi peso es el amor (*Pondus meum amor meus*). Es el amor lo que me lleva a todas partes (13, 9, 10)».

### SAN BENITO DE NURSIA PATRONO DE EUROPA Y PADRE DEL MONAQUISMO (480-547)

Nacido en Nursia, pasó su juventud en Roma. Sintióse asqueado por la vida corrupta que allí se llevaba, le vino el deseo de una existencia dedicada a la oración y a la soledad. «Deseando agrandar solo a Dios, conscientemente ignorante y sabiamente inculto», se retiró primero a Subiaco, intentó luego dirigir una comunidad de monjes en Vicovaro, pero al final prefirió la soledad, aunque aceptando que algunos ermitaños se pusieran bajo su guía. En 529 edificó, por la parte de Casino, un verdadero y propio monasterio, según un ideal que expresó en la *Regla*, en el que la disciplina está siempre atemperada por la caridad. El monasterio lo pensó como «una escuela para aprender a servir al Señor» («sin anteponer nunca nada al amor de Cristo») de modo que pudiese llegar a ser «célula fundamental de una nueva sociedad».

*Ora et labora* fue y sigue siendo el ideal benedictino: cumplir la “obra de Dios” por medio de la oración vivida como un trabajo, y del trabajo realizado como una oración, en unidad destinada a favorecer el deseo de Dios y el cuidado de la belleza, ya sea en la liturgia, en el trabajo o en el amor por las letras.

Así, la abadía de Montecasino fue el prototipo de miles de otras diseminadas por toda Europa, que en el tiempo de las invasiones bárbaras salvaron la herencia de la cultura clásica y elaboraron un verdadero humanismo cristiano.

Benito tenía poco más de sesenta años cuando Dios le hizo el último regalo: una noche en que rezaba silenciosamente, estando en la ventana, una luz se difundió lentamente hasta que todo pareció iluminarse como en pleno día. Y he aquí que «durante esta visión se verificó un hecho prodigioso», como diría luego él mismo: ante sus ojos se presentó «el mundo entero recogido bajo un único rayo de sol». También a san Gregorio Magno, que cuenta este episodio conclusivo, le cuesta explicar su significado y la misma posibilidad de semejante visión. Con todo, lo explica así: «No fueron la tierra y el cielo los que se encogieron, fue el alma del vidente la que se dilató». Es esta una nota recurrente en la experiencia de muchos santos, que merece ser subrayada: la última oración, la última visión se refieren a Dios Creador y a la belleza de todas las criaturas (el primer artículo del Credo y también la última verdad plenamente creída y gustada).

Ahora el santo Patriarca sabía que había llegado al término de su camino. Se hizo llevar al oratorio del monasterio, recibió la Eucaristía y luego, «con la ayuda de los discípulos que sostenían sus débiles miembros, se quedó en pie con las manos alzadas hacia el cielo, hasta que expiró murmurando una última oración».

Moría como había vivido, en la posición del orante, mientras algunos monjes de lejanos monasterios recibían la visión de una calle, toda cubierta de alfombras, que se alzaba derecha hasta el cielo, hacia el Oriente, y una voz les explicaba: «Esta es la vía por la que Benito, querido por Dios, sube al cielo».

**SAN ANSELMO DE AOSTA Obispo y doctor de la Iglesia (1033-1109)**

Nació en una familia emparentada con los Saboya. Reaccionando a las presiones de su padre, que quería dedicarlo a los negocios de familia, huyó de casa y se refugió en la abadía de Le Bec en Normandía, una de las más florecientes escuelas de teología de su

tiempo, gobernada por el abad Lanfranco. Allí completó los estudios hasta el sacerdocio, haciéndose estimar por sus dotes de inteligencia y corazón.

En 1078, Lanfranco fue elegido para la sede episcopal de Canterbury y Anselmo, entonces aún joven, fue nombrado abad. No descuidó por eso los estudios filosóficos y teológicos y llegó a ser uno de los más fecundos autores religiosos de su tiempo. En 1089 sucedió a Lanfranco también en la sede arzobispal, convirtiéndose en primado de Inglaterra. Pero tropezó con las pretensiones del rey Guillermo el Rojo, que lo envió repetidamente al exilio. El conflicto se refería a la libertad de la Iglesia y continuó también bajo Enrique I. Pero supo conjugar la bondad con la firmeza y la audacia, y logró al fin conquistar la confianza del soberano.

Junto a san Agustín y santo Tomás de Aquino, Anselmo es considerado uno de los tres grandes teólogos de la Iglesia en Occidente. Nos ha dejado tres tratados sobre Dios. En ellos prueba la existencia de Dios, que debe necesariamente existir como «aquél Ser mayor del cual no se puede pensar nada». Escribió también un tratado: *¿Por qué Dios se hizo hombre?* Y es suyo el famoso y sabio principio: «La fe pide el trabajo de la razón». Una hermosa característica de su teología es que se convierte de hecho en oración.

Su muerte estuvo marcada por una dulce coincidencia. Sabemos por su biógrafo Eadmero que de niño Anselmo había imaginado «que la morada de Dios estaba más allá de las altas y nevadas cumbres de los Alpes, a cuyos pies vivía. Una noche soñó ser invitado en esta espléndida mansión por el mismo Dios, que conversaba larga y afablemente con él y al final le dio a comer un pan blanquísimo». Pues bien, el santo murió después de haber escuchado el evangelio de la misa del día en que Jesús decía: «He preparado para vosotros un reino, como el Padre lo ha preparado para mí, para que comáis y bebáis en mi mesa» (Lc 22, 28).

#### SAN BERNARDO DE CLARAVAL PADRE Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1090-1153)

Se le considera el último de los grandes padres de la Iglesia y el primero de sus modernos doctores. Y es también uno de los más grandes santos del segundo milenio: aparece al comienzo y lo influenciará profundamente.

Nació en Fontaines, cerca de Dijon, en los años en que —como reacción a la opulencia de los benedictinos de Cluny— nacía la *Reforma cisterciense*, con un pobre monasterio perdido entre los pantanos de Citeaux. Pero el experimento no había tenido mucha fortuna y parecía ya destinado a concluirse. Y eso hubiera sucedido, si en la mañana de Pascua de 1112 no se hubiese presentado a su puerta Bernardo, encabezando un grupo de otros treinta jóvenes, compañeros de aventuras caballerescas (entre ellos cuatro hermanos suyos y dos tíos). Antes los había reunido él por su cuenta en un castillo para llevar vida comunitaria bajo su propia guía: los había llevado pacientemente a enamorarse de Cristo y de su Iglesia, convenciéndolos poco a poco para elegir la forma más pobre de vida monástica entonces existente.

Después de tres años de vida austera y piadosa, llegados a Citeaux, Bernardo fue elegido fundador de Clavaux (Claraval) junto a otros doce monjes. Comenzó así su

larga carrera de abad, que durará treinta y ocho años, durante la cual fundará sesenta y ocho monasterios.

Muchas leyendas, vinculadas a su devoción mariana y a su *oratio ignata* (oración encendida), encuentran un apoyo histórico en su extraordinario talento para predicar y sobre todo en su oración. Tanto en sus palabras como en sus escritos, Bernardo solía usar un lenguaje que parecía sacado directamente de la Escritura, como si hubiese aprendido a hablar con ella. Por su gran autoridad y santidad se vio obligado a intervenir en los más graves problemas de la Iglesia de su tiempo, que en 1130 estaba dividida entre el papa Inocencio II y el antipapa Anacleto II. Recorrió Europa para que se reconociese al verdadero papa y para reconstruir la unidad herida. En 1140 se opuso en un debate público a Abelardo, reprochándole el excesivo racionalismo de su trabajo teológico. No menos oportuno y severo se mostró con Arnaldo de Brescia, agitador político-religioso.

Su influjo creció ulteriormente cuando en 1145 fue elegido al pontificado un discípulo suyo, el beato Eugenio III, a quien no faltó la abundancia de sus paternales consejos. Las peregrinaciones para visitar sus monasterios y para predicar, el cansancio de componer muchísimas cartas y diversos escritos, y los ritmos de vida y austeridad que se imponía lo llevaron al agotamiento.

Sus obras tuvieron tal influjo, una difusión tan capilar y extensa en su tiempo, como ningún otro escritor cristiano (tampoco san Agustín) tuvo antes. Pero quizá el influjo que ejerció sobre el pueblo cristiano se nos hace más claro si recordamos que a este “doctor de palabra dulce como la miel” —tradicionalmente llamado “doctor melifluo”— le debemos el auge de la devoción popular a la santa Humanidad de Cristo. A él se debe la costumbre de tantos cristianos de meditar sobre los misterios de la Navidad, sobre los sufrimientos de la pasión de Cristo y sobre los dolores y gozos de la Madre de Jesús.

Justamente en las vidrieras de la basílica de Issoudun un artista anónimo eligió representar el significado de la experiencia y del mensaje de nuestro abad blanco, con esta imagen: el santo está frente a su divino Maestro, pero en el corazón de Bernardo está escrito *Jesús*, y en el de Jesús está escrito *Bernardo*.

Es considerado “el padre del sentimiento europeo”.

#### SANTO DOMINGO DE GUZMÁN FUNDADOR (1170-1221)

Nació en Caleruega, en Castilla la Vieja. Al comenzar los estudios, cumplió brillantemente el ciclo completo filosófico y teológico, hasta ser canónigo del claustro de la catedral de Osma, una de las más antiguas y prestigiosas sedes episcopales de España. Acompañando a su obispo en un viaje a las tierras del norte se sintió llamado a la vocación misionera. Acudió a Roma para pedir al Papa autorización para evangelizar las tribus nórdicas, pero el Pontífice le indicó, en cambio, el sur de Francia, devastado por la herejía cátara.

Domingo comenzó a recorrer esas tierras, en humildad y pobreza, como un “solitario peregrino de Cristo”. Le vino así la idea de fundar una *Orden de Frailes Predicadores* que supiesen unir la “gracia de la predicación” —y de ahí el estudio de la ciencia— con un estilo de vida pobre y evangélico. Dio a sus frailes las *Constituciones*, que son aún

consideradas una obra maestra de sabiduría jurídica. Pasó los últimos años de su vida dedicado solo «a hablar con Dios, o a hablar de Dios».

A finales de julio de 1221, agotado por los trabajos apostólicos, se fue al convento mayor de la orden, que estaba entonces en Bolonia, donde no tenía ni una habitación, ni un lecho. Solo un catre de cuerdas, en un rincón. El 6 de agosto —fiesta de la Transfiguración— quiso que los religiosos se reuniesen alrededor de su yacija para darles las últimas recomendaciones, insistiendo de modo apremiante y severo sobre la pobreza. Dijo luego que quería ser sepultado «bajo los pies de sus frailes»: por humildad, pero quizá también para seguir siendo su apoyo. Dijo él mismo las oraciones de la recomendación del alma, luego encomendó al Padre del cielo a todos los presentes repitiendo unas palabras semejantes a las pronunciadas por Jesús en la última tarde de su vida: «He guardado a los que Tú me diste, ahora te los encomiendo a mi vez: ¡consévalos y guárdalos Tú!».

Expiró transfigurado, aunque vestido con un hábito tan viejo y remendado que debieron prestarle uno, para que el cadáver fuese expuesto dignamente.

Entretanto, los frailes observaban aquel rostro consumido por el sufrimiento y la pasión, pero aún inocente como el de un niño; pensaban enternecidos en la última confianza que el padre les había hecho antes de morir —de la que había tenido algún escrúpulo («quizá no tendría que haberlo dicho»)— revelando todo el infantil candor de su alma:

—No he conseguido evitar la imperfección de encontrar más atractiva la conversación con las mujeres jóvenes que con las de edad avanzada.

Para sus frailes jóvenes hubiera deseado incluso esa última pureza que él no había conseguido alcanzar.

#### SAN ALBERTO MAGNO DOCTOR DE LA IGLESIA (1193-1280)

Nació en Baviera de noble familia. Después de estudiar en la Universidad de Padua, entró en los dominicos y enseguida le llamaron a enseñar en las universidades de Colonia y París. En sus escritos abarcó con competencia desde la Sagrada Escritura (que comentó por entero) a la mística, de la filosofía a la teología, de la astronomía a la física, de la química a la mineralogía, de la botánica a la medicina, de la antropología a la zoología, defendiendo siempre la justa autonomía de la razón en la investigación experimental —y por eso ha sido también proclamado patrono de los científicos—.

De él, el papa Benedicto XVI ha escrito: «San Alberto Magno nos recuerda que entre ciencia y fe hay amistad. Y que los hombres de ciencia pueden recorrer, a través de su vocación al estudio de la naturaleza, un auténtico y fascinante camino de santidad».

Sus últimos años y su muerte llegaron como la Virgen santa le había anunciado en su juventud. Este es el relato sacado de la *Legenda Coloniensis* (una crónica anónima escrita en el siglo XV): «Llegó un día en que el beato padre Alberto, ya encorvado por los años, estaba como de costumbre en su cátedra en el convento de Colonia e impartía una lección ante un numeroso e ilustre auditorio. Durante un rato pareció estar buscando penosamente los argumentos para demostrar su tesis: comenzó a vacilarle la memoria,

con gran estupor de todos. Después de una pausa de silencio, se recuperó de la turbación y habló así:

—Queridos míos [...], cuando de joven me dediqué al estudio [...] encomendaba con lágrimas y suspiros a la dulce y compasiva Virgen, e incluso la importunaba con ardor para que me diera la luz de la eterna sabiduría y fortaleciese al mismo tiempo mi corazón en la fe, para que no me desviase nunca a causa de las ciencias filosóficas... Ella entonces se me apareció y me consoló con estas palabras: “Persevera, hijo mío, en el estudio, porque Dios salvaguardará tu ciencia y la conservará pura para el bien de la Iglesia. Pero para que tú no vaciles nunca en la fe, todo tu arte de razonar se te quitará al final de la vida. Volverás a ser como un niño, por la inocencia y el candor de tu fe; luego te marcharás a Dios. Y cuando un día veas que pierdes la memoria durante una lección en público, esta será la señal de que tu Juez está a punto de visitarte”. Queridos míos, vedlo: hoy se cumple lo que me fue anunciado.

»Luego renovó su profesión de fe, pidió perdón por todas las eventuales inexactitudes que hubiese dicho o enseñado, y llorando humildemente bajó de la cátedra».

Lo que, antes o después, les sucede a casi todos los ancianos, que un día sienten inesperadamente vacilar su mente y disminuir sus fuerzas, está aquí contado místicamente, como una cita con la Madre que entrega a Dios a un hijo que se ha vuelto niño, pero a punto de nacer definitivamente a la vida. Alberto murió el 15 de noviembre de 1280 *in dulcedine societatis* —en la dulzura de la comunión fraterna—, rodeado de amigos y discípulos. Ocurrió algo santamente único: que él —a quien los contemporáneos dieron el título de “grande” y la posteridad el de “doctor universal” (las *Opera Omnia* de Alberto constan de 40 volúmenes)— mantuvo el candor de la inocencia incluso en las más prestigiosas cátedras universitarias.

#### SANTO TOMÁS DE AQUINO DOCTOR DE LA IGLESIA (1225-1274)

Tomás nació en Roccasecca de Aquino de una familia emparentada con las principales casas reinantes en Europa. De niño fue educado en la abadía de Montecassino, pero el muchacho se sentía atraído por los estudios y obtuvo poder frecuentar la Universidad de Nápoles. Allí conoció a los dominicos y entró a formar parte de aquella nueva orden de frailes mendicantes. La familia reaccionó duramente, haciendo raptar a Tomás y encerrándolo en un castillo, donde sus hermanos intentaron disuadirlo de muchos modos. Consiguió huir y los superiores lo enviaron a la Universidad de Colonia, a la escuela de Alberto Magno. Pasó luego a la Universidad de París, donde llegó a ser Maestro de Teología. Con la ayuda de un compañero que le traducía del griego a Aristóteles, emprendió un trabajo inmenso para mostrar el acuerdo entre razón y fe, entre filosofía y teología.

El fruto más maduro de sus estudios fue la *Summa theologiae*. La reflexión iba acompañada en él por la contemplación, y la contemplación por la pasión de transmitir a los demás las verdades contempladas. Fue Tomás quien compuso, con corazón ardiente, los preciosos himnos eucarísticos que se emplean todavía hoy en la oración litúrgica. Se cuenta que un día, postrado ante el Crucificado, oyó que le decía:

—Tomás, has escrito bien de mí. ¿Qué recompensa quieres?

Y él respondió:

—¡Nada más que a ti, Señor!

Tres meses antes de morir, durante la celebración de la Misa, tuvo una experiencia mística tan intensa que desde entonces no quiso escribir más. Confió a un hermano:

—Lo que he escrito es solo paja respecto a cuanto me ha sido revelado.

Invitado por el papa al Concilio de Lyon, enfermó durante el viaje y fue hospedado en la abadía cisterciense de Fossanova. Una tradición, transmitida por una inscripción mural en la abadía, cuenta que en los últimos días cedió ante la repetida insistencia de sus huéspedes que le pedían algunas reflexiones sobre el *Cantar de los Cantares*, a la manera de san Bernardo.

En el séptimo capítulo, Tomás se paró en estas palabras: «Ven, Amado mío, entremos en el jardín...». «Las leyó con vehemente ardor de espíritu y con suma alegría, y enseguida exhaló el alma... [la cual] salió del cuerpo mortal hacia el jardín de la felicidad eterna». Tenía cuarenta y nueve años. Más tarde, cuando se debió decidir si proclamarlo santo, a quien objetaba que Tomás no había hecho ningún milagro en vida, el papa Juan XXII respondió:

—¡Cuántas afirmaciones teológicas escribió, fueron otros tantos milagros!

Quería indicar la síntesis prodigiosa de intelecto y amor con que había compuesto sus obras.

Y se le reconoció el título de *Doctor Angélico*.

#### SAN IGNACIO DE LOYOLA FUNDADOR (1491-1556)

Era un caballero ávido de amor y de gloria y pensó conquistarlos defendiendo Pamplona asediada por los franceses. Pero una herida en la pierna se lo impidió. Inmovilizado en una larga convalecencia, Ignacio pasaba el tiempo leyendo novelas de caballería. Cuando las agotó, leyó una *Vida de Cristo* y unas *Vidas de santos*, y quedó sorprendido al ver que contenían también espléndidas aventuras. «¿Por qué yo no?», comenzó a preguntarse. Y buscaba la razón de una experiencia interior que sentía y le dejaba aturdido: cuando pensaba en las aventuras terrenas, gozaba enseguida, pero al poco recaía en la tristeza; cuando, en cambio, pensaba en imitar a los santos quedaba pensativo, y después el alma se le llenaba de una alegría duradera.

Decidió convertirse en un verdadero “soldado de Jesucristo”. Acudió al santuario de Montserrat y depositó allí ante la Virgen santa la ropa y las armas de caballero. Se hizo peregrino y penitente en Manresa y recibió allí particulares luces. Escribió un pequeño pero decisivo libro sobre *Ejercicios espirituales*, para ayudar a algunos amigos en el camino interior. Pero entendió que debía emprender antes serios estudios de teología y hacerse sacerdote. Frecuentó la Universidad de París y reunió allí a sus primeros seis compañeros. Una vez ordenados sacerdotes, fueron todos a Roma para ponerse a disposición del papa, que aprobó gustoso su nueva obediente *Compañía*. Después de dotarla de particulares *Constituciones*, Ignacio dirigió sus energías hacia dos sectores

fundamentales: el anuncio misionero en los países lejanos y la formación cultural de las nuevas generaciones cristianas.

Murió en 1556, pero había rondado la muerte durante al menos cinco años a causa de gravísimos problemas de salud. Pero eso no le inquietaba. Incluso en su *Autobiografía* había revelado que, «pensando en la muerte experimentaba una tal alegría y un consuelo espiritual tan grande, porque estaba a punto de morir, que se derretía en lágrimas. Este estado se hizo de tal modo continuo que muchas veces evitaba pensar en la muerte para no tener tanta consolación».

Por eso dejó esta vida con tanta sencillez y casi en soledad, «como una persona común, sin esos gestos que se suelen esperar de un fundador». Pero cuando en Roma corrió la voz de su final, todos exclamaban: «¡Ha muerto un santo!».

#### SAN FRANCISCO JAVIER PATRONO DE LAS MISIONES (1506-1552)

Fue en la Universidad de París donde el noble joven Francisco de Xavier tuvo la fortuna de encontrar a san Ignacio de Loyola.

—¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? —repetía Ignacio en los patios de la universidad con el ardor de un converso. Y Francisco, después de una inicial repulsa, acabó por convertirse en uno de sus más fieles discípulos. A él le confió Ignacio la primera gran misión en la India que el papa pedía. Se le dio el título de *Legado pontificio para todo el Extremo Oriente*, pero Javier partió para aquellas lejanas tierras consciente que él solo —privado de cualquier medio y de poder real— debía «tomar posesión de la cuarta parte del mundo para la Cruz de Cristo». Había decidido comenzar por los más pobres e inició su ministerio anunciando el Evangelio a los pescadores de perlas, en la punta meridional de la India, protegiéndolos también de los abusos de los mercaderes portugueses. Más tarde partió para las lejanas *islas de las especias* (Célebes y Nueva Guinea) para encontrarse con algunos recién convertidos, abandonados a su suerte.

Así pasó años en un continuo viajar, pero sintiéndose siempre en tierra de misión, porque Francisco Javier consideraba que se le confiaba a cualquiera que encontrase, aun a un solo pescador que lo trasladase en su barca o a un grupo de niños que jugaran en cualquier pueblo perdido por el que pasaba. Entretanto, las cartas e informes que enviaba a Ignacio se difundían por Europa, suscitando nuevas vocaciones misioneras. Al final, Francisco Javier decidió llegar a Japón, pero descubrió que, para asegurar un futuro a esa misión, había que comenzar evangelizando China.

En la islita rocosa de Sanción, a poca distancia de Cantón, durante días y días, Francisco esperó el junco de un contrabandista chino que le había prometido llevarlo a esa China misteriosa y deseada. Aguardaba en una cabaña, contemplando alternativamente el horizonte lejano y un crucifijo que le habían puesto al lado. Cuando la fecha fijada pasó sin que ningún barco apareciese en el horizonte, agotado él por el hambre y el frío, y solo, comprendió que la muerte andaba cerca. A sus labios volvían las oraciones que había aprendido de niño y que, de nuevo, recitaba en la lengua materna.

Murió el 3 de diciembre de 1552, deseando una misión inmensa que no había podido comenzar. Pero en aquella orilla abandonada ya latía el corazón de la Iglesia. Y Francisco hubiera muerto lleno de gratitud si hubiese sabido que, en la lejana Italia, en Macerata, dos meses antes había nacido el niño que heredaría su sueño, su vocación y su misión: el siervo de Dios Matteo Ricci.

#### SAN FELIPE NERI FUNDADOR (1515-1595)

Había nacido en Florencia, y creció tan tranquilo y generoso que todos lo llamaban *Pippo buono*. Se trasladó a Roma para estudiar, y fue preceptor en casa de un banquero florentino. No era sacerdote, pero a veces ayudaba —también en la predicación— a un anciano sacerdote; daba su propio testimonio cristiano en los barrios pobres, en las cárceles y en los hospitales. Tenía además la pasión de visitar las antiguas catacumbas cristianas, donde se sumergía en la oración. En la preparación del jubileo de 1550 fundó una cofradía para asistir a los peregrinos que llegarían a Roma.

Aceptó luego ordenarse sacerdote, pero a condición de mantener una cierta libertad. Así, vivió en una casita cercana a la iglesia de san Jerónimo, donde invitaba a amigos, penitentes y sobre todo muchachos que buscaban una buena educación cristiana. Nació así el primer *Oratorio* de la historia, donde, bajo la guía de Felipe, se celebraban encuentros, conferencias, actividades recreativas y musicales. Se hizo particularmente célebre y frecuentado el carnaval que él organizaba, para contrarrestar el libertinaje pagano entonces al uso. A partir de 1564, se reunió también en torno a Felipe una comunidad de sacerdotes que querían vivir y trabajar según ese estilo suyo que conjugaba humanidad, santidad y libertad. En Roma era célebre el buen humor de Felipe (manifestado en aforismos, historietas y chistes), que sabía convertir en pedagogía serena e inteligente. También el confesonario de Felipe era muy frecuentado y el santo le dedicaba largas horas del día y de la noche.

En 1592, pareció que Felipe estaba a punto de morir. Ya habían cerrado los médicos las cortinas de su lecho e invitado a los presentes a esperar en paz el fin inminente, cuando poco después todos le oyeron exclamar:

—¡Oh, Señora mía santísima! ¡Mi hermosa Señora! ¡Mi bendita Señora!

Abrieron las cortinas y lo encontraron arrodillado, alzadas las manos, mientras repetía llorando:

—¡No soy digno! ¿Quién soy yo, mi Virgen querida, para que vos vengáis a mí? ¿Quién soy yo? ¡Oh, santísima Virgen! ¡Oh, Madre de Dios! ¡Oh, bendita entre las mujeres!

Cuando se despertó de ese éxtasis, dijo a los presentes:

—¿No habéis visto a la madre de Dios que ha venido a visitarme y a quitarme los sufrimientos?

Tenía ya setenta y siete años, pero le quedaban aún tres años de vida. Y los pasó en continua oración. Lo que más deseaba cada día era la santa Comunión. Cuando no conseguía dormir, en vez de llamar al médico, pedía:

—¡Dadme a mi Señor y luego me dormiré!

Murió a los ochenta años, después de algunos meses de enfermedad, diciendo que sufría mucho, pero solo porque «a Jesús le tocó una Cruz y a él un lecho cómodo y limpio». Lo definieron como *el santo de la alegría cristiana*.

#### SAN CARLOS BORROMEIO OBISPO Y REFORMADOR (1538-1584)

Fue uno de los principales teólogos y obispos de la Reforma Católica del siglo XVI. Nacido en Arona de familia noble, realizó los estudios de Derecho en Pavía, y se licenció brillantemente con solo veintiún años. No siendo aún sacerdote, fue creado cardenal diácono por su tío Juan Ángel Médici, apenas elegido papa con el nombre de Pío IV, que lo nombró Secretario de Estado. Terminados en 1563 los trabajos del Concilio de Trento, Carlos fue ordenado sacerdote y obispo, y decidió dedicarse enteramente al cuidado pastoral de la diócesis de Milán. Para emprender las necesarias reformas, celebró seis concilios provinciales y once sínodos diocesanos. La visitó muchas veces, llegando incluso a las parroquias más lejanas y dejando huellas indelebles de su santo paso reformador.

Fundó las *Congregaciones de la Doctrina Cristiana*, las *Cofradías del Santísimo Sacramento y del Rosario*. Promovió la erección de los *Montes de Piedad*. Sobre todo, creó seminarios para garantizar la formación de un clero nuevo y santo. Restituyó a la Iglesia en Milán el antiguo rito ambrosiano. En la carestía de 1570, y en la sucesiva terrible peste de 1576, se prodigó para organizar las ayudas y asistir a los necesitados y los enfermos, entregando toda la tela, incluso la preciosa, conservada en los armarios del palacio arzobispal, para que se confeccionase con ella ropa y abrigos para los enfermos. También hizo vender toda la plata y mandó al lazareto incluso su cama. Vivía en continua penitencia, tanto que —de todos lados— le llegaban invitaciones a la moderación, e incluso el papa le envió un breve (un documento oficial) para obligarle a cuidarse. Pero a quien le reprendía por la demasiada penitencia, Carlos le respondía:

—La candela para dar luz a los demás debe consumirse... Eso debemos hacer nosotros.

Murió a los cuarenta y seis años, después de una breve agonía pasada contemplando con extrema conmoción las escenas de la pasión de Cristo, unos cuadros que había hecho traer alrededor de su lecho. Sus últimas palabras fueron:

—Mira, Señor, estoy llegando...

Cuando a última hora de la tarde del 3 de noviembre de 1584, de lo alto del Duomo resonaron los toques fúnebres, en la plaza del arzobispado se presentó un río de gente: hombres, mujeres, niños, sacerdotes y religiosos trataban de entrar en la casa arzobispal para acompañar a su padre y pastor. Todos querían “ver al santo”. Incluso las autoridades civiles enviaron al papa sus condolencias declarando (estas fueron sus exactas palabras) que Carlos había sabido ganarse, en Milán, «un amor increíble».

#### SAN FRANCISCO DE SALES OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1567-1622)

Nació en Saboya de una antigua y noble familia. Estudió Derecho en las universidades de París y Padua, pero prefirió la vida eclesiástica. Fue enseguida nombrado preboste de

la Catedral de Ginebra, pero se trataba de un título solo honorífico, porque la ciudad era entonces inalcanzable, estando en poder de los seguidores de Calvino.

Reconquistar Ginebra era, para los católicos de entonces en Saboya, el argumento candente del día, y casi todos pensaban en una lucha armada, según el uso del tiempo. Francisco decidió, en cambio, «derribar los muros con la caridad, invadirla con la caridad, reconquistarla con la caridad». Se hizo él mismo misionero y predicador, adentrándose en territorio calvinista, aun sabiendo que arriesgaba en cada ocasión su vida. Su predicación no era nunca violenta, sino siempre persuasiva y convincente.

Había inventado también el sistema de los carteles, fijándolos a las paredes, o deslizando por debajo de las puertas de las casas algunos folletos preparados por él mismo, con breves síntesis de doctrina católica (le será por eso reconocido el título de patrono de los periodistas). Elegido obispo de Annecy-Ginebra, ejerció una amplia acción pastoral a nivel europeo, pero eligió luego una forma de vida modesta, prefiriendo dedicarse personalmente al ministerio de la confesión y a la educación de los niños.

Junto a santa Francisca Frémiot de Chantal fundó el instituto de la Visitación. En los últimos años de vida compuso dos obras espirituales que le valieron el título de doctor de la Iglesia: la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios*, para difundir e ilustrar la doctrina sobre la santidad posible a todo cristiano y en cualquier estado de vida.

Dejó un inolvidable recuerdo de su mansedumbre y gran caridad pastoral, y murió como un hombre venerable, siempre niño en las manos de Dios. Era la fiesta de los Santos Inocentes de 1622.

#### SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA (1696-1787)

Nació en un suburbio de Nápoles y consiguió con solo dieciséis años el título de doctor en jurisprudencia. En el ejercicio de la abogacía adquirió gran fama por su competencia y honestidad, pero quedó desconcertado cuando perdió procesos a causa de indignas argucias jurídicas. Decidió entonces dejar la profesión para dedicarse a las obras de misericordia. Un día, al recorrer un hospital, sintió en el corazón la invitación de Jesús que le decía: «Déjalo todo y dedícate solo a mí». Eligió el camino del sacerdocio y se dedicó a la predicación en los barrios pobres y en el campo, reuniendo un gran número de colaboradores, también laicos.

En 1732 fundó la *Congregación del Santísimo Redentor*, cuyos miembros (llamados *redentoristas*) tomaron particularmente a su cargo la evangelización de las más perdidas zonas rurales, usando un estilo de predicación sencillo, en contraste con las prolijidades entonces al uso. En 1762, aunque estaba ya seriamente enfermo, debió aceptar el episcopado. Pero vivió aún otros veinticinco años, dedicándose al gobierno de la diócesis y a profundizar en los estudios de teología moral, en la que llegó a ser maestro indiscutible para toda la Iglesia, conjugando firmeza y mansedumbre. Y así ha permanecido hasta nuestros días.

Publicó también innumerables obras espirituales, destinadas a los simples cristianos. Las dos más célebres tienen por título *Las glorias de María* y *Práctica del amor a Jesucristo*.

Alfonso fue también un competente músico y son suyas algunas melodías entre las más tradicionales y amadas por el pueblo, como el célebre villancico *Tu scendi dalle stelle*.

Vivió hasta avanzada edad, y en los últimos años no podía siquiera celebrar la santa Misa, pero pasaba horas y horas ante el sagrario, y a lo largo del día recitaba de vez en cuando algunas jaculatorias.

El 29 de julio de 1787 dijo:

—Dadme la Virgen.

Apretó en sus manos la imagen que le traían y comenzó la agonía. Jadeaba, pero a veces sonreía a la imagen y parecía que le hablaba en voz baja. Duró así otros dos largos días. El 1 de agosto de 1787, al toque del *Angelus* de medio día, expiró. Todos los días de su vida, desde la infancia a la ancianidad, Alfonso había querido siempre arrodillarse al toque de las campanas que recordaban la Encarnación, aunque se encontrase en la vía pública. Y de anciano, enfermo como estaba de artrosis, se echaba cada vez a tierra sin conseguir luego levantarse solo. Pero aquel último día vinieron los ángeles a levantarlo.

#### SANTO CURA DE ARS PATRONO DE TODOS LOS PÁRROCOS (1786-1859)

Se llamaba Juan María Vianney y había nacido en Francia durante la tormenta revolucionaria. Había tenido que recibir, por eso, la primera comunión escondido en un granero convertido en iglesia.

Privado de estudios regulares, consiguió llegar al sacerdocio con la ayuda de un anciano párroco. A los treinta y dos años fue nombrado cura de Ars, una pequeña parroquia casi completamente descristianizada, rica solo de hosterías y salones de baile, donde el buen cura comenzó a hacer solo lo que casi nadie hacía ya: pasaba largas horas en la iglesia adorando el Santísimo Sacramento y rezando por sus feligreses, haciendo penitencia por sus pecados. Un poco por curiosidad y otro poco por necesitar algunas buenas palabras, la iglesia parroquial recomenzó a ser frecuentada, y el confesonario comenzó a ser asediado por pecadores que aprendían el arrepentimiento arrodillándose ante aquel extraño sacerdote que hablaba de la misericordia de Dios con lágrimas en los ojos.

En diez años la parroquia de Ars se hizo notar en toda Francia. Llegaban largas colas de peregrinos que obligaban al santo cura a estar en el confesonario desde el alba hasta altas horas de la noche, en cualquier estación del año. Debía liberarse a la fuerza para poder celebrar la santa Misa y dar un poco de catecismo a sus feligreses, siempre con tono humilde, pero incisivo.

Pasaban los años y el anciano cura continuaba sintiéndose indigno de ser párroco, de pedir perdón y perdonar, mientras sus feligreses ya vendían a los peregrinos su imagen como la de un santo. Se había convertido en un viejo de setenta y tres años, de largos

cabellos blancos, con un cuerpo diáfano y consumido, y los ojos cada vez más profundos y luminosos.

En aquel verano calurosísimo de 1859, sus feligreses habían rodeado la casa parroquial con diez cortinas que mojaban periódicamente para que él no sufriera tanto calor, al menos en sus últimos días. El 4 de agosto murió sin agonía, sin miedo, «como una lámpara que ya no tiene aceite, teniendo en los ojos una extraordinaria expresión de fe y de felicidad». Luego, durante diez días y diez noches, sus restos mortales debieron quedar expuestos en la capilla donde había confesado tanto y los peregrinos pasaron ininterrumpidamente por millares.

En una de sus más hermosas oraciones, el santo cura había ya descrito como le gustaría morir: «Te amo, Dios mío, y mi único deseo es amarte hasta el último suspiro de mi vida. Te amo, infinitamente amable Dios, y preferiría morir amándote que vivir sin amarte. Te amo, Señor, y la única gracia que pido es amarte por la eternidad [...]. Dios mío, si mi lengua no puede decirte en cada momento que te amo, quiero que mi corazón lo repita tanto como mi respiración».

#### SAN JUAN BOSCO EDUCADOR Y FUNDADOR (1815-1888)

Nació en Castelnuovo de Asti, de una familia campesina. Juan quedó huérfano de padre a los dos años y fue educado por su madre, Margarita, que seguirá siendo siempre su más fiel colaboradora. Hábil en los juegos, de niño entretenía a sus compañeros para llevarlos luego a la enseñanza cristiana.

Fue ordenado sacerdote en 1841, cuando la ciudad de Turín estaba en plena fiebre de industrialización y atraía hordas de jóvenes que quedaban expuestos al vicio y al crimen. Para ellos don Bosco fundó el Oratorio, abierto a los muchachos de toda extracción y cualidad.

Educador nato, estaba convencido del «método preventivo», que consiste en «saber obtener todo de los alumnos con el amor y no con la fuerza», acompañándolos para «saber prevenir sus limitaciones».

Después de varios intentos, el oratorio se estabilizó en Valdocco. Se daba a los muchachos alojamiento y preparación para los más variados oficios. En 1862 se contaban ya más de setecientos muchachos. Con un primer núcleo de compañeros, don Bosco constituyó en 1854 la *Sociedad de san Francisco de Sales* (llamados luego *Salesianos*). A ellos se unieron enseguida, la *Pía Unión de Cooperadores Salesianos* y las *Hijas de María Auxiliadora*. Menos recordada hoy, pero de incalculable importancia, fue también la actividad de escritor y editor, desarrollada por el santo —siempre con finalidad educativa para los jóvenes— con notable anticipación sobre su tiempo.

Cuando murió, su Obra contaba ya con sesenta y cuatro casas, repartidas en doce naciones, y más de mil religiosos. En los días de su agonía, a veces, revivía en el duermevela antiguas preocupaciones por sus muchachos. Un día se despertó con un grito angustiado:

—¡Acudid enseguida a salvar a esos jóvenes! ¡María santísima, ayudadles! ¡Madre, Madre!

Le sugerían pedir a María Auxiliadora el milagro de la curación, pero se negaba y decía solo:

—Señor, que se haga vuestra voluntad. Oh Madre, abridme las puertas del Paraíso.

Lo que tenía en el corazón al morir lo sabemos por lo que él había dicho repetidamente a sus muchachos: «He prometido a Dios que hasta mi último suspiro sería para vosotros, jóvenes. Por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros estoy también dispuesto a dar la vida. Hacedos cuenta de que cuanto soy, lo soy todo para vosotros, día y noche, mañana y tarde, en cualquier momento».

Y a un estrecho colaborador suyo, en aquellos últimos días, le recomendaba:

—Di a los jóvenes que los espero a todos en el Paraíso.

#### SAN DANIEL COMBONI MISIONERO Y FUNDADOR (1831-1881)

Nació en Limone sul Garda, único superviviente de ocho hijos. Educado en el Colegio de Don Mazza en Verona —un ambiente particularmente sensible al problema misionero—, Daniel decidió consagrarse para siempre a África. Partió para Sudán en 1857, con algunos compañeros que, sin embargo, murieron casi enseguida: en aquellos años, los misioneros europeos no resistían el clima africano.

De vuelta a Italia, en 1864, Comboni trazó su genial *Plan para la regeneración de África*. Sugería en él un nuevo método misionero, enfocado a «salvar a África con África». El plan preveía que los misioneros europeos abriesen escuelas en las costas africanas (donde el clima era soportable también para ellos), en las que formar sacerdotes, monjas, médicos y enseñantes africanos. A estos se les pediría después penetrar en el interior del continente negro y convertirse en protagonistas de la evangelización. Comboni viajó por toda Europa para discutir su proyecto con los más importantes organismos misioneros de su tiempo, pero no logró encontrar apoyos concretos. Decidió entonces ponerlo en marcha él solo: en 1867 fundó los *Misioneros Combonianos del Corazón de Jesús* y abrió en El Cairo las primeras escuelas para preparar a los futuros evangelizadores africanos. En 1870, en Roma, siendo un sencillo sacerdote, le fue concedido exponer a los Padres del Concilio Vaticano I su proyecto, consiguiendo la aprobación de Pío IX que, en 1872, lo nombró Provicario Apostólico para el África Central.

Enseguida Daniel fundó también el instituto femenino de las *Pías Madres de la Negritud*. Consagrado obispo en 1877, combatió con dureza a los pachás y gobernadores aliados con los esclavistas, para defender a sus amados fieles negros. Pocos años después estallaba la “guerra santa”, proclamada por el Mahdi, un pretendido profeta que afirmaba ser enviado por Dios para liberar Sudán de los turcos y de la influencia cristiana. Comboni tuvo pronto noticia de los primeros choques y de las primeras masacres de las tropas del gobierno. Lo escribió a sus amigos de Italia, concluyendo con una mezcla de angustia y de esperanza cristiana: «¡Alegres! Iremos al Paraíso más pronto. ¡Viva Jesús! Me encuentro aquí en el campo de batalla expuesto a perder, por Jesús y por los infieles, en cualquier instante la vida, mientras estoy oprimido e inmerso en un océano de tribulaciones que me aplastan el alma».

Moriría dos meses después, con apenas cincuenta años, atacado por la fiebre negra. Poco después el Mahdi destruiría toda su obra e incluso su tumba, haciendo prisioneros a sus supervivientes misioneros durante diecisiete años.

Pero Comboni —que había vivido «en el corazón de África y con África en el corazón»— había muerto con la certeza de que «su obra —nacida al pie de la Cruz— no moriría».

#### SAN LEOPOLDO MANDIC CONFESOR (1886-1942)

Nació en Castelnuovo de Istria (entonces en Dalmacia, hoy en Montenegro). Físicamente bastante favorecido, de pequeña estatura y de humilde apariencia, fue admitido a los dieciséis años en el seminario capuchino de Udine y allí comenzó a trabajar su carácter, más bien impetuoso y susceptible, y a vivir una vida de fe muy intensa, centrada sobre todo en la Eucaristía.

Ordenado sacerdote, hizo el propósito de dedicar la vida a la reconciliación de los eslavos ortodoxos con Roma. Deseaba ir a Oriente, pero en 1906 fue destinado a Padua, que será su patria adoptiva y definitiva, a causa del gran e incansable apostolado que desarrollaría sobre todo como confesor. Así, el pequeño fraile se convenció de que el Señor lo ligaba a la ciudad de san Antonio: «¡Mi Oriente está aquí!», se dijo, haciendo voto de acoger con todo cuidado a cualquier penitente que se le presentase. Cuando no estaba en oración, estaba en el confesonario, pasando allí de diez a quince horas diarias, asediado literalmente por los penitentes que encontraban en él la dulzura y la firmeza de Jesús.

—¿Cómo haces para resistir tanto tiempo? —le preguntaba algún hermano.

—Es mi vida —respondía con una sonrisa el padre Leopoldo recordando el voto que había hecho.

Siempre muy pequeño de cuerpo, con las manos deformadas por la artritis, con problemas en la lengua y los ojos arrasados, ejercía una fuerte atracción en cualquiera que buscase la misericordia de Dios. Era un vivo ejemplo del padre misericordioso de la parábola evangélica. Dado su carácter naturalmente apasionado, se sentía cercano a quien era frágil. Hasta avanzada edad se empeñó incansable, con espíritu extraordinariamente sereno, decidido a «morir de trabajo apostólico», como había enseñado a los hermanos más jóvenes.

Sus mayores sufrimientos —que lo acompañaron hasta el lecho de muerte— dependían de haberse ofrecido a Dios espontáneamente para expiar los pecados de sus penitentes. Así sobre el padre Leopoldo pesaban las angustias de los que él había consolado, y a los que había dicho: «¡Haré penitencia yo!». De modo que él, que administraba generosamente a todos la misericordia de Dios, pasaba a veces las noches envuelto en el temor de la justicia divina. Quien lo asistía contaba que parecía como Jesús en la cruz, cuando sobre Él pesaba todo el pecado del mundo y se sentía abandonado por el Padre. Pero su fin llegó con dulzura, aunque desde hacía tiempo una enfermedad terrible —un tumor en el esófago— lo consumía.

Aquella última mañana de su vida, el 20 de julio de 1942, se desmayó cuando ya estaba preparado para celebrar la misa. Volvió en sí en su lecho y recibió con humildad los últimos sacramentos. Luego, mientras recitaba con los hermanos la *Salve Regina*, a las palabras «*O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria*» se adormeció, como un niño en los brazos de quien había llamado siempre con ternura (en la lengua de los antiguos venecianos), *la Paròna benedeta*.

#### SAN JUAN XXIII PAPA (1881-1963)

Nacido en Sotto il Monte (Bérgamo), en una familia de campesinos de fe sencilla y generosa, Angelo Roncalli eligió desde pequeño la vía del sacerdocio. Ordenado sacerdote a los veintitrés años, recorrió todo el *iter* eclesiástico, siendo primero profesor en el seminario y luego secretario del obispo de Bérgamo. Durante la Primera Guerra Mundial fue capellán militar. En la posguerra, funda y dirige en Bérgamo la Casa del Estudiante y es asistente de la Juventud Femenina de Acción Católica, además de director espiritual del seminario. En 1921 es llamado a Roma con el encargo de coordinar la actividad misionera de todas las diócesis italianas. A los cuarenta y cuatro años es nombrado visitador apostólico en Bulgaria y consagrado obispo. Después de diez años, es nombrado delegado apostólico de Turquía y Grecia, y vicario apostólico de Constantinopla. Recibe estima y confianza por parte de los ortodoxos y los musulmanes.

En 1944 es enviado a Francia como nuncio apostólico. En 1953 es nombrado cardenal y Patriarca de Venecia. El 28 de octubre de 1958 (a los setenta y seis años) es elegido Papa y asume el nombre de Juan XXIII. Tres meses después de la elección, anuncia la intención de convocar un concilio ecuménico para que la Iglesia pueda volver a decir al mundo —con novedad de lenguaje y de pasión misionera— las antiguas verdades de la fe cristiana. A la Iglesia y a la humanidad les regala en particular dos cartas encíclicas hermosas y decisivas: *Mater et Magistra* y *Pacem in terris*. Su última aparición pública es en la fiesta de la Ascensión de 1963. En tal ocasión, Juan XXIII pronuncia intencionadamente —como un adiós y una última recomendación— las palabras: «Corramos tras el Divino Maestro que sube...». El 30 de mayo recibe los últimos sacramentos y los presentes escuchan sus últimas palabras de despedida:

—Este lecho es un altar y el altar requiere su víctima. Aquí estoy dispuesto. Ofrezco mi vida por la Iglesia, por la continuación del concilio ecuménico, por la paz del mundo y la unión de los cristianos. Muchos me han preguntado cuál es el secreto de mi sacerdocio... Pues bien, hoy creo poder dar la respuesta. El secreto de mi sacerdocio está en el crucifijo que veis ante mí, frente a mi cama. Él me mira y yo le hablo.

Y después de una pausa, como para resumir su existencia:

—He tenido la suma gracia de nacer en una familia cristiana modesta y pobre, pero temerosa de Dios, y de ser llamado al sacerdocio. Desde niño no he pensado en otra cosa, no he deseado otra cosa. Mi jornada terrena termina, pero Cristo vive, la Iglesia continúa.

Le quedan aún tres días de agonía. Morirá el 3 de junio de 1963, a última hora de la tarde. Y las últimas palabras que dirige a su secretario son:

—¿Por qué llorar? Este es un momento de alegría, un momento de gloria.

Entretanto, en la Plaza de San Pedro —llena de una multitud silenciosa y conmovida— se celebra una santa misa por el Pontífice moribundo, que expira mientras el celebrante pronuncia las palabras conclusivas: *Ite Missa est*, como para confirmar que, como sacerdote de Dios, ha cumplido su largo ministerio.

#### BEATO CHARLES DE FOUCAULD «HERMANO UNIVERSAL» (1858-1916)

Nació en Estrasburgo y pasó una juventud desenfadada, «sin negar nada y sin creer nada», dedicándose solo a cultivar los propios placeres. Empezó la carrera militar, pero fue despedido con deshonor «por indisciplina agravada por mala conducta». Se dedicó entonces a viajar, explorando una zona desconocida de Marruecos, empresa que le mereció una medalla de oro de la *Sociedad Geográfica* de París. Regresó a su patria afectado por la fe totalitaria de algunos musulmanes conocidos en África. Volvió al cristianismo y se convirtió radicalmente, aceptando acercarse por primera vez al sacramento de la confesión.

Decidido a «vivir solo para Dios», entró en la trampa, pero salió después de algunos años para ir a Tierra Santa y vivir allí como Jesús, en pobreza y oculto. Ordenado sacerdote, con el intento de poder celebrar y adorar la Eucaristía en la zona más perdida del mundo, volvió a África. Se estableció cerca de un oasis en la profundidad del Sahara, vistiendo una sencilla túnica blanca, en la que había cosido un corazón rojo de tela, rematado por una cruz. A los cristianos, musulmanes, hebreos e idólatras que pasaban por su oasis, se presentaba como “hermano universal” y ofrecía hospitalidad a todos.

Más tarde se adentró aún más en el desierto, llegando al pueblo tuareg de Tamanrasset. Allí pasó trece años, ocupándose en la oración (a la que dedicaba once horas diarias) y en componer un enorme diccionario francés-tuareg (utilizado todavía hoy), para preparar un instrumento útil para la futura evangelización.

Pero antes había terminado el texto más decisivo para él, anotando: «Acabo de terminar la traducción de los Evangelios a lengua tuareg. Es para mí un gran consuelo que el primer libro del que disponen sea el Evangelio».

En la tarde del primero de diciembre de 1916, su habitación —siempre abierta a cualquier encuentro— fue saqueada por una partida de bandidos. Las dos mil páginas del diccionario francés-tuareg fueron tiradas al suelo y pisoteadas. El hermano Charles fue atado con riendas de camello, probablemente para ser llevado como rehén, y luego ejecutado en un momento de pánico con un tiro de fusil en la cabeza. Era un final inesperado, pero no desconocido. En un cuadernito suyo, se leen escritas con claridad — como para servirle de recuerdo— estas palabras: «Vivir hoy / como si debiese morir / esta tarde/ mártir».

Nadie se preocupó mucho por la muerte de aquel extraño ermitaño. En tiempos de continuas escaramuzas militares, se lo consideró un episodio más, no digno de particular crónica. El comandante francés de Fort Motylinski dejó pasar tres semanas antes de hacer una inspección en Tamanrasset. Cuando llegó, encontró casi hundido en el polvo el ostensorio que contenía aún la hostia consagrada. Desde el cielo, el Hermano Charles

miraba conmovido a Jesús Eucaristía, que había quedado así tanto tiempo solo en el desierto.

Para sus queridos tuareg (ya sus hermanos, aunque no bautizados aún) había custodiado hasta el final la Palabra de Dios, presente en los Evangelios y la Eucaristía.

#### SAN PÍO DE PIETRELCINA SACERDOTE ESTIGMATIZADO (1887—1968)

Francesco Forgione se había hecho capuchino a los quince años y había tomado el nombre de Pío. Ordenado sacerdote en 1910, fue enviado a San Giovanni Rotondo, un pueblecito del Gargano. Allí se quedará durante más de cincuenta años, marcado por la gracia de los estigmas recibidos en 1918 (él los llamaba «mi crucifixión»), que fueron enseguida objeto de la admiración de muchos y de las calumnias de algunos. Riadas de peregrinos comenzaron a llegar a San Giovanni Rotondo y se verificaron los primeros milagros y las primeras ruidosas conversiones. Dos eran las experiencias impactantes que dejaban huella: la santa Misa que el padre Pío celebraba como si reviviese el acontecimiento del Calvario, y el sacramento de la confesión administrado por él, donde muchos pecadores percibían experimentalmente el abrazo de la divina misericordia.

El padre Pío era gruñón y malhumorado con los penitentes movidos por vana curiosidad o intentos de justificarse, pero por el contrario manso y dulcísimo cuando advertía señales de verdadero arrepentimiento. A causa de la difusión de relatos populares estúpidos o inútiles, y de manifestaciones de fanatismo falto de criterio, el padre Pío fue sometido a averiguaciones del Santo Oficio, que le impusieron penosas restricciones, y que él aceptó con humildad y obediencia, sin considerarse nunca víctima. Decía que solo le importaba «tener siempre fijo a Dios en el corazón e impreso en la mente». Preocupado por la salvación de sus hijos, se ocupó también de la realización de una *Casa para el alivio del sufrimiento*, un hospital que debía sostenerse por grupos de oración repartidos por todo el mundo.

En la noche entre el 22 y el 23 de septiembre de 1968 (acababan de cumplirse cincuenta años del día en que recibió los estigmas), después de confesarse y renovar su profesión religiosa, el Padre Pío, acostado en su camastro, vestido con su bendito hábito y sosteniendo entre sus dedos el rosario, murió murmurando: «Jesús... María». Al preparar su cuerpo muerto, los hermanos advirtieron que las cinco llagas —que habían sangrado durante cincuenta años, y que en los últimos días comenzaron a cerrarse— ya no estaban; en su lugar, no se notaban tampoco trazas de cicatrización: la carne humana estaba intacta y tierna y parecía —por así decir— resucitada. Murió a los ochenta y un años y parece que en su funeral participaron más de cien mil personas.

—Padre —le habían preguntado sus devotos— ¿qué haremos cuando ya no esté?

—Acudid ante el sagrario. En Jesús, también me encontraréis a mí.

#### SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ FUNDADOR (1902-1975)

Nació en Barbastro, en el Somontano aragonés, y fue ordenado sacerdote a los veintitrés años. Desde la adolescencia presagió que Dios quería confiarle una particular misión, que se le aclaró en octubre de 1928: promover, entre personas de toda condición social, la búsqueda de la santidad y el ejercicio del apostolado a través de la santificación del

trabajo. Se dedicó entonces a reunir a su alrededor a algunos laicos para proponerles la santidad como vocación posible también en el mundo y en el ejercicio de la propia profesión. Nació así el *Opus Dei*.

Durante la Guerra Civil española (1936-1939), Josemaría se vio obligado a exiliarse y solo pudo volver a Madrid al término de la guerra. La *Obra* tuvo entonces un nuevo impulso y sus miembros se vieron animados a vivir en el mundo, tanto en puestos de responsabilidad como en humildes tareas, con la convicción de que nada puede impedir la santidad de un laico, si el ambiente en que Dios le ha puesto lo concibe y lo vive como «lugar de su vocación». La enseñanza constante de Escrivá fue que «Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a sí todas las cosas».

El 14 de febrero de 1943 fundó también la *Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz*. Realizó muchos viajes por todo el mundo, para difundir la «llamada universal a la santidad en medio del mundo».

Entre tantos, fue particularmente conmovedor y premonitorio un viaje como peregrino al santuario de Guadalupe, en México. En una pausa de las muchas reuniones que tuvo con sus hijos, contempló encantado una imagen de la Virgen de Guadalupe que ofrece al indio Juan Diego una rosa, y dijo, como un niño que sueña:

—Así me gustaría morir a mí, mirando a la Virgen y que ella me diera una flor.

El 28 de marzo de 1975 celebró las bodas de oro sacerdotales. Dijo:

—Después de cincuenta años estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando y recomenzando cada día. Y así hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando.

Le quedaban exactamente tres meses de vida. El 26 de junio de ese mismo año, al entrar en su cuarto de trabajo, cayó inesperadamente al suelo, precisamente ante una reproducción de la Virgen de Guadalupe. Y murió como había deseado, teniendo ante los ojos la imagen de la Virgen que ofrecía una flor a su humilde hijo.

## VII. MORIR INOCENTE

LA IGLESIA ACOGIÓ EN SU CALENDARIO litúrgico, desde los primeros siglos, la fiesta de los Santos Inocentes, como recuerdo permanente de que la santidad (también la de quien da la vida por Cristo) es ante todo un don. Pero lo ha hecho también para recordar que esta “santa pertenencia” al Señor Jesús puede darse desde la más tierna edad. Se recuerda siempre que estos niños de Belén murieron sin saber aún hablar, pero dan testimonio con toda su pequeña persona. Y murieron inocentes: no saben aún hacer mal a nadie, pero ya el mal se arroja contra ellos «como un temporal furioso sobre los capullos de rosa», dice un antiguo himno latino. Lo que vivieron nos muestra a Jesús, cuando aún no tiene dos años, protegido y testimoniado por esta escolta de pequeños mártires que lo esconden y lo apartan de la ira de Herodes.

Continuando y desarrollando esta primera imagen, podríamos también hoy contar la muerte inocente (que es siempre un verdadero martirio) de tantos niños maltratados y destruidos en el cuerpo y en el alma.

En cambio, queremos contar la muerte no violenta, pero marcada de consciencia evangélica, de algunos jóvenes y algunos niños que han aceptado, con santa madurez cristiana, una muerte que otros considerarían prematura e injusta, mientras que ellos la han abrazado por Jesús con amor cándido y ferviente. Una muerte que —en el plan de Dios— no sucedió por un despiste de su divina Providencia, sino para llamar a la Iglesia y a la entera humanidad a repensar la “escuela de la vida”.

Es hermoso, a este propósito, recordar y sugerir la lectura del *Misterio de los santos Inocentes*, escrito por C. Péguy en 1922. He aquí la sugestiva indicación que el poeta puso en la misma boca de Dios: «Se envía a los hijos a la escuela —dice Dios—. Pienso que es para que olviden lo poco que saben. Sería mejor mandar a la escuela a los padres. Son ellos los que lo necesitan. Pero naturalmente se trataría de una escuela de Mí. Y no una escuela de hombres. Se cree que los niños no saben nada. Y que los padres y las personas mayores saben algo. Ahora yo os lo digo, es lo contrario (es siempre lo contrario). Son los padres, son las personas mayores las que no saben nada. Y son los niños los que lo saben todo. Todo. Porque tienen la inocencia primera. Que es todo. También la vida es una escuela, dicen. Se aprende todos los días. La conozco, esa vida que comienza con el bautismo y termina con la extremaunción. Es un desgaste perpetuo, un constante, creciente marchitarse. Siempre se descende. Se llenan de experiencia, dicen; cosechan experiencia; aprenden a vivir; de día en día acumulan experiencia. Singular tesoro —dice Dios—. Tesoro de vacío y carestía. Tesoro de arrugas e inquietudes. Lo que llamáis experiencia, vuestra experiencia, yo la llamo dispersión, disminución, decrepitud, la pérdida de la esperanza. Ahora es la inocencia la que está llena y la experiencia la que está vacía. Es la inocencia la que vence y la experiencia la que pierde. Es la inocencia la que es joven y la experiencia la que es vieja. Es la

inocencia la que sabe y la experiencia la que no sabe. Es el niño quien está lleno y el hombre el que está vacío».

Comencemos, por tanto, con una santa poco conocida, pero encantadora por su fuerte inocencia.

#### SANTA ROSA DE VITERBO (1233-1251)

Dice el Evangelio que, para entrar en el reino de los cielos, es necesario «hacerse como niños». De ordinario la indicación se recibe a nivel personal, como invitación a la infancia espiritual, hecha de simplicidad, confianza en Dios y abandono en sus manos paternas. Pero se dan, en la historia de la Iglesia, épocas y situaciones tan endurecidas y malas, que Dios elige a criaturas inocentes para hablar a los fuertes y poderosos que se hacen la guerra entre sí, con daño para los pobres cristianos.

Tal fue la época en la que vivió Rosa de Viterbo, cuando Federico II combatía contra el papa Inocencio IV y la gente se dividía fieramente entre güelfos y gibelinos. ¿Qué importancia y qué fuerza podía tener una muchacha de modesta condición, de poco menos de quince años, que recorría las calles de la ciudad vestida pobremente y con una pequeña cruz en la mano, predicando la paz en el nombre de Jesús? Los poderosos de entonces llegaron hasta a exiliarla con la acusación de que “inflamaba los ánimos”. Pero era solo el fuego de la inocencia lo que hacía evidente la malicia de los fuertes y el dolor de los humildes.

Por lo demás, no son muchas las noticias sobre esta joven santa, gravemente enferma desde su nacimiento y en todo valerosa e indómita. Murió también a causa del frío que padeció, cuando —para hacerla callar— exiliaron a la familia en un pueblecito de montaña.

También sus milagros son tiernos, como el de los trozos de pan escondidos en el delantal para darlos a los pobres.

—¿Qué escondes? —pregunta severo el padre, más bien avaro.

Y la muchacha atemorizada responde:

—Rosas.

Y solo rosas encuentra el padre, empeñado en investigar.

Se lee un episodio semejante en la vida de santa Isabel de Hungría. Esta era reina; Rosa, en cambio, tan pobre que ni las pobres hermanas de san Damián habían querido aceptarla en su monasterio. Y ella había respondido:

—No me queréis viva, pero estaréis contentas de tenerme muerta.

Y así sucedió cuando, proclamada santa, los de Viterbo la tomaron por patrona. Durante una visita pastoral, san Juan Pablo II les dijo: «¡Qué gran respuesta de amor encontramos en esa maravillosa jovencita que fue vuestra santa Rosa! Ella, a pesar del paso del tiempo, se presenta aún hoy como modelo para las muchachas y para los jóvenes, invitándolos a comprender a fondo, en su vida, lo absoluto de Dios en una plena entrega de amor más allá de todo respeto humano».

#### SANTA KATERI TEKAKWITHA (1656-1680)

Ha sido canonizada en 2012, como primera santa nativa americana, perteneciente a la Nación Mohawk. Nació hacia 1656 en Fort Orange de padre iroqués, pagano, y madre algonquina, ya cristiana. Perdió a sus padres a los cuatro años, durante una epidemia de viruela, y ella misma quedó con el rostro desfigurado y la vista debilitada. Educada por un tío suyo anticristiano, conservó en el alma el recuerdo de los himnos y oraciones que había oído cantar a su madre y que repetía en sus largos paseos por los bosques, que le encantaban. Buscaba y amaba a Alguien a quien no conocía, pero del que intuía la presencia, hasta el punto de ofrecerle su amor como esposa (en una especie de anticipada consagración). Se hizo bautizar a los veinte años por un misionero jesuita. Criticada por sus parientes a causa de su nueva fe e importunada por molestos pretendientes, huyó a pie recorriendo cerca de trescientos kilómetros hasta llegar a la misión católica de Sault St. Louis, cerca de Montreal.

En la Navidad de 1677 pudo así recibir la primera comunión y calmar finalmente aquella «sed inextinguible de las cosas espirituales» que siempre había sufrido. En la fiesta de la Anunciación del año siguiente renovó con plena conciencia su antigua consagración virginal, y dedicó todas sus pobres fuerzas a cuidar a niños, ancianos y enfermos.

Murió a los veinticuatro años, y enseguida desaparecieron de su rostro las cicatrices de la viruela, como si Jesús le hubiese dado la primera caricia, dejándole el rostro luminoso. Es invocada como *El lirio de los Mohawks*, y ha recibido de san Juan Pablo II el título de patrona de la juventud.

#### SANTO DOMINGO SAVIO (1842-1857)

En él vio realizado don Bosco, como por un prodigio, lo que deseaba para todos los muchachos de su Oratorio. Era un niño dulce y educado, enamorado ya de la santidad. Cuando se encontraron por primera vez, don Bosco (refiriéndose al trabajo de la madre de Domingo, que era costurera) le dijo:

—Me parece que en ti hay buena tela... Podemos hacer un buen hábito para regalar al Señor.

Y el chico consintió gozosamente.

Que la tela era de verdad buena, lo comprendió enseguida la madre de don Bosco, Margherita, que dijo a su hijo:

—Tienes muchos jóvenes buenos, pero ninguno supera el buen corazón y la hermosa alma de Domingo.

El santo educador estaba tan convencido que incluso se hacía ayudar por él para acostar a los chicos más revoltosos y rebeldes.

«Nosotros aquí —les explicaba Domingo— basamos la santidad en estar muy contentos. Buscamos solo evitar el pecado, porque es un gran enemigo que nos roba la gracia de Dios y la paz del corazón».

Había también fundado, con algunos amigos, una *Compañía de la Inmaculada* para ayudar a los compañeros más torpes en sus encargos o en el juego. Sin embargo, la salud del muchacho era muy frágil y el médico aconsejó que interrumpiese los estudios y fuese

enviado a su pueblo, pensando que el ambiente familiar y los cuidados de su madre podrían ayudarle. Domingo no se quedaba en paz. En la última tarde en el Oratorio colmaba a don Bosco de preguntas:

—¿Cuál es la cosa mejor que puede hacer un enfermo para agradar al Señor? ¿Desde el Paraíso podré ver a mis compañeros del Oratorio y a mis padres? ¿Podré venir a encontrarme con mis amigos?

«Parecía —escribió don Bosco— una persona que tenía ya un pie en el paraíso y que antes de entrar quisiera informarse bien de lo que encontraría». En casa debió sufrir una terapia de repetidas sangrías, entonces al uso, y el muchacho se dispuso al sacrificio pensando «en los clavos de las manos y los pies de Nuestro Señor». Después de algunos días de inútiles torturas, el chico quedó totalmente postrado, aunque encontraba aún fuerzas para recitar, dirigiéndose al crucifijo que tenía en la pared de la habitación, una poesía que siempre había amado: «Señor, te doy toda la libertad. / Mis potencias, mi cuerpo. / Todo te lo doy, que todo es tuyo, Dios mío. / A tu querer me abandono».

Cuando llegó el momento, Domingo mismo dijo a su padre:

—Llegó la hora. Tomad mi libro de oraciones y leedme las oraciones para la buena muerte.

A las invocaciones tradicionales, respondía con infinita devoción:

—Jesús misericordioso, tened piedad de mí.

Cuando la oración llegó a las palabras «Dios mío, recibme en el seno amoroso de vuestra misericordia», suspiró:

—¡Esto es lo que deseo!

Murió en los brazos de sus padres, diciendo a la madre:

—Mamá, no llores, voy al Paraíso.

Y a su padre:

—¡Qué hermoso es lo que veo!

A don Bosco —a quien vio en sueños— le explicó:

—Ha venido María santísima a llevarme: mi mayor consuelo en vida y en muerte. Dígalo a sus hijos, que no olviden nunca rezarle.

#### SANTA MARÍA GORETTI (1890-1902)

Nació en un viejo caserío del Agro Pontino, tercera hija de dos pobres agricultores que se habían mudado allí. Marietta no había podido estudiar: solo había conseguido prepararse a duras penas para la primera comunión, pero había madurado en la dulzura de la fe, que aprendía de labios de sus padres, recitando con ellos las oraciones de la mañana y el rosario por la tarde. A ella le tocaban los trabajos de la casa y el cuidado de una hermanita más pequeña.

El padre murió cuando María tenía solo diez años, y su madre debió apoyarse en otra familia de campesinos que habitaba en el mismo caserío. Allí vivía también Alessandro, un veinteañero inquieto, que comenzó a interesarse morbosamente por la pequeña María que no tenía aún doce años. Un caluroso día de julio de 1902, viendo que la niña se había

quedado sola en casa, Alessandro trató de violarla. María reaccionó agarrándose con fuerza a su fe cristiana.

—¡Es pecado, Alessandro! ¡Irás al infierno! —repetía tratando de soltarse.

Exasperado, el joven la atacó con un punzón, clavándoselo varias veces. Atraídos por los gritos, acudieron los familiares y también, después de cuatro horas, los enfermeros, con una ambulancia tirada por caballos. En el hospital de Nettuno los médicos constataron que las catorce heridas de María no tenían remedio, aunque estaba todavía consciente. Antes de morir, dijo al sacerdote que la asistía:

—Perdono a Alessandro de todo corazón y quiero que esté conmigo en el Paraíso.

El muchacho fue encarcelado, pero una noche soñó que María lo invitaba dulcemente a una vida de arrepentimiento y fe. Se convirtió en la prisión, donde estuvo veintisiete años. Estuvo presente en San Pedro el 24 de junio de 1950, día de la gloriosa canonización de su víctima.

#### BEATA LAURA VICUÑA (1891-1904)

Había nacido en Santiago de Chile, pero su familia —después de unos conflictos políticos— se refugió en un mísero pueblo de la frontera de Argentina. El padre murió por las privaciones y la madre, para sobrevivir, aceptó las atenciones de un rico y violento ganadero. Por fortuna, precisamente en aquellos años, llegaban los primeros misioneros salesianos y la niña fue recibida en su pequeño colegio. Con las hermanas, Laura era feliz, aunque guardaba en su corazón un creciente sufrimiento por la humillación de su madre, de la que iba tomando conciencia.

La situación se hizo luego intolerable en los periodos de vacaciones, cuando el hombre intentaba abusar también de ella. La pequeña comenzó a esperar con ansia el día de su primera comunión: había decidido consagrarse a Jesús y tratar con él directamente toda la penosa cuestión. No conseguía olvidar aquella terrible noche en que el patrón había azotado a su madre ante sus ojos, porque no le permitía abusar de la hija.

Tras recibir la primera comunión a los diez años, Laurita parecía más alegre, y más madura. La noche del 16 de julio de 1903 el colegio sufrió una terrible inundación. A causa del frío padecido y de las continuas persecuciones del patrón, la salud de Laura declinó rápidamente. Obligada a volver por la madre, sufrió nuevas agresiones de su perseguidor, resistiendo valientemente. Luego huyó, a pesar de la fiebre, para refugiarse en su colegio, adonde llegó agotada. Recibió la extremaunción el 22 de enero de 1904, fiesta de santa Inés y, en esa ocasión, pidió al confesor permiso para desvelar a su madre su secreto:

—Mamá —le dijo—, yo muero. Lo he pedido yo misma a Jesús... Hace dos años ofrecí a Jesús mi vida por ti, para que tú vuelvas a Él. ¿No me darás esta alegría antes de morir?

La mujer, entretanto, se había arrodillado llorando junto al lecho de su niña. La revelación la había herido hasta el fondo del alma. Pero quizá ella lo había adivinado hacía tiempo. Solo tuvo la fuerza de decirle:

—Te juro que haré lo que me pides... Estoy arrepentida, y Dios es testigo de mi promesa.

Al sonido del *Angelus* de la tarde de ese mismo día, Laura, consciente de haber cumplido su misión, después de besar una y otra vez su crucifijo, expiró mientras decía:

—¡Gracias Jesús, gracias María! Ahora muero contenta...

Acudieron las compañeras. También la gente del pueblo. Y todos decían:

—¡Ha muerto la santita!

—En el funeral todos vieron que la madre se acercaba temblorosa y arrepentida a los sacramentos, y comprendieron. Y quien conocía todas las desventuras que la pequeña había pasado declaraba: «*Laura virgen y mártir*», mientras la madre —recordando lo que la hija había tenido que sufrir— asentía entre lágrimas:

—¡Sí, virgen! ¡Y mártir por mí!

BEATO FRANCISCO MARTO (1908-1919)

Es uno de los pastorcitos de Fátima: tenía solo nueve años en el tiempo de las apariciones, cuando la Virgen había preguntado: «¿Queréis ofreceros a Dios en acto de reparación por los pecados con que es ofendido y por la conversión de los pecadores?». Francisco había consentido apasionadamente. Tanto que la Virgen le había prometido llevarlo pronto al cielo. Le había recomendado, sin embargo, que rezara antes muchos rosarios.

—¡Oh, Señora mía! Rezaré cuantos rosarios queráis —había contestado el niño.

Pero había algo que lo angustiaba y se lo hizo saber a Lucia:

—¿No has notado que la Virgen estaba muy triste cuando pedía que los pecadores no ofendieran más a Dios, que ya estaba muy ofendido? Yo querría consolar tanto a Nuestro Señor...

Esta se convirtió en su pasión interior. Repetía:

—¡Qué pena que esté tan triste! ¡Si yo pudiera consolarlo!

Y así, cuando los visitantes e inquisidores les fastidiaban excesivamente sobre la cuestión de las apariciones, Francisco decía a Lucia:

«¡No te preocupes! ¿No ha dicho la Señora que tenemos que sufrir mucho en reparación a Nuestro Señor y a su Corazón Inmaculado por los muchos pecados con que son ofendidos? ¡Ellos están tan tristes! ¡Si con estos sufrimientos pudiésemos consolarlos, deberíamos estar contentos!».

Fue el primero en enfermar cuando en 1919 se desencadenó la epidemia de gripe española que diezmó a Europa. Pero soportó todo sin un lamento porque quería cumplir hasta el final su encargo. Estaba muy callado; hablaba solo con Lucia o con su hermanita.

«Ve a la iglesia —decía a su prima— y saluda de mi parte a Jesús escondido. Lo que más me hace sufrir es que ya no puedo ir a estar un poco con Jesús escondido...».

Lucía le recomendaba:

—En el cielo no te olvides de rezar por los pecadores, por el papa y por mí...

—Oye —respondía Francisco—, estas cosas díselas a Jacinta. Temo olvidarme cuando vea a Nuestro Señor, y además antes que nada yo lo quiero consolar...

Antes de morir repitió a Lucia:

—Ya me falta poco para ir al cielo. Allí consolaré mucho a Nuestro Señor y a la Virgen. Entretanto Jacinta rezará mucho por los pecadores, por el Santo Padre y por ti, y tú te quedarás aquí porque la Señora lo quiere. ¡Oye, haz todo lo que ella te diga!

Expiró el 4 de abril de 1919 —cuando no habían pasado aún dos años de la visión— exclamando:

—¡Mamá, mira ahí junto a la puerta! ¡Qué hermosa luz...!

Tenía solo 11 años.

#### BEATA JACINTA MARTO (1910-1920)

Era dos años más pequeña que Francisco, pero le sobrevivió un año. Enfermó a la vez que su hermano, aunque la enfermedad fue más larga y dolorosa.

También ella trataba de no quejarse nunca y de ofrecerlo todo:

—Sufro todo por la conversión de los pecadores y para reparar las ofensas que se hacen al Corazón Inmaculado de María —le decía a Lucia.

Y añadía:

—No quiero que nadie sepa de mis sacrificios, porque solo le pertenecen a Jesús y María.

Un día le dijo:

—Ya no puedo bajar de la cama e inclinar la frente hasta el suelo, porque me caigo. Debo contentarme con estar de rodillas.

Hasta el final había intentado postrarse para hacer como les había enseñado el ángel. Se tranquilizó cuando le dijeron que el Señor agradecía su oración, aunque estuviera acostada. Pero aun así le acuciaba el deseo de tener algo que ofrecer.

—Esta noche estuve muy mal y he querido ofrecer a Nuestro Señor el sacrificio de no darme la vuelta en la cama.

Estaba siempre absorta. Decía:

—Pienso en Nuestro Señor, en la Señora, en los pecadores, en la guerra que va a venir... Habrá tantas casas destruidas, tantos sacerdotes muertos... ¡qué pena!

Le confiaba todo a Lucia:

—Yo amo tanto al Corazón Inmaculado de María... Es el corazón de nuestra mamá del Cielo. ¿A ti no te gusta inmensamente repetir muchas veces: Dulce corazón de María, Inmaculado corazón de María? A mí me gusta tanto, tanto...

Y cuando sabía que su prima acababa de recibir la comunión, le suplicaba:

—Ven aquí, cerca de mí, mientras tienes en tu corazón a Jesús escondido.

Le regalaron una imagen del Sagrado Corazón.

—¡Qué feo es! —dijo, pensando en el bellissimo rostro que ella había contemplado.

Luego se conformó: se llevaba la imagen a los labios y decía:

—Lo beso en el corazón, que es lo que me gusta más.

Era la más pequeña: amaba mucho y se le pidió mucho. Un día, desde su cama pidió que Lucia viniese a prisa y le contó:

—La Señora ha venido a verme; dice que vendrá muy pronto a llevarse a Francisco al cielo, y a mí me ha preguntado si quería convertir aún a otros pecadores. Le he respondido que sí. Me ha dicho que iré a un hospital y que allí sufriré mucho... Le he preguntado si tú vendrías conmigo. Ha dicho que no. Esto es lo que más me cuesta. Ha dicho que me llevará mamá al hospital, pero que después me quedaré sola.

Permaneció en silencio, sufriendo visiblemente, y luego añadió:

—¡Si tú vinieses conmigo!... Lo que más me cuesta es ir sin ti. Quizá el hospital sea una casa muy oscura donde no se ve nada y yo me quedo allí sufriendo sola. Pero no importa, sufriré por amor al Señor, en reparación al Corazón Inmaculado de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre.

Y se preparó para afrontar aquella soledad que la espantaba.

Cuando Francisco llegó al punto de morir, Jacinta le confió este mensaje:

—Da muchos saludos al Señor y a la Señora. Diles que sufriré todo lo que quieran para convertir a los pecadores.

Comenzó el calvario: la llevaron a un primer hospital y se quedó allí dos meses, saliendo peor que cuando entró. Luego llegó a Fátima un médico ilustre que convenció a los padres de llevar a la niña a Lisboa, para someterla a una difícil intervención quirúrgica. Partió llorando.

—¡Muero sola! —repetía.

Lucia trataba de confortarla:

—¡No pienses eso!

Y ella:

—Lo debo pensar... Yo quiero sufrir por amor de Jesús y de los pecadores.

Besaba el crucifijo y le repetía:

—Jesús, yo te amo y quiero sufrir mucho por tu amor. Ahora puedes convertir a muchos pecadores, porque este sacrificio es muy grande.

Le habían prometido que estaría hospedada por una rica familia, pero la rica familia, al ver las condiciones en que estaba la enferma, se negó a recibirla. Acabó en un orfanato, contenta porque era «la casa de Nuestra Señora de Fátima». Y la superiora del orfanato fue para ella una madre, dándole toda la ternura que necesitaba la pequeña. Además, allí Jacinta estaba contenta porque podía recibir a «Jesús escondido» todos los días. Desde Lisboa, mandó decir a Lucia que la Señora iba incluso a encontrarla. La superiora contó que un día había ido a visitar a la pequeña que estaba en cama, pero Jacinta le había dicho:

—Venga más tarde, madrina, porque ahora estoy esperando a la Señora.

Pero también de este último nido debió desprenderse, cuando la transfirieron al hospital para la intervención quirúrgica que debía hacerse con anestesia parcial —por la extrema debilidad de la paciente— y que fue dolorosísima. Cuando ya no podía más, se serenó. Dijo:

—La Señora ha venido y me ha quitado los dolores.

Diez días después de la operación —que según los médicos había salido perfectamente— expiró, asistida solo por la enfermera. Tenía apenas diez años.

«Lo que yo sentía a su lado», atestiguó luego Lucía, «era lo que se siente junto a una persona santa que parece comunicarse en todo con Dios».

#### VENERABLE ANTONIETA MEO (1930-1937)

La santidad de esta niña tan pequeña ha sido ciertamente un regalo de Dios, pero también un prodigio de educación. A los cinco años y medio le diagnosticaron un sarcoma en la rodilla y tuvieron que amputarle la pierna. Un año después, una recidiva del tumor, con metástasis, le dará solo tres meses más de vida, entre indecibles sufrimientos. Pero lo que vivió Nennolina (como la llamaban en familia) no fue solo penoso, fue extraordinario, porque la ayudaron a custodiar su sufrimiento como se custodia una gema preciosa para ofrecerla a la persona amada. Vivió su dolor en compañía de Jesús. Más aún (aunque esto pueda parecer increíble): viviéndolo en compañía de la Santísima Trinidad.

El recuerdo de los sufrimientos de Jesús no fue un expediente elegido por los adultos para convencer a una pobre niña de que aceptase su cruel sufrimiento, sino que fue una cosa buena, amorosa, profunda, algo misterioso pero real, redentor, que había aprendido a amar desde pequeñísima. Y muchos padres cristianos saben con cuánta ternura y realismo saben mirar los niños la imagen del Crucifijo, con el deseo de consolarlo en sus penas. En la familia, todos se ayudaron a vivir aquel drama doméstico: Nennolina, el papá, la mamá, la hermanita mayor, la tata, incluso los médicos, uno de los cuales, ateo, acabó por convertirse ante aquel increíble espectáculo.

Decisivos fueron los días de preparación para la primera comunión, que Nennolina pudo recibir a los seis años.

Hacia las siete de la tarde, cuando la prótesis se hacía insoportable, Nennolina era obligada a irse a la cama y su madre pasaba mucho tiempo con ella. Primero rezaban juntas, luego la madre contaba algo del Evangelio y, al final, la pequeña escribía una carta a Dios y la dejaba bajo una imagencita del Niño Jesús: esa que lo representa dormido sobre una cruz que le sirve de cuna. Entre el 15 de octubre y la Navidad de 1936 escribió 106, dictándoselas a la madre.

Con una espontaneidad conmovedora, la niña se mostró cada vez más familiar al mundo de Dios Trinidad: a veces dirigía sus cartas al «querido Jesús»; otras las dirigía al «querido Dios Padre» y a veces también al «querido Espíritu Santo». Y no faltaban las ocasiones en que pedía a Uno transmitir al Otro sus peticiones o sus ternuras. Nennolina se interesaba en todo, intercedía por todos, les hablaba de todo, con una desenvuelta madurez.

Murió a los siete años, después de haber sufrido una última y dolorosísima intervención quirúrgica:

Había preguntado:

—Mamá, ¿cómo se hace para morir?

Y la madre reaccionó con increíble fuerza y belleza: «Me encomendé de corazón al Señor para que me inspirase y transformase mis palabras en verdades, y respondí: “Se siente un gran deseo de morir y el alma vuela a los brazos de Jesús”».

La pequeña sonrió, pero precisó que ella en el cielo no querría descansar, sino trabajar por la conversión de las almas, como santa Teresa del Niño Jesús. La santa de Lisieux había hecho caer sobre la tierra una lluvia de rosas. Ella, Nennolina, más pequeña y blanca, prometía una lluvia de lirios. Mientras se preparaba para recibir la comunión cotidiana, sostenida en su cama por sus padres, dijo en un suspiro:

—¡Dios, mamá, papá!

Y expiró. Mientras, entraba por la puerta el sacerdote que traía la Eucaristía. La recibieron por ella el padre y la madre.

#### VENERABLE MARI CARMEN GONZÁLEZ-VALERIO (1930-1939)

Nació en España, en los años en que se desencadenó la guerra civil que dejó centenares de miles de muertos, acompañada por una persecución religiosa anticristiana con miles de mártires. Dadas las circunstancias, recibió la primera comunión cuando no tenía aún seis años y su oración fue la de la pequeña Teresa de Lisieux que le habían enseñado: «Oh, Jesús mío, yo soy toda tuya. Tú te has dado a mí y yo me doy enteramente a ti».

No habían pasado aún dos meses cuando su padre fue detenido por milicianos rojos.

—No llores, muero por Dios y por ellos —dijo don Julio a su mujer, señalando a los niños—. Un día, cuando sean mayores, les explicarás cómo fue mi muerte. Muero para que el santo crucifijo vuelva a las aulas de las escuelas a proteger la infancia de nuestros hijos, y para que puedan ser educados en una España católica.

Enseguida fue bárbaramente asesinado. Desde aquel día, toda la familia supo que estaba en peligro y que los hijos estaban ya en una lista de niños para deportar a Rusia. Pero lograron expatriarlos antes a Francia. La decisiva maduración de Mari Carmen llegó a los nueve años, durante el Jueves Santo, cuando la pequeña pidió permiso a la abuela para *entregarse* (ofrecerse), buscando también que le explicasen más detalladamente el sentido de ese gesto del que había oído hablar.

—Significa darse enteramente a Dios y ser toda de Dios —le dijo la abuela.

Y la niña vivió aquello como ofrecimiento de su propia vida. Poco después enfermó de escarlatina, con dolorosas complicaciones y sufrimientos que soportó sin una queja, como si tuviese una misión que cumplir. Se comprenderá eso luego, cuando (después de la muerte) encontrarán en su bolsito una agenda guardada en un sobre cerrado, en el que había escrito: «Privadísimo, privadísimo, privadísimo», como hacen los niños cuando quieren que nadie lea sus secretos.

Son tres las páginas importantes. En la primera ella anotó: «29 de agosto de 1938. Hoy han matado a mi padre». En una de las últimas páginas escribió: «¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!» (el grito con el que entonces morían los mártires por la fe). Pero en la página anterior de la agenda está escrito: «Me ofrecí en la *Parroquia del Buen Pastor*, 6 de abril de 1939».

El médico de familia atestiguó: «La niña daba trascendencia a su dolor... Era esto lo que a mí, como médico, me provocaba un verdadero estupor. El bagaje amoroso de esta niña era tan extraordinario que trascendía todo su cuerpo, y en toda mirada, en todo gesto, se notaba un amor místico profundo que la pequeña guardaba en su corazón». Tenía un pequeño libro de oraciones, titulado *Mi Jesús*, y en los mejores momentos leía las reflexiones de este libro.

Pero la enfermera se daba cuenta de que la pequeña ponía, casi siempre, la señal en la página dedicada a la muerte: había allí un dibujo de un ángel que abrazaba a un niño. Solo estaba atenta a que su madre no se diera cuenta. Y la reflexión que Mari Carmen leía allí era esta: «Cuando se oye cantar en un arbusto, quien canta no es el arbusto sino algún pajarito escondido en él. También nosotros pensamos, amamos, nos acordamos de las cosas... Pero quien piensa, ama, recuerda es el alma. Y el alma es espíritu, y no morirá nunca».

En la mañana del 17 de julio de 1939 dijo:

—Hoy voy al cielo.

Luego pidió perdón, llorándole a su enfermera porque, decía, no la había querido mucho. A todos sus familiares presentes les repitió:

—Quereos unos a otros.

Luego dijo:

—Dejadme, dejadme ir.

—¿Adónde quieres ir, chiquita? —preguntó la abuela.

Y la respuesta fue:

—Al cielo, abuelita, ¿no ves que ya ha venido la Virgen a llevarme?

BEATA CHIARA LUCE BADANO (1971-1990)

Nació en Savona, pero pasó su infancia en Sasselo —un bonito pueblo ligure entre el Apenino y el mar— en una buena y sólida familia cristiana: padre camionero (más bien serio y exigente) y madre obrera (particularmente dulce y cariñosa), que le prodigaban todo cuidado y cariño, después de haberla esperado durante los primeros once años de matrimonio entre suspiros y oraciones. La buena educación familiar se manifestó cuando la niña pudo participar en una actividad del *Movimiento Focolari*. Aprendió a vivir con *Jesús en medio*, apasionándose por la unidad y la caridad, y pasó una adolescencia alegre y vivaz: disfrutando de la música, el deporte, la amistad, la lectura, el mar y la montaña.

Determinante fue su encuentro con Chiara Lubich, fundadora del Movimiento, a la que la muchacha escribió: «Queridísima madre, durante este congreso he redescubierto el Evangelio bajo una luz nueva. He comprendido que no era una cristiana auténtica porque no lo vivía hasta el fondo. Ahora quiero hacer de este magnífico libro el único objetivo de mi vida. Ni quiero ni puedo seguir siendo analfabeta de tan extraordinario mensaje. Tan fácil como es para mí aprender el alfabeto, así debe ser también vivir el Evangelio».

A los dieciséis años tuvo una crisis, provocada probablemente por el paso de un grupo a otro, como está previsto en su movimiento al crecer en edad. Acusaba los cambios que se habían producido en el grupo y en los responsables. Se ausentó de algunos encuentros

y corrió el riesgo de interrumpir aquel camino que tanto la había ayudado. «El ideal podría haber pasado a segundo plano», contará luego. Pero pronto se rehízo, aceptando responsabilizarse de un grupo de chicas más jóvenes. Así resolvió su inicial crisis decidiendo hacer felices a las niñas que se le confiaban, dedicándose a «cimentar su unidad» con mil simpáticas iniciativas sugeridas por la amistad y la fe.

El drama comienza en el verano de 1988 con un fuerte dolor de espalda durante un partido de tenis: se piensa en la fisura de una costilla, luego se recurre a infiltraciones, hasta que se hace necesario un TAC y se le diagnostica un tumor óseo. Desde entonces inicia un continuo *via crucis* por distintos hospitales de Turín, hasta febrero de 1989, cuando sufre la primera grave intervención quirúrgica. Cuando sale de la anestesia, la oyen murmurar:

—¿Por qué, Jesús?

Y enseguida:

—¡Si tú lo quieres, yo también lo quiero!

Pero el informe médico (osteosarcoma de cuarto grado, el más grave, con metástasis desde el inicio) no deja esperanzas de curación. Podría ser la hora de las tinieblas, pero de la espiritualidad del Movimiento Focolari Chiara ha aprendido desde hace tiempo *el amor a Jesús abandonado*.

En el hospital tiene ocasión de discutir con una enfermera en crisis que rechaza aceptar «a ese Dios que permite el sufrimiento de los niños». No sabemos que le diría Chiara, pero la otra contará luego a todos que aquella fue la Navidad más bonita de su vida. En la planta donde está ingresada todos están asombrados de la luz intensa de su mirada. Entretanto, la conforta la correspondencia que mantiene con Chiara Lubich, a la que escribe: «Sería feliz si tú me pudieras sellar el nombre nuevo (si te parece oportuno)», recibiendo esta respuesta: «Chiara Luce (Luz) es el nombre que he elegido para ti. Es la luz del Ideal que vence al mundo».

Así, la muchacha pudo despedirse de la vida, feliz de llevar ese nombre nuevo que es también la herencia que quiere dejar al mundo: Chiara Luce Badano, un verdadero programa del corazón, del alma y de los ojos, convertido en un regalo para todos. (Así como lo fueron las córneas —el único órgano que le quedó ileso— que decidió donarlo después de la muerte). Mientras, con su amiga más querida, que casi no la deja nunca, Chiara está «a disposición de Dios»: sabe que Jesús está a punto de llegar y decide prepararse como se prepara una esposa. Pide un vestido blanco, sencillísimo pero elegante; manda a sus padres que se compren ropa nueva —como conviene para la boda de una hija—; elige los cantos y los ensaya con su amiga. Todo debe ser gozoso. A su madre le dice:

—Cuando me vistas no debes llorar, sino decir: ahora Chiara Luce no sufre ya, ¡ve a Jesús! Cuando entre en la iglesia tú debes cantar, porque yo cantaré contigo.

Quiere que todos se armonicen con el cielo:

—¡Cuando llega al cielo una muchacha de dieciocho años, es una fiesta!

Murió en la fiesta de la *Virgen del Rosario*, acariciando la cabeza de su madre y diciéndole:

—Adiós, mamá, sé feliz porque yo lo soy.  
«Supo convertir su pasión en canto nupcial», escribirá luego de ella Chiara Lubich.  
Días antes, como pensativa, la chica había dicho a su madre:  
—¿Quién sabe quién saldrá a recibirme cuando llegue al Paraíso?  
Y su madre, de pronto:  
—¡La primera será sin duda la Virgen!  
Y Chiara:  
—¡Calla! ¡No me quites la sorpresa!

\*\*\*

Todos los jóvenes santos han sufrido, no porque el sufrimiento sea necesario a la santidad de los jóvenes, sino por el sencillo hecho de la breve edad en que han terminado su existencia, truncada por la enfermedad o la violencia. Pero el sufrimiento no es el punto de vista desde el que juzgar su santidad; lo es en cambio el milagro de una plenitud de amor que se alcanza en tan breve tiempo y en situaciones dramáticas.

Una persona joven que sufre alcanza siempre una objetiva sacralidad, pero su santidad depende luego del diálogo que sabe mantener con Cristo, en el gozo y en el dolor. Si es verdad que todos estamos llamados a la santidad, Dios se acerca particularmente a todos los jóvenes que sufren y les ofrece gracias especiales para que ese santo proyecto se realice. Tantas veces el éxito de este *acercarse a Dios* y de ese *acercarse de Dios* queda escondido o se muestra solo fugazmente, ya sea por la diversa actitud de quien sufre, o por las posiciones adoptadas por parientes, educadores, amigos, médicos...

Pero cuando se produce una particular santa irradiación (como en el caso de los jóvenes y niños santos que hemos recordado), entonces es prudente estudiar con atención cómo se han entrelazado la pedagogía de Dios y la de los hombres. Podríamos decir que en los jóvenes santos —en los cortos años de su vida terrena— se cumple la fascinante aventura de una juventud que no se marchita, tampoco cuando el cuerpo muestra su disolución. Y es un milagro de comunión, en que trabajan juntos la gracia de Dios y la humilde buena voluntad de la criatura, sin que se pueda siempre distinguir la acción divina de la humana, porque las dos son fruto de un amor que es siempre *único*.

Además, en la vivencia de los santos jóvenes, está siempre actuando una particular pedagogía divina; con ellos y por ellos Dios debía «tener prisa» en el amor; Él ha debido ser muy abundante en sus dones, y la criatura muy generosa en la respuesta.

A nosotros nos queda observarlos bien, comprender por qué y cómo la pedagogía de Dios ha podido afirmarse y alcanzar los resultados queridos por el cielo.

## VIII. MORIR SANTOS

BAJO ESTE TÍTULO, QUEREMOS AHORA recordar a los santos laicos, cuya característica es solo la de ser simples cristianos situados vocacionalmente *en el mundo*. Son llamados, por el hecho de su bautismo, a hacerse santos en el sagrado espacio de la cotidianidad, «a hacer presente y operante a la Iglesia en aquellos lugares y circunstancias en que solo puede llegar a ser sal de la tierra a través de ellos» (*Lumen Gentium*, n. 33). Si, por tanto, todo creyente aprende a ofrecer al Espíritu Santo su entera existencia, el laico bautizado se la ofrece igualmente, pero en el mundo.

La familia y el trabajo son los “lugares del mundo” en los que los laicos cristianos conviven entre sus iguales, los demás hombres corrientes, tratando la misma materia mundana, pero asumiéndola eclesialmente. Ellos llaman «amor» al trabajo debido a las personas y llaman «trabajo» al amor debido a las cosas, pero todo es para la construcción de la propia familia.

*Así* se convierten en sacerdotes del mundo, porque se dedican a consagrarlo a Dios, en su misma *materia*, humana y terrena, «haciendo eucaristía de todas las cosas».

*Así* anuncian a Cristo en las comunes condiciones del mundo: a medida que la Palabra se hace vida en su vida, y a medida que su entera existencia resuena como una palabra de salvación en medio del bullicio del mundo. Y, sobre todo, lo anuncian de una generación a otra, mediante la transmisión más esencial, comunicándolo vitalmente a sus propios hijos.

*Así* permiten a Cristo reinar, honrándolo en el servicio que prestan libremente en todos los ambientes.

Perteneciendo al Señor Jesús y edificando su Iglesia en el mundo, los laicos son “sencillamente cristianos” y, cumpliendo su misión con gozosa obediencia, pueden devenir “sencillamente santos”. Eso no impide que su existencia pueda alcanzar, y en casos verdaderamente numerosos, cotas de verdadera y heroica fidelidad. Pero la palabra *santos* tiene el mismo sonido que tenía al principio de la experiencia cristiana, cuando servía para señalar a todos los bautizados «llamados a ser santos» (1 *Cor* 1, 2)[1].

\*\*\*

BEATA ELISABETTA CANORI MORA (1774-1825)

Elisabetta Canori pertenecía a una antigua familia romana. A los veintidós años se casó con el joven abogado Cristoforo Canori, pero la felicidad de los dos jóvenes fue pronto destruida por la fragilidad psicológica y emotiva del marido. Este, atraído por las lisonjas de una mujer de baja condición, dilapidó el patrimonio familiar, reduciendo a la familia a la indigencia y llegando al hogar a altas horas de la noche.

Sacando fuerzas de una oración intensa y del convencimiento que el sacramento del matrimonio le daba de manera preciosa e indisoluble, Elisabetta optó entonces por una

total fidelidad al marido y a las dos hijas que mantenía fatigosamente con su propio trabajo. Honraba el sacramento recibido, aunque se veía obligada a hacerlo sola, adentrándose en un terreno “místico”, hecho de caridad inagotable, de ayuda prestada a otras familias con dificultades, de educación atenta de sus hijas y de familiaridad con Jesús su Esposo, que la ayudaba con prodigios de amor.

El marido —que no estaba en paz ante aquella fidelidad y honor que no sabía merecer— se refugiaba en la burla, pero la santidad de su mujer le iba trabajando interiormente. Después de la muerte de ella, Cristoforo se convertirá, hasta hacerse fraile franciscano conventual y llegar a ser sacerdote.

En los últimos tiempos, Elisabetta decía al confesor:

—A veces estoy dulcemente invadida por el espíritu del Señor, como inmersa en un vasto océano. Me encuentro colmada de gracia, sobrecogida por el amor; dilato mi corazón, lo agrando lo más que puedo, mientras quisiera amar a mi Dios cuanto lo ama todo el paraíso.

Desde un año antes o más, había previsto el día exacto de su muerte; incluso Dios se lo había hecho gustar momento por momento mediante una visión.

—Me parecía expirar en brazos de Jesús y de María —relató ella misma—, gozando de un paraíso de contento.

Al acercarse el fatídico día, dijo a las hijas:

—Os dejo por padre a Jesús Nazareno.

Luego les recomendó que respetasen y ayudasen siempre a su padre.

San Juan Pablo II la beatificó en 1994, definiéndola como *mujer de heroico amor*.

#### VENERABLE MARGHERITA OCCHIENA MADRE DE SAN JUAN BOSCO (1788-1856)

Era una joven campesina analfabeta, pero se reveló como una esposa y una madre de rara perfección, con dotes innatas de educadora. Acompañó con ilusión la vocación de su hijo, infundiéndole su inmensa fe y observando desde lejos, admirada, la obra que iba realizando, continuamente rodeado de turbas de muchachos necesitados de todo. Cuando Margherita llegó a los cincuenta y ocho años (edad más bien avanzada para aquellos tiempos) su hijo —en una situación de particular emergencia— le pidió que fuese a vivir con él y le ayudase en su misión.

—Si piensas que esto agrada a Dios, estoy pronta a partir enseguida.

Vendió algún trozo de tierra, para disponer al menos de un poco de dinero en metálico, y se llevó consigo el ajuar de boda, que había conseguido mantener intacto en aquellos años difíciles. Ambos se encaminaron a Turín a pie y, agotados, llegaron por fin al apartamento alquilado en la casa Pinardi, en la zona periférica de Valdocco: una habitación para Margherita y otra para don Juan, una tercera debía servir de cocina, y otra, la última, para los huéspedes. Detrás de la casa había un largo cobertizo que debía servir de capilla para los chicos. Para las actividades con los chicos había cerca un vasto prado, y allí fue donde más de doscientos muchachos recibieron a don Bosco, que había vuelto trayéndose con él a su mamá. Ella comenzó confeccionando algunos ornamentos sagrados para el hijo, sirviéndose de su precioso vestido de boda, que había conservado

cuidadosamente. Y el resto del ajuar lo adaptó para ropa blanca de casa. El anillo de boda y la cadena de oro de esposa sirvieron para pagar el primer alquiler.

Mamá Margherita dirigía un taller de plancha y remiendo, donde venían a ayudarla algunas colaboradoras, y se encargaba además del vestuario y el lavadero de la comunidad. Cuando vinieron a menos las fuerzas, fue obligada a guardar cama, y su habitación fue meta de peregrinación de muchachos que llegaban para interesarse por su salud; venían sobre todo los seminaristas y discípulos que estaban con don Bosco, que querían seguir con su obra. Cuando llegó la hora de recibir el viático, Margherita dijo a duras penas a su hijo:

—Cuando eras niño yo te ayudaba a recibir los sacramentos. Ahora te toca a ti ayudar a tu madre: no consigo pronunciar bien las palabras, dilas tú en voz alta y yo las repetiré con el corazón.

Luego, aunque siempre había evitado las expresiones afectuosas, añadió:

—Dios sabe cuánto te he querido, hijo, y te amaré aún más desde el cielo.

Su pensamiento se desplazó de modo natural a los innumerables hijos que aguardaban al otro lado de la puerta, llenos de dolor:

—Di a nuestros queridos hijitos que he trabajado por ellos, y que los quiero como una madre. Que me recuerden en la oración y reciban al menos una vez la comunión ofreciéndola por mi alma.

Murió a las tres de la mañana del 25 de noviembre de 1856, a los sesenta y nueve años. Desde el día del matrimonio, había vivido todos aquellos años, hasta la última hora, haciendo de madre.

#### BEATO FEDERICO OZANAM DOCENTE UNIVERSITARIO (1813-1853)

Nació en Milán en 1813, de padres franceses. Pasó la infancia y la juventud en Lyon, ciudad presa de la fiebre industrial, donde los dramas de la sociedad y de la Iglesia del tiempo eran más agudamente perceptibles. Se adentró con éxito en los estudios y a los dieciocho años marchó a París para inscribirse en la *Facultad de Derecho y Letras* de la Sorbona. De 2700 estudiantes como estudiaban allí, solo una docena se reconocían como cristianos. Federico comenzó a rebatir, con intervenciones escritas y orales bien argumentadas, las acusaciones e insinuaciones anticristianas que los docentes difundían desde sus cátedras, organizando también, con sus amigos, conferencias de historia y filosofía.

Inmerso en aquella fiera batalla cultural, una sola objeción lo golpeaba a fondo, la de quienes le preguntaban: «Decid, ¿qué hacéis vosotros, los estudiantes católicos, por los pobres?». Nacieron así, con el mismo ímpetu misionero, las *Conferencias de san Vicente de Paúl*, de modo que fe y caridad, cultura y acción social pudiesen desarrollarse armónicamente. Al comienzo fueron solo ocho universitarios, pero llegaron a dos mil en ocho años, solo en París. Después de veinte años, en toda Francia se contaban más de quinientas *Conferencias de san Vicente*.

Entretanto, Ozanam se había convertido en uno de los más jóvenes y apreciados docentes universitarios, y le fue encargada la cátedra de *Literatura extranjera* en la

Sorbona. Estudiando las distintas literaturas y su origen, Ozanam reaccionó eficazmente y de manera documentada ante la tesis entonces de moda que veía en el cristianismo la causa de la decadencia de las antiguas civilizaciones romana, francesa, germánica. Por el contrario, en sus lecciones demostraba la fecundidad de su encuentro con el cristianismo. Sacaba de ahí, incluso, una razón de la situación eclesial de su tiempo. También esa situación debía enseñarnos a «pasar a [ocuparnos de] los bárbaros». Era una invitación dirigida a la Iglesia —aliada desde siglos con los tronos y los burgueses— para que supiese finalmente aliarse «con el pueblo que tiene demasiadas necesidades e insuficientes derechos». Esta era, según Ozanam, la verdadera respuesta cristiana a las continuas insurrecciones de los pobres y obreros, que se sucedían en la Francia de aquellos años.

Casado con Amelia Soulacroix y padre de una niña, Federico vivía la vida conyugal y familiar con la más completa conciencia del sacramento del matrimonio, realizando también en este campo la plena identidad de cristiano laico, tratando de enraizar el evangelio en el mundo temporal.

El modo en que vivió su vocación de esposo y padre queda bien claro por un gesto que tuvo en el último aniversario de su matrimonio (quince días antes de morir, a los cuarenta años): paseando a lo largo de una playa en Antignano, vio una rama de mirto florido que en la antigüedad era símbolo de amor y de belleza. Lo recogió y lo regaló a su mujer con una poesía suya:

Tú, mi ángel custodio, quédate aquí,  
pero será tu oración la que me abra el paraíso.  
Tú quédate aún un poco para acompañar a la niña,  
la tierna niña que es causa de nuestra alegría.  
Haz que piense en mí, pero dale tus virtudes.  
Nos encontraremos allí donde se ama para siempre  
y nos daremos a los ojos mismos de Dios  
el largo abrazo que ya nunca acabará.

Murió después de renovar, junto a su mujer, las promesas conyugales. A quien le preguntaba si no temía el encuentro con Dios, le respondió:

—¿Por qué he de temerle? ¡Si yo lo amo!

SANTA CELIA GUÉRIN (1831-1877) SAN LUIS MARTIN (1823-1894)

Son los padres de santa Teresa de Lisieux, que nos dejó de ellos este testimonio: «El Señor me dio un padre y una madre más dignos del cielo que de la tierra. He tenido la fortuna de pertenecer a padres sin igual. Dios me hizo nacer en una tierra santa».

Celia y Luis tuvieron nueve hijos. Cuatro de ellos murieron en su tierna edad, y Celia recordaba así los años pasados con ellos: «No vivíamos más que para ellos, esta era nuestra felicidad, y no la encontrábamos sino en ellos. En suma, todo nos resultaba

facilísimo, el mundo ya no nos pesaba. Para mí era la gran compensación, por eso deseaba tener muchos, para criarlos para el Cielo».

Los embarazos eran difíciles y Celia contaba: «He visto muchas veces a mi marido preocuparse a este respecto por mí, que por el contrario estaba tranquilísima y le decía: No tengas miedo, el buen Dios está con nosotros».

Teresa pudo conocer a su madre solo en los primeros cuatro años de vida, pero escribía: «El buen Dios me ha hecho la gracia de despertar mi inteligencia muy pronto. Sin duda quería, en su amor, darme a conocer a la Madre incomparable que me había dado, pero su mano divina tenía prisa de coronarla en el cielo». Y lo que más recordaba era haber considerado enseguida los brazos de su mamá como una «custodia paradisiaca», y haber aprendido de ella a rezar: «Yo amaba mucho a Dios, y le ofrecía el corazón según la pequeña oración que mamá me había enseñado». Así era, hasta el punto de que la pequeña comprendió que su madre había muerto la mañana en que, llevada a casa de unos amigos, percibió que nadie se preocupaba de que rezara las oraciones.

Celia murió prematuramente por un tumor, tras indecibles sufrimientos que aceptó con total y santa resignación. Al final del último trágico diciembre de su vida, afirmaba:

—Soy como los niños que no se preocupan del mañana, espero siempre la felicidad.

Así describió una de sus hijas sus últimos días: «Cuando está cansada de tener la cabeza apoyada, la levantamos muy despacio con las almohadas hasta dejarla completamente sentada. Pero esto no sucede nunca sin dolores increíbles, porque el más pequeño movimiento le hace emitir gritos angustiosos. Y con todo, ¡con qué paciencia y resignación soporta esta triste enfermedad! No deja nunca su rosario. Lo reza siempre, a pesar de sus sufrimientos, y estamos todos admirados, porque tiene un valor y una energía inigualable. Hace quince días rezaba aún su rosario completo, arrodillada a los pies de la santa Virgen de su habitación, a la que amaba tanto. Viéndola tan enferma, yo quería que se sentase, pero era inútil».

Murió al alba del 28 de agosto de 1877. Las últimas líneas escritas por ella fueron: «Si la santa Virgen [de Lourdes, donde había ido en peregrinación] no me guarda es porque mi tiempo ha terminado y el buen Dios quiere que descanse en otro sitio que la tierra».

Luis Martín, su amadísimo esposo, la sobrevivió diecisiete años, cuidando a las hijas con tal ternura que Teresa lo consideraba una imagen terrena de «papá el buen Dios». Los años pasados con él los cuenta, en la autobiografía que ella escribió, enriquecida con mil detalles de este género: «Me bastaba mirarlo para saber cómo rezan los santos»; «cuando pienso en tí, querido papá, pienso instintivamente en el Señor, porque me parece imposible ver sobre la tierra a nadie más santo que tú». La enfermedad de su padre coincidió con los primeros años de la vida de Teresa en el Carmelo, y ella aprendió, mirándolo, cómo se logra seguir siendo siempre hijos de Dios, como Jesús desfigurado por el sufrimiento.

En el último encuentro que tuvo ella y su hermana con su padre enfermo, tras las rejas del convento, cuando las hijas le dijeron «hasta luego», Luis solo pudo alzar fatigosamente los ojos y señalar arriba con el dedo. Quedó así un poco, y luego consiguió silabear:

—¡En el cielo!

En la casa de cura donde estaba, lo asistían como se asiste a un santo. Tenía aún momentos buenos, y todos veían que la orientación de su corazón y su mente era siempre la misma.

—Pide a san José que yo pueda morir como santo —susurró un día a la hija que lo visitaba.

Murió a los setenta y un años, mirando fijamente a la hija que a su lado recitaba la bella oración que comienza: «Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía...».

Algunos años antes, Teresa había escrito proféticamente: «Pronto estaremos en nuestra tierra natal, pronto los gozos de nuestra infancia, las tardes de domingo, nuestras conversaciones secretas. Todo eso nos será devuelto para siempre, y con intereses. Jesús nos devolverá las alegrías de las que nos ha privado por un instante. Entonces, de la cabeza radiante de nuestro querido papá veremos salir oleadas de luz y cada uno de sus blancos cabellos será como un sol que nos llenará de gozo y felicidad».

#### BEATO GIUSEPPE TOVINI ABOGADO (1841-1897)

Nacido en la provincia de Brescia casi en la segunda mitad del siglo XIX, vivió una época en la que «habían tomado auge ideologías contrarias a la tradición católica del país».

Se especializó en jurisprudencia, y ejerció la abogacía con una «competencia jurídica y forense fuera de lo común», ejerciendo la profesión con verdadera pasión misionera. Un amigo pudo decir de él: «Nunca trabajó por dinero, trabajó bastante por los pobres».

Sin descuidar nunca las obligaciones familiares y profesionales que lo asediaban — reduciéndolas a lo esencial, por la premura de los tiempos—, se puede decir que todo el resto de fuerzas, inteligencia y corazón, lo dedicó a la misión de hacer presente y activa la fe en la sociedad de su tiempo. Consideró un compromiso prioritario la presencia cristiana en los ámbitos de la escuela (que definía como «nuestras Indias») y de la educación. *Clases vespertinas de instrucción, Bibliotecas circulantes, Círculos de lectura y recreo, Patronato de Estudiantes, Círculos Científicos Universitarios, Obra para la Conservación de la Fe en las Escuelas, Pensionado para universitarios, la Liga de los Docentes Católicos* (con fines de previsión y seguros) son solo algunas de sus iniciativas. Fue uno de los dirigentes de la *Obra de los Congresos*, y el primer católico elegido en el consejo comunal de Brescia, entonces en manos de la izquierda liberal y laicista.

Pero también intervino en el ámbito del periodismo, de la banca, de las sociedades obreras y de la universidad. Participó en la fundación de numerosas cajas rurales, de la *Banca San Paolo* de Brescia, y del *Banco Ambrosiano* de Milán. En 1893 dio vida a la revista *Escuela Italiana Moderna*, primer periódico nacional de carácter pedagógico y didáctico.

Casado y padre de diez hijos (a los que enseñaba que «para hacer el bien, hay que hacer algo grande») consideró siempre «la Iglesia como su familia, y su familia como la Iglesia». Lo que le abandonó, en pleno fervor de su actividad, fue la salud, siempre precaria. Los pulmones quedaron atacados por la tuberculosis y tenía fiebre casi

constantemente, pero era más bien expresión de una fiebre interior aún más ardiente. Los continuos viajes —también bajo la intemperie—, congresos, discursos y vigili­as le hacían sentir lo desgastado que estaba su pobre cuerpo. Murió a los cincuenta y cinco años, exhausto. La última tarde debió intervenir la mujer para quitarle de las manos el último caso en que le pedían intervenir a favor de un instituto religioso.

—Tú eres mi Paraíso —le decía José en aquellos días, mirándola con el afecto de siempre.

Y la mujer, buena cristiana, se inquietó un poco, pensando ser para él como una distracción en aquella hora solemne. Pero Tovini había considerado la Iglesia entera como su familia, trabajando para custodiarla y conseguirla (¡sí, a la Iglesia!) incluso el pan material, y todos los bienes necesarios. Y en aquella su última mirada de moribundo, agradecido por las ternuras de su propia esposa, reconocía la realidad velada por el sacramento.

### SAN GIUSEPPE MOSCATI MÉDICO (1880-1927)

Nacido en Benevento, se inscribió en 1897 en la Facultad de Medicina de la Universidad de Nápoles, desafiando conscientemente el ambiente positivista y prácticamente ateo y saliendo indemne, incluso enamorado de su fe y de su virginal dedicación a Cristo Señor.

Licenciado por unanimidad en 1903, eligió el Hospital de Incurables, donde comprendió mejor el sentido que podía dar al ejercicio de su profesión, entendida como un incansable servicio apostólico, pero también como deber de cultivar a fondo su propia preparación científica en la más estrecha unión entre ciencia y fe, entre profesionalidad y caridad. Expresaba esa unidad en la atención completa que quería prestar a sus pacientes. En situaciones de emergencia —como la erupción del Vesubio de 1906, y algunos años después la epidemia de cólera— supo prodigarse hasta el límite del agotamiento, sacando fuerzas de la pasión médica y de la Eucaristía que recibía a diario.

En 1911, con la libre docencia, tuvo también el encargo de la enseñanza universitaria y produjo numerosos ensayos científicos que le dieron fama mundial. No descuidaba nunca las visitas a domicilio, dedicadas sobre todo a los enfermos pobres. De ellos no aceptaba pago, y asumía incluso los gastos de las medicinas que prescribía. Se había fijado como ideal *amar a Dios sin medida en el amor, sin medida en el dolor*. Vulgarmente agredido por colegas masones y anticlericales que se proponían destruirlo y aniquilarlo, no escondía nunca su fe.

De su muerte no sabemos casi nada, porque llegó por un mal inesperado. Pero solía hablar de ella como si tuviera una cita. A quien le preguntaba si temía a la muerte, le respondía:

—Yo hasta ahora no tengo ese temor y me parece, con la ayuda de Dios, que no lo tendré nunca.

Añadía también:

—Para quien está preparado, la muerte repentina es la mejor.

Murió a los cuarenta y siete años, y finalmente incluso sus adversarios le tributaron el honor debido a su ciencia y a su caridad. Mientras discurría el cortejo fúnebre por las

calles de Nápoles, con un inmenso acompañamiento de docentes, estudiantes y gente humilde, un viejito se acercó a la mesita que pusieron en la entrada de la casa de Moscati y escribió con mano trémula en el libro de condolencias: «Nosotros lo lloramos porque el mundo ha perdido a un santo, Nápoles un ejemplo de toda virtud, y los enfermos pobres lo han perdido todo». Fue canonizado por san Juan Pablo II en 1987, al término del Sínodo de Obispos sobre la *Vocación y Misión de los laicos en la Iglesia*.

#### SIERVA DE DIOS MADELEINE DELBRËL ASISTENTE SOCIAL (1904-1964)

A los diecisiete años era ya una muchacha profundamente convencida de su ateísmo. El problema de la fe se lo plantea, pero no por buscar su consuelo. Escribía: «Cien mundos aun más desesperados de este en que vivo, no me hubieran hecho vacilar, si me hubiesen propuesto la fe como consolación».

La hizo vacilar, en cambio, un suceso imprevisto: «El encuentro con cristianos ni más viejos, ni más estúpidos, ni más idealistas que yo, que vivían la misma vida, discutían como yo, bailaban como yo. Incluso tenían en su activo alguna superioridad: trabajaban más que yo, tenían una formación científica y técnica que yo no tenía. Hablaban de todo, pero también de Dios, que les parecía tan indispensable como el aire. Estaban a gusto con todos, pero —con una impertinencia que llegaba incluso a excusarles— mezclaban en todas las discusiones, en los proyectos, en los recuerdos, palabras, ideas, algo a propósito de Jesucristo. Hubieran podido invitar a Cristo a sentarse, y no hubiese parecido más vivo».

No estando ya segura de la inexistencia de Dios, decidió que debía comenzar a rezar. Y entonces ocurrió el milagro. Más tarde usará sin dudar el término “abajamiento”, y dirá: «Luego, leyendo y reflexionando, he encontrado a Dios; pero rezando *he creído que Dios me encontraba*, y que Él es la verdad viviente que se puede amar como se ama a una persona». Pensó entonces en hacerse carmelita, pero, como la situación familiar no se lo permitía, decidió vivir como contemplativa en el mundo. Tenía claro este proyecto: «Ser voluntariamente de Dios, en la medida en que una criatura humana puede querer pertenecer al que ama. Ser voluntariamente propiedad de Dios, de la misma manera total exclusiva, definitiva, pública con que lo es una religiosa que se consagra a Dios».

Para estar en estrecho contacto con los pobres y los obreros, eligió ser asistente social. Junto a tres compañeras se estableció en Ivry (una ciudad cercana a París), y abrió allí un *Centro de Acción Social*. En 1938 Madeleine les dio un texto programático: *Nosotros, gente de la calle*, una proclama para afirmar que somos cristianos para los que «la calle» —esto es, el lugar del mundo en que Dios los pone— es «el lugar de la santidad», como lo es el monasterio para las personas consagradas. Vivió largo tiempo en plena “tierra marxista”, distinguiendo cuidadosamente entre las personas que Dios le confiaba y su ideología, sin miedo a comprometerse en toda justa causa.

Tenía solo sesenta años y ya se sentía cansada, pero seguía sintiendo una extrema repugnancia ante el pensamiento de la muerte. Decía, sintiéndose algo culpable:

—Probablemente me bautizaron a medias.

Pero se consolaba al pensar que «también Jesús sentiría cierta indignación cada vez que se encontraba ante la muerte». Su capacidad de empatía amorosa con los demás estaba intacta. Una foto de julio de 1964 (tres meses antes de su muerte) la muestra agachada delante de una niña, y entre ellas hay una peonza que gira.

El 13 de octubre de 1964, en Roma —por primera vez en la historia de la Iglesia— un laico tomaba la palabra en el aula conciliar, para hablar a todos los obispos del mundo sobre el tema del apostolado de los laicos.

En esa misma tarde, en Ivry, Madeleine caía sobre su mesa de trabajo: se había ido sin molestar a nadie... En su misal, las compañeras encontraron algunas palabras de diez años atrás, escritas por ella para conmemorar el trigésimo aniversario de su conversión. Para marcar su propio radical abandono en Dios, madurado en aquellos años, había escrito:

Yo quiero lo que Tú quieres  
sin preguntarme si lo puedo  
sin preguntarme si lo deseo  
sin preguntarme si lo quiero.

#### SIERVO DE DIOS GIORGIO LA PIRA ALCALDE DE FLORENCIA (1904-1977)

Nacido en la provincia de Ragusa, después de un fuerte desquiciamiento juvenil volvió a Dios. Sucedió tras encontrarse con un docto y santo sacerdote que le abrió el mundo de la fe y de la oración, haciéndole intuir que la vida estaba hecha «para lanzar miles de puentes entre la tierra y el cielo». La mente y el corazón del hombre —proseguía el anciano— eran «ventanas abiertas hacia el mundo sobrenatural». Giorgio se mudó entonces a Florencia para estudiar Derecho Romano, y a los treinta años era ya profesor universitario.

Elegido miembro de la *Asamblea constituyente* de la República italiana, fue luego diputado y ministro de Trabajo. En 1951 fue elegido alcalde de Florencia, ciudad que administró repetidamente según este principio político: «En toda ciudad digna de este nombre, cada uno debe tener una casa que amar, una escuela para aprender, una oficina para trabajar, un hospital para curarse, una iglesia para rezar. Y luego muchos jardines para que los niños puedan jugar y los ancianos puedan descansar en santa paz».

Se tomaba sobre todo muy en serio el papel de Florencia en el mundo. Florencia era para él la ciudad de la belleza, donde la fe cristiana y el humanismo se habían besado para siempre. Florencia era la ciudad de los sueños, que encarnaba los sueños de todas las ciudades. Y La Pira decidió convocar en ella, en peregrinación de amistad, de paz y de cultura, a los representantes de todos los pueblos. Comenzó organizando cada año los *Congresos para la Paz y la Civilización cristiana*, invitando a dialogar a hombres de cultura de toda extracción (había árabes, hebreos, africanos...), sobre temas que él mismo establecía.

El primer congreso tuvo por título *Civilización y paz*. En los años sucesivos siguieron: *Oración y poesía*, *Cultura y Revelación*, *Esperanza teológica y esperanzas humanas*,

*Historia y profecía*, con un número siempre creciente de participantes. Eran los años de la posguerra, cuando las naciones estaban aún replegadas sobre sí mismas, y el diálogo era casi inexistente. La Pira había hecho restaurar el Salón de los Quinientos, en el Palazzo Vecchio, y lo había dejado rutilante de belleza: aquí acogía a sus huéspedes, los hacía sentirse a gusto, les escuchaba e interrogaba, orgulloso de aquel «Concilio de las Naciones» aún no universal, pero ya significativo.

Sin embargo, sufría porque no era aún posible hacer atravesar el telón de acero a los representantes del este europeo. Inventó entonces, en 1955, el *Congreso de alcaldes de todas las capitales del mundo* y fue la primera vez que se reunieron en Occidente el alcalde de Moscú y el de Pekín. Esto le permitió establecer relaciones vetadas para el resto, y pudo ir a Rusia, en 1959, como primer político occidental invitado a hablar en el Kremlin.

A pesar del inmenso crédito que La Pira había obtenido en el mundo entero, pasó los últimos diez años de vida olvidado y apartado por todos, considerado idealista y soñador. Para confortarlo y serenarlo había solo un anciano sacerdote (don Facibeni, conocido en Florencia por su inmensa caridad, al que todos llamaban «el Padre»), que con mucha dulzura le recordaba la verdad más consoladora: «Dios no nos abandona nunca. Él está con nosotros: en nuestras manos, en nuestros ojos. Cuando Dios parece abandonarnos es porque quiere hacer con nosotros una obra mayor que nosotros».

Recibió el más hermoso reconocimiento después de su muerte, cuando quisieron llevar su féretro los obreros de una fundición, a los que La Pira había asegurado —luchando con ellos y por ellos— el puesto de trabajo. Se le definió como *el santo de la esperanza cristiana*.

#### SANTA GIANNA BERETTA MOLLA PEDIATRA Y MADRE (1922-1962)

Nació en Magenta, en la provincia de Milán, de una familia con sólidas raíces cristianas. Escogió los estudios de medicina y se especializó en pediatría, también porque soñaba reunirse con un hermano médico que se había hecho misionero capuchino en Brasil.

Fue decisivo su encuentro con el ingeniero Pietro Molla, al cual se unió en matrimonio, deseosa de vivirlo como encarnación del infinito amor de Dios por sus criaturas. La casa se alegró con la llegada de tres niños. En el verano de 1961, Gianna anunció un nuevo embarazo, que recibió con alegría, aunque no faltaban preocupaciones por un fibroma que le crecía al lado del útero. Le aconsejaron repetidamente que abortara, pero Gianna lo rechazó de manera absoluta, poniéndose de acuerdo con su marido para salvar ante todo al hijo. La niña nació hermosa y sana, pero Gianna murió pocos días después, contenta por su sacrificio y su obediencia a Dios.

La explicación más profunda de una elección así la dio el marido: «Lo que ha hecho no lo ha hecho “para ir al Paraíso”. Lo ha hecho porque se sentía madre. Para comprender la decisión no se puede olvidar, en primer lugar, su profunda persuasión como madre y como médico, de que la criatura que portaba en ella era una criatura completa, con los mismos derechos que sus otros hijos, aunque solo llevara apenas dos meses en su vientre. Era un don de Dios, al que se debía un respeto sagrado. No se puede tampoco

olvidar el gran amor que ella tenía por los niños: los amaba más que a sí misma. Y no se puede olvidar su confianza en la Providencia. Estaba persuadida, en efecto, como mujer y como madre, de ser utilísima a mí y a nuestros hijos, pero sobre todo de ser *indispensable*, en aquel preciso momento, para la pequeña criatura que estaba naciendo en ella».

Gianna Beretta Molla se apoyó en esta evidencia de fe: ofreció la vida, consciente de que, sin ella, Dios podía proteger a los otros niños, pero que *ni siquiera* Dios podría proveer a la criatura que llevaba en su seno, si ella la rechazaba. Era una madre cristiana, sabía que llevaba a la Providencia en su propio seno.

Mientras la madre estaba aún en el lecho de muerte, la niña fue llevada a la iglesia y bautizada con el nombre de Gianna Emanuela: el nombre de la madre unido al nombre de ese Jesús que es “Dios con nosotros”.

Luego el padre consagró la niña a la Virgen, como a Gianna le gustaba hacer siempre. No estaba preparada la tumba de familia, y entonces el párroco, conmovido, puso a disposición la capilla central del cementerio. Así el féretro se colocó en la tumba de los sacerdotes, quizá una señal de delicadeza por parte de Dios, ante el sacrificio de esta madre.

#### SIERVO DE DIOS JÉRÔME LEJEUNE CIENTÍFICO GENETISTA (1926-1994)

Apasionado por la ciencia desde la infancia, se dedicó al estudio del síndrome de Down, demoliendo antiguos prejuicios. Ayudado también por su sensibilidad cristiana (como una forma de primaria simpatía entre razón y fe), intuyó que hablar de “idiotia mongoloide” como era habitual entonces, era una diagnosis errónea e injusta. Tratando a esos niños que sufrían, comprendió que ciertamente estaban afectados sus procesos mentales e intelectivos, pero no su humanidad, que en ciertos aspectos resultaba incluso más delicada (en la memoria, en la afectividad, en la sensibilidad, en la sociabilidad, en la ausencia de agresividad y sobre todo en la capacidad, sumamente humana, de *admiración*).

Estudiando la formación del embrión —a la búsqueda de eventuales anomalías genéticas—, descubrió que en el origen de la enfermedad había una anomalía cromosómica, que llamó “trisomía 21”. Más tarde, para explicar esa anomalía, se servirá de esta metáfora musical: «A la sinfonía que es este ser humano le sucede lo que pasaría si, en una orquesta, un solo músico acelerase por su cuenta la ejecución de la partitura, perturbando la armonía del conjunto». Para Lejeune, elegir una metáfora artística para explicarse era también un modo de unir ciencia y caridad. El descubrimiento le dio al principio fama mundial; recibió muchos prestigiosos reconocimientos internacionales y se creó para él la cátedra de genética fundamental en la facultad de Medicina de París. Convencido de haber dado el primer paso fundamental para que fuese posible curar a esos niños desde el seno materno, descubrió a continuación y con inmenso dolor que en muchos Estados se presentaban proposiciones de leyes para permitir el aborto en el caso de que se diagnosticara un feto malformado.

Así, su descubrimiento se desvirtuaba. Lejeune luchó con todas sus fuerzas contra lo que consideraba «la negación de la medicina, y de toda fraternidad biológica». Fue por ello marginado y objeto de burlas.

Un juicio autorizado sobre su vida es el testimonio que nos ha dejado otro santo contemporáneo suyo, san Juan Pablo II, que lo recordó así el día de su muerte: «El profesor Lejeune ha sabido siempre utilizar su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos para el verdadero bien de la humanidad y del hombre, y solo para esto. Ha sido uno de los más ardientes defensores de la vida, sobre todo de la vida de los hijos concebidos aún no nacidos, que en nuestra sociedad está amenazada hasta el punto de hacer pensar en una amenaza programada... Él asumió plenamente la responsabilidad específica del científico... Nos encontramos hoy ante la muerte de un gran cristiano del siglo XX, de un hombre para quien la defensa de la vida se había convertido en apostolado».

En aquel 1994, el propio papa Juan Pablo II había querido nombrarlo primer presidente de la *Pontificia Academia para la Vida*, incluso sabiendo que «su hermano Jérôme» estaba ya moribundo. Y él dijo sonriendo, con su buen humor habitual:

—El papa ha hecho un acto de esperanza nombrando a un moribundo: moriré en “acto de servicio”.

El Viernes Santo de aquel mismo año, le dijo al sacerdote que acudió para administrarle los últimos sacramentos:

—Nunca he renegado de mi fe.

Si en el lecho de muerte le hubiesen pedido resumir el Evangelio en una sola frase, Lejeune hubiera respondido: «Cuanto hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños —dice Jesús—, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*).

#### SIERVO DE DIOS JACQUES FESCH CONDENADO A MUERTE (1930-1957)

Nació en Francia de una familia acomodada de origen belga. Sin embargo, creció, según sus propias palabras, «en un ambiente familiar detestable, hecho de gritos en los momentos cruciales, y de malestar y dureza después de las crisis. Sin respeto, sin amor... Mi padre, un hombre encantador a su modo para los extraños, tenía de hecho un espíritu sarcástico, orgulloso y cínico. Ateo hasta el extremo, a pesar del éxito profesional, se sentía a disgusto con una vida que no le había procurado más que desengaños y desilusiones. Desde muy joven, yo me alimenté de sus máximas, no podía hacer otra cosa».

Casado civilmente, Jacques tuvo una niña, pero abandona la familia para darse una vida vacía y desordenada. Decidido a buscar aventuras en la lejana Polinesia, pide al padre la suma necesaria para adquirir un barquito. Como se niega, organiza un atraco que concluye trágicamente con el asesinato del agente que va a detenerlo. Queda preso en la cárcel de la Santé, en París, en una celda de aislamiento, en espera del proceso. Rechaza al capellán que trata de acercarse a él, pero la gracia de Dios le llega igualmente: «Estaba una tarde en mi celda... A pesar de todas las catástrofes que se acumulaban en mi cabeza desde hacía meses, yo seguía siendo ateo convencido...

Aquella tarde, estaba en la litera con los ojos abiertos y sufría por primera vez en mi vida con una intensidad rara, por lo que se me había revelado de algunas cosas de familia, y es entonces cuando un grito me sacude el pecho, una llamada de socorro: “¡Dios mío, Dios mío!”. E instantáneamente, como un viento violento, que pasa sin que se sepa de dónde viene, el Espíritu del Señor me aprieta en la garganta».

La conversión —acompañada de «una alegría sensible fuerte»— comienza con el deseo de reconducir a Dios a sus familiares. Así, desde la cárcel envía muchas cartas al padre, a la madre, a su mujer, a su hija, en las que les comunica ante todo el milagro que le sucede cada día: «Ahora tengo de verdad la certeza de que comienzo a vivir por primera vez. Tengo paz y he dado un sentido a mi vida, mientras antes no era más que un muerto viviente». Transforma su prisión en una celda de monje y ordena su vida con una intensa experiencia de oración. Lee la vida de santa Teresa y la encuentra “luminosa”. En el proceso espera que le sirva de ayuda el testimonio de los padres, sobre las tristes condiciones de su infancia, pero la madre muere poco tiempo antes y el padre se presenta a atestiguar borracho.

Jacques es condenado a muerte, en la guillotina, en el mismo día de su cumpleaños. Después de las primeras angustias, descubre en el fondo del corazón la voz de Dios, que desde hace tiempo le dice: «Tú recibes la gracia de tu muerte». Y él concluye: «Dios se ha apoderado de mi pequeña alma». Vive los meses de la trágica espera meditando la enseñanza de la santa de Lisieux: «Todo es gracia. No voy hacia la muerte, sino hacia la vida».

A su mujer y su hija les deja un diario-testamento, en el que (con fecha 10 de septiembre de 1957) escribe: «Tengo el corazón todo rebosante de amor, especialmente cuando pienso en la santa Virgen. Con Ella no temo nada, aunque debiese sufrir mil muertes. Ella me protege sin pausa, y no paso un cuarto de hora sin dirigirle oraciones y palabras de amor. Me represento su Corazón Inmaculado coronado de espinas, como lo mostró a los pequeños pastorcitos de Fátima, y sueño con quitarle todas esas feas espinas y cerrar sus heridas con besos. Me repito la frase que la Señora ha pronunciado dirigiéndose a Lucia: “¡Tú esfuérzate al menos en consolarme!”. Sueño con consolarla también yo».

En los últimos días recibió un mechón de cabellos de su niña, que solo tenía 6 años. Le escribió: «¡Qué hermosos cabellos tienes! ¡Tengo realmente la impresión de tener a mi hijita en la celda!». Y para tranquilizar a la pequeña y a su mujer les escribe, en el diario, estas últimas palabras: «No me sucederá ningún mal y me llevarán derecho al Paraíso con toda la dulzura que conviene a un recién nacido». La mujer, Pierrette, con la que se casa religiosamente en los últimos días, le anuncia que lo acompañará recibiendo por primera vez la santa comunión. Así, Jacques puede escribir en el diario: «Yo parto con la esperanza de que Jesús estará pronto en ella y que finalmente creará. ¡Soy tan feliz! Que pueda mi sangre ser aceptada por Dios como sacrificio completo». Se prepara a vivir su ejecución como un martirio.

El 30 de septiembre de 1957, 60.º aniversario de la muerte de santa Teresa del Niño Jesús, en el *Diario* escribe: «Último día de lucha. Mañana a esta hora estaré en el cielo...

Tan miserable como soy, me han hecho el gran honor de poder imitar a Nuestro Señor Jesucristo». Ya en los primeros días de aquel último, trágico y glorioso mes había explicado cómo caminaría al encuentro de la muerte: «Yo tiendo una mano a la Virgen y la otra a la pequeña Teresa; de ese modo no corro ningún riesgo, y ellas me atraerán a sí».

\*\*\*

Esta bella imagen conclusiva de un pobre condenado a muerte, que muere como un santo dejándose conducir por las manos de la Virgen santa y de la pequeña santa Teresa de Lisieux, nos recuerda que vale también para la experiencia dramática de la muerte lo que Péguy nos enseñó sobre la solidaridad entre santos y pecadores: «El pecador tiende la mano al santo, da la mano al santo, porque el santo da la mano al pecador. Y los dos, el uno con el otro, uno tirando del otro, llegan hasta Jesús, hacen una cadena que llega hasta Jesús. Quien no es cristiano es quien no da la mano»<sup>[2]</sup>. Y también Bernanos, en *Diálogos de Carmelitas*, nos ha recordado que «no muere cada uno para sí, sino los unos por los otros, o quizá los unos en lugar de los otros, ¡quién sabe!».

«Pues ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni ninguno muere para sí mismo; pues si vivimos, vivimos para el Señor; y si morimos, morimos para el Señor; porque, vivamos o muramos, somos del Señor. Para esto Cristo murió y volvió a la vida, para dominar sobre muertos y vivos» (Rm 14, 7-9).

[1] Cfr. Act 9, 13; 1 Cor 16 12.15; 2 Cor 8, 4.

[2] *Un nouveau théologien*, cuaderno del 24 de septiembre de 1911, BIII, pp. 573.

## CONCLUSIÓN MARIANA

NO SERÍA JUSTO CONCLUIR ESTE LIBRO sin un recuerdo de la que entre todos los santos es Madre y Reina. El modo más afectuoso de venerarla puede ser citar los versos llenos de ternura que Dante le dedica, describiendo a la Señora que sube al Cielo, mientras los santos acuden a Ella como niños enamorados de su madre:

Aquí está la rosa en la que el Verbo divino  
se hizo carne; aquí están los lirios  
por cuyo perfume se torna al buen camino...

\*\*\*

Así aquella melodía circular  
se expresaba, y las demás luces  
hacían resonar el nombre de María...

\*\*\*

Y como niño que hacia su madre  
tiende los brazos, después de tomar su leche,  
por el afecto que así se manifiesta;

cada uno de aquellos resplandores se tendió arriba  
con su llama, de modo que el alto amor  
que tenían a María se me hizo patente[1].

[1] Canto XXIII, 73-75; 109-111; 121-129. BAC. Madrid 1980. Versión castellana de Nicolás González Ruiz.

## ÍNDICE ALFABÉTICO

Agustín de Hipona (354- 430)  
Alberto Chmielowski (1845-1916)  
Alberto Magno (1193-1280)  
Alfonso María de Ligorio (1696-1787)  
Ambrosio (c.340-397)  
Ángela Merici (1474-1540)  
Anna Elisabeth Setton (1774-1821)  
Annalena Tonelli (1943-2003)  
Anselmo de Aosta (1033-1109)  
Antonietta Meo (1930-1937)  
Bartolomea Capitanio (1807-1833)  
Benito de Nursia (480-547)  
Bernardo de Claraval (1090-1153)  
Brígida de Suecia (1303-1373)  
Camilo de Lelis (1550-1614)  
Carlos Borromeo (1538-1584)  
Catalina de Génova (1447-1510)  
Catalina de Siena (1347-1380)  
Catalina Labouré (1806-1876)  
Celia Guérin (1831-1877)  
Charles de Foucauld (1858-1916)  
Clara de Asís (1193-1253)  
Chiara Luce Badano (1971-1990)  
Cura de Ars (1786-1859)  
Damián de Veuster (1840-1889)  
Daniel Comboni (1831-1881)  
Domingo de Guzmán (1170-1221)  
Domingo Savio (1842-1857)  
Elisabetta Canori Mora (1774-1825)  
Enrichetta Alfieri (1891-1951)  
Faustina Kowalska (1905-1938)  
Federico Ozanam (1813-1853)  
Felipe Neri (1515-1595)  
Francisca Javier Cabrini (1850-1917)  
Francisco de Asís (1181-1226)  
Francisco Javier (1506-1552)  
Francisco de Sales (1567-1622)  
Francisco Marto (1908-1919)

Franz Jägerstätter (1907-1943)  
Gianna Beretta Molla (1922-1962)  
Giorgio La Pira (1904-1977)  
Giuseppe Moscati (1880-1927)  
Giuseppe Tovini (1841-1897)  
Hilario de Poitiers (c. 315-368)  
Ignacio de Loyola (1491-1556)  
Isabel de Hungría (1207-1231)  
Isabel de la Trinidad (1880-1906)  
Jacinta Marto (1910-1920)  
Jacques Fesch (1930-1957)  
Jérôme Lejeune (1926-1994)  
Jerónimo (340-420)  
Jerónimo Emiliano (1481-1537)  
José Benito Cottolengo (1786-1842)  
Josefina Bakhita (1868-1947)  
Josemaría Escrivá (1902-1975)  
Juana Francisca de Chantal (1572-1641)  
Juan Bosco (1815-1888)  
Juan de Dios (1495-1550)  
Juan de la Cruz (1542-1591)  
Juan XXIII (1881-1963)  
Kateri Tekakwitha (1656-1680)  
Katharine Mary Drexel (1858-1955)  
Laura Vicuña (1891-1904)  
Leopoldo Mandic (1866-1942)  
Luis Orione (1872-1940)  
Luis Martin (1823-1994)  
Luisa de Marillac (1591-1680)  
Madeleine Delbrêl (1904-1964)  
Madre Teresa de Calcuta (1910-1997)  
Mamá Margherita (1788-1856)  
Mari Carmen González-Valerio (1930-1939)  
María Bertilla Boscardin (1888-1922)  
María Cándida de la Eucaristía (1884-1949)  
Maria Crocifissa Di Rosa (1813-1855)  
María de Jesús Crucificado (1856-1878)  
María Goretti (1890-1902)  
Martín de Porres (1579-1639)  
Martín de Tours (316-397)  
Mártires Carmelitas de Compiègne (1794)  
Maximiliano Kolbe (1894-1941)

Miguel Agustín Pro (1891-1927)  
Oscar Romero (1917-1980)  
Pedro Claver (1580-1654)  
Pino Puglisi (1937-1993)  
Pío de Pietrelcina (1887-1968)  
Rita de Casia (1381-1457)  
Rosa de Viterbo (1233-1251)  
Teresa Benedicta de la Cruz (1891-1942)  
Teresa de Jesús (1515-1582)  
Teresa de Los Andes (1900-1920)  
Teresa de Lisieux (1873-1897)  
Teresa Margarita Redi (1747-1770)  
Tito Brandsma (1881-1942)  
Tomás Becket (1118-1170)  
Tomás de Aquino (1225-1274)  
Tomás Moro (1478-1535)  
Vicenta Gerosa (1784-1847)  
Vicente de Paúl (1581-1660)  
Victoria Rasoamanarivo (1848-1894)  
Vladimir Ghika (1873-1877)

ANTONIO MARIA SICARI (1943) es sacerdote y teólogo, y fundador del “Movimento Ecclesiale Carmelitano”. Gracias a sus numerosos volúmenes de Retratos de santos se ha convertido en el más célebre agiógrafo italiano.

"Acabarás teniendo una visión completamente nueva de la Biblia  
y continuarás leyéndola —con más sabiduría y con más clarividencia—  
durante el resto de tu vida". [ Scott Hahn ]

# JOHN LA BIBLIA PASO A PASO BERGSMAN

RIALP

# La Biblia paso a paso

Bergsma, John

9788432151378

216 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

**Una introducción didáctica e inteligente a la Biblia**, desde los relatos de Adán y Eva, Noé, Abraham y Moisés, y los grandes reyes y profetas de Israel, hasta la persona y obra de Jesús.

Bergsma ofrece en este volumen un curso de introducción a la Biblia y a la teología, de enorme popularidad entre sus estudiantes americanos, y con **más de 60.000 ejemplares vendidos**. Manifiesta en sus páginas una sorprendente habilidad para hacer comprensibles e inspiradoras las ideas fundamentales de la fe católica.

El lector va recorriendo el Antiguo Testamento y contemplando los relatos de Adán y Eva, Noé, Abraham y Moisés, y los grandes reyes y profetas de Israel, para culminar finalmente en la persona y obra de Jesús: un gran libro de cabecera para quien enseña y para quien aprende.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

San Josemaría Escrivá de Balaguer

# Amar al mundo apasionadamente

Con un Prólogo de Mons. Javier Echevarría  
y un Análisis del Prof. Pedro Rodríguez



RIALP

# Amar al mundo apasionadamente

Escrivá de Balaguer, Josemaría

9788432141812

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro es una edición especial de la célebre homilía predicada por San Josemaría Escrivá en el Campus de la Universidad de Navarra, en 1967. Se ha preparado con ocasión del 40º aniversario del día en que la pronunció. En esta edición, la homilía va precedida de un Prólogo de Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, y acompañada de un análisis del Prof. Pedro Rodríguez, que constituye una guía para su lectura actual. "El Fundador del Opus Dei preparó esa homilía con mucho interés (...), deseoso de llegar al corazón y a la mente de los que iban a escucharle en Pamplona. Ese texto, plenamente embebido de las enseñanzas del Concilio Vaticano II y del espíritu del Opus Dei, fue considerado por muchos comentaristas como la carta magna de los laicos (...). Esta homilía de San Josemaría no sólo conserva su frescura y fuerza originales, sino que se muestra más actual que nunca." (del Prólogo de Mons. Javier Echevarría). Desde 1968 se incluye este texto en Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

**Kierkegaard**  
**Los lirios del campo**  
**y las aves del cielo**  
(selección)



selección doce uvas

**RIALP**

# Los lirios del campo y las aves del cielo

Kierkegaard, Soren

9788432144219

80 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

*Selección Doce Uvas* ofrece doce pequeños grandes libros cada año. Nace de las numerosas sugerencias de decenas de intelectuales que han propuesto títulos de lectura indispensable.

Los discursos aquí seleccionados proceden de la época más madura del autor. En ellos hace referencia al Sermón de la Montaña donde, a propósito de los lirios y las aves, Jesús habla del servicio a Dios y la confianza en Él. Sin la ironía y el espíritu combativo de sus otros escritos, que firmaba bajo seudónimo, el autor aborda aquí los principales conceptos existenciales.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

IVÁN LÓPEZ CASANOVA

# PENSADORAS PARA EL SIGLO XXI

AMAR, COMPRENDER Y TRANSFORMAR  
EL TIEMPO PRESENTE

Cicely Saunders  
Dorothy Day  
Etty Hillesum  
Teresa de Calcuta  
Ana Blandiana



RIALP

# Pensadoras para el siglo XXI

López Casanova, Iván

9788432149108

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Convivir con los que no piensan como yo, y convivir "bien", según el autor, requiere unas gotas de filosofía.

Reflexionar para que la educación no fracase cuando los jóvenes llegan a la adolescencia también parece tarea urgente. Las propuestas educativas y morales de la sociedad contemporánea colisionan entre sí, con contenidos distantes.

Podemos encontrar una buena tabla de náufragos en las aportaciones de varias mujeres, de mente bien diversa, pero portadoras de un mensaje valioso, balsámico y coherente.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Rilke  
Cartas a un joven poeta



selección doce uvas

RIALP

# Cartas a un joven poeta

Rainer Maria Rilke

9788432146190

104 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Entre 1903 y 1908, Franz Xaver Kappus, un joven de menos de veinte años, envía a Rilke sus ensayos poéticos, confiando en su consejo. Este, que lo mismo escribía a una desconocida empleada de correos que a un cura de pueblo con quien había coincidido en el autobús, escribirá al joven diez magníficas cartas, que constituyen un manual para la vida y un canto a la propia vocación. En estas cartas, además de exponer con claridad y belleza sus opiniones sobre la creación artística, Rilke plasmó sus ideas sobre la vida, el amor y la soledad, la mujer y la belleza.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

PORTADA INTERIOR	2
CRÉDITOS	3
ÍNDICE	5
INTRODUCCIÓN. MUERTE, AMOR, SANTIDAD	8
I. MORIR MÁRTIR	12
SANTO TOMÁS BECKET (1118-1170)	13
SANTO TOMÁS MORO (1477-1535)	14
SANTAS MÁRTIRES CARMELITAS DE COMPIÈGNE (1794)	15
BEATO MIGUEL AGUSTÍN PRO (1891-1927)	16
BEATO VLADIMIR GHKA (1873-1954)	17
SAN MAXIMILIANO KOLBE (1894-1941)	18
BEATO FRANZ JÄGERSTÄTTER (1907-1943)	19
BEATO TITO BRANDSMA (1881-1942)	20
SAN OSCAR ROMERO (1917-1980)	21
Beato Pino Puglisi (1937-1993)	23
II. MORIR DE AMOR	25
SAN FRANCISCO DE ASÍS (1181-1226)	25
SAN JUAN DE LA CRUZ (1542-1591)	26
SANTA TERESA MARGARITA REDI (1747-1770)	27
SANTA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO (1856-1878)	28
SANTA TERESA DE LISIEUX (1873-1897)	29
SANTA ISABEL DE LA TRINIDAD (1880-1906)	31
SANTA TERESA DE LOS ANDES (1900-1920)	33
BEATA MARÍA CÁNDIDA DE LA EUCARISTÍA (1884-1949)	34
SANTA RITA DE CASIA (1381-1457)	35
SANTA JOSEFINA BAKHITA (1868-1947)	36
SANTA MARÍA BERTILLA BOSCARDIN (1888-1922)	37
SANTA FAUSTINA KOWALSKA (1905-1938)	38
III. MORIR DE PASIÓN ECLESIAL	40
SANTA CLARA DE ASÍS (1193-1253)	40
SANTA BRÍGIDA DE SUECIA (1303-1373)	41
SANTA CATALINA DE SIENA (1347-1380)	41

SANTA ÁNGELA MERICI (1474-1540)	42
SANTA TERESA DE JESÚS (1515-1582)	43
SANTA ANNA ELISABETH SETON (1774-1821)	44
BEATA VICTORIA RASOAMANARIVO (1848-1894)	45
SANTA FRANCISCA JAVIERA CABRINI (1850-1917)	46
SANTA KATHARINE MARY DREXEL (1858-1955)	46
SANTA TERESA BENEDICTA DE LA CRUZ (1891-1942)	47
<b>IV. MORIR DE CARIDAD MATERNAL</b>	<b>50</b>
SANTA ISABEL DE HUNGRÍA (1207-1231)	50
SANTA CATALINA DE GÉNOVA (1447-1510)	51
SANTA JUANA FRANCISCA DE CHANTAL (1572-1641)	52
SANTA LUISA DE MARILLAC (1591-1680)	52
SANTA CATALINA LABOURÉ (1806-1876)	53
SANTA MARÍA CROCIFISSA DI ROSA (1813-1855)	54
SANTA BARTOLOMEA CAPITANIO (1807-1833) SANTA VICENTA GEROSA (1784-1847)	54
BEATA ENRICHETTA ALFIERI (1891-1951)	55
SANTA MADRE TERESA DE CALCUTA (1910-1997)	56
SIERVA DE DIOS ANNALENA TONELLI (1943-2003)	57
<b>V. MORIR DE CARIDAD PATERNAL</b>	<b>59</b>
SAN JERÓNIMO EMILIANO (1481-1537)	59
SAN JUAN DE DIOS (1495-1550)	60
SAN CAMILO DE LELIS (1550-1614)	61
SAN MARTÍN DE PORRES (1579-1639)	62
SAN PEDRO CLAVER (1580-1654)	62
SAN VICENTE DE PAÚL (1581-1660)	63
SAN JOSÉ BENITO COTTOLENGO (1786-1842)	64
SAN LUIS ORIONE (1872-1940)	65
SAN DAMIÁN DE VEUSTER (1840-1889)	66
SAN ALBERTO CHMIELOWSKI (1845-1916)	67
<b>VI. MORIR DE TRABAJOS APOSTÓLICOS</b>	<b>70</b>
SAN HILARIO DE POITIERS (c. 315-368)	71
SAN MARTÍN DE TOURS (316-397)	71
SAN AMBROSIO (c. 340-397)	72
SAN JERÓNIMO (347-420)	73

SAN AGUSTÍN DE HIPONA (354-430)	74
SAN BENITO DE NURSIA (480-547)	74
SAN ANSELMO DE AOSTA (1033-1109)	75
SAN BERNARDO DE CLARAVAL (1090-1153)	76
SANTO DOMINGO DE GUZMÁN (1170-1221)	77
SAN ALBERTO MAGNO (1193-1280)	78
SANTO TOMÁS DE AQUINO (1225-1274)	79
SAN IGNACIO DE LOYOLA (1491-1556)	80
SAN FRANCISCO JAVIER (1506-1552)	81
SAN FELIPE NERI (1515-1595)	82
SAN CARLOS BORROMEIO (1538-1584)	83
SAN FRANCISCO DE SALES (1567-1622)	83
SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO (1696-1787)	84
SANTO CURA DE ARS (1786-1859)	85
SAN JUAN BOSCO (1815-1888)	86
SAN DANIEL COMBONI (1831-1881)	87
SAN LEOPOLDO MANDIC (1886-1942)	88
SAN JUAN XXIII (1881-1963)	89
BEATO CHARLES DE FOUCAULD (1858-1916)	90
SAN PÍO DE PIETRELCINA (1887—1968)	91
SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ (1902-1975)	91
<b>VII. MORIR INOCENTE</b>	<b>93</b>
SANTA ROSA DE VITERBO (1233-1251)	94
SANTA KATERI TEKAKWITHA (1656-1680)	94
SANTO DOMINGO SAVIO (1842-1857)	95
SANTA MARÍA GORETTI (1890-1902)	96
BEATA LAURA VICUÑA (1891-1904)	97
BEATO FRANCISCO MARTO (1908-1919)	98
BEATA JACINTA MARTO (1910-1920)	99
VENERABLE ANTONIETA MEO (1930-1937)	101
VENERABLE MARI CARMEN GONZÁLEZ-VALERIO (1930-1939)	102
BEATA CHIARA LUCE BADANO (1971-1990)	103
<b>VIII. MORIR SANTOS</b>	<b>106</b>
BEATA ELISABETTA CANORI MORA (1774-1825)	106
VENERABLE MARGHERITA OCCHIENA (1788-1856)	107

BEATO FEDERICO OZANAM (1813-1853)	108
SANTA CELIA GUÉRIN (1831-1877) y SAN LUIS MARTIN (1823-1894)	109
BEATO GIUSEPPE TOVINI (1841-1897)	111
SAN GIUSEPPE MOSCATI (1880-1927)	112
SIERVA DE DIOS MADELEINE DELBRÊL (1904-1964)	113
SIERVO DE DIOS GIORGIO LA PIRA (1904-1977)	114
SANTA GIANNA BERETTA MOLLA (1922-1962)	115
SIERVO DE DIOS JÉRÔME LEJEUNE (1926-1994)	116
SIERVO DE DIOS JACQUES FESCH (1930-1957)	117
CONCLUSIÓN MARIANA	120
ÍNDICE ALFABÉTICO	121
AUTOR	124